Sigmund Freud
Obras completas

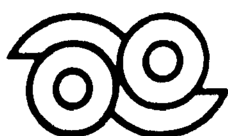
comentarios y notas
es Strachey,
ción de Anna Freud

Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)
A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las Ratas»)
(1909)

X

Amorrortu editores

Obras completas
Sigmund Freud



Volumen 10

Obras completas

Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con la colaboración de Anna Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Volumen 10 (1909)

Análisis de la fobia de un niño de cinco años
A propósito de un caso de neurosis obsesiva

Amorrortu editores

El título original en alemán de las dos obras de Sigmund Freud incluidas en este volumen, cuyos derechos se consignan a continuación, figuran en las páginas 3 y 121, respectivamente.

Primera edición en castellano, 1980; segunda edición, 1986; primera reimpresión, 1988; segunda reimpresión, 1990; tercera reimpresión, 1992

Traducción directa del alemán: José Luis Etcheverry
Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson
Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto
Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards. Primera edición en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 1955; octava reimpresión, 1975.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-575-8 (Obras completas)
ISBN 950-518-586-3 (Volumen 10)

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en febrero de 1992.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.

Indice general

Volumen 10

Advertencia sobre la edición en castellano

El presente libro forma parte de las *Obras completas* de Sigmund Freud, edición en 24 volúmenes que ha sido publicada entre los años 1978 y 1985. En un opúsculo que acompaña a esta colección (titulado *Sobre la versión castellana*) se exponen los criterios generales con que fue abordada esta nueva versión y se fundamenta la terminología adoptada. Aquí sólo haremos un breve resumen de las fuentes utilizadas, del contenido de la edición y de ciertos datos relativos a su aparato crítico.

La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften*,[1] publicados aún en vida del autor; luego de su muerte, ocurrida en 1939, y durante un lapso de doce años, aparecieron las *Gesammelte Werke*,[2] edición ordenada, no con un criterio temático, como la anterior, sino cronológico. En 1948, el Instituto de Psicoanálisis de Londres encargó a James B. Strachey la preparación de lo que se denominaría *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, cuyos primeros 23 volúmenes vieron la luz entre 1953 y 1966, y el 24° (índices y bibliografía general, amén de una fe de erratas), en 1974.[3]

La *Standard Edition*, ordenada también, en líneas generales, cronológicamente, incluyó además de los textos de Freud el siguiente material: 1) Comentarios de Strachey previos a cada escrito (titulados a veces «*Note*», otras «*Introducción*»).

[1] Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34. La edición castellana traducida por Luis López-Ballesteros (Madrid: Biblioteca Nueva, 17 vols., 1922-34) fue, como puede verse, contemporánea de aquella, y fue también la primera recopilación en un idioma extranjero; se anticipó así a la primera colección inglesa, que terminó de publicarse en 1950 (*Collected Papers*, Londres: The Hogarth Press, 5 vols., 1924-50).

[2] Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52; el vol. 18 (índices y bibliografía general) se publicó en Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

[3] Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74. Para otros detalles sobre el plan de la *Standard Edition*, los manuscritos utilizados por Strachey y los criterios aplicados en su traducción, véase su «General Preface», vol. 1, págs. xiii-xxii (traducido, en lo que no se refiere específicamente a la lengua inglesa, en la presente edición como «Prólogo general», vol. 1, págs. xv-xxv).

2) Notas numeradas de pie de página que figuran entre corchetes para diferenciarlas de las de Freud; en ellas se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 3) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey estimó indispensables para su correcta comprensión. 4) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 5) Indice alfabético de autores y temas, a los que se le suman en ciertos casos algunos índices especiales (p.ej., «Indice de sueños», «Indice de operaciones fallidas», etc.).

El rigor y exhaustividad con que Strachey encaró esta aproximación a una edición crítica de la obra de Freud, así como su excelente traducción, dieron a la *Standard Edition* justo renombre e hicieron de ella una obra de consulta indispensable.

La presente edición castellana, traducida directamente del alemán,[4] ha sido cotejada con la *Standard Edition*, abarca los mismos trabajos y su división en volúmenes se corresponde con la de esta. Con la sola excepción de algunas notas sobre problemas de traducción al inglés, irrelevantes en este caso, se ha recogido todo el material crítico de Strachey, el cual, como queda dicho, aparece siempre entre corchetes.[5]

Además, esta edición castellana incluye: 1) Notas de pie de página entre llaves, identificadas con un asterisco en el cuerpo principal, y referidas las más de las veces a problemas propios de la traducción al castellano. 2) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular, o tratándose de verbos, en infinitivo). 3) Un «Glosario alemán-castellano» de los principales términos especializados, anexo al antes mencionado opúsculo *Sobre la versión castellana*.

Antes de cada trabajo de Freud, se consignan en la *Standard Edition* sus sucesivas ediciones en alemán y en inglés; por nues-

[4] Se ha tomado como base la 4ª reimpresión de las *Gesammelte Werke*, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75), en cuyo comité editorial participó James Strachey y que contiene (traducidos al alemán) los comentarios y notas de este último.

[5] En el volumen 24 se da una lista de equivalencias, página por página, entre las *Gesammelte Werke*, la *Standard Edition* y la presente edición.

tra parte proporcionamos los datos de las ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.[6]

Con respecto a las grafías de las palabras castellanas y al vocabulario utilizado, conviene aclarar que: *a*) En el caso de las grafías dobles autorizadas por las Academias de la Lengua, hemos optado siempre por la de escritura más simple («trasferencia» en vez de «transferencia», «sustancia» en vez de «substancia», «remplazar» en vez de «reemplazar», etc.), siguiendo así una línea que desde hace varias décadas parece imponerse en la norma lingüística. Nuestra única innovación en este aspecto ha sido la adopción de las palabras «conciente» e «inconciente» en lugar de «consciente» e «inconsciente», innovación esta que aún no fue aprobada por las Academias pero que parecería natural, ya que «conciencia» sí goza de legitimidad. *b*) En materia de léxico, no hemos vacilado en recurrir a algunos arcaísmos cuando estos permiten rescatar matices presentes en las voces alemanas originales y que se perderían en caso de dar preferencia exclusiva al uso actual.

Análogamente a lo sucedido con la *Standard Edition*, los 24 volúmenes que integran esta colección no fueron publicados en orden numérico o cronológico, sino según el orden impuesto por el contenido mismo de un material que debió ser objeto de una amplia elaboración previa antes de adoptar determinadas decisiones de índole conceptual o terminológica.[7]

[6] A este fin entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. La historia de estas publicaciones se pormenoriza en *Sobre la versión castellana*, donde se indican también las dificultades de establecer con certeza quién fue el traductor de algunos de los trabajos incluidos en las ediciones de Biblioteca Nueva de 1967-68 (3 vols.) y 1972-75 (9 vols.).

En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

[7] El orden de publicación de los volúmenes de la *Standard Edition* figura en *AE*, 1, pág. xxi, *n*. 7. Para esta versión castellana, el orden ha sido el siguiente: 1978: vols. 7, 15, 16; 1979: vols. 4, 5, 8, 9, 11, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22; 1980: vols. 2, 6, 10, 12, 13, 23; 1981: vols. 1, 3; 1985: vol. 24.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 253.)

AE	Freud, *Obras completas* (24 vols., en curso de publicación). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978–.
BN	Freud, *Obras completas.* Madrid: Biblioteca Nueva.*
EA	Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.
GS	Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.
GW	Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.
RP	*Revista de Psicoanálisis.* Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943–.
SA	Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.
SE	Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.
SKSN	Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.
SR	Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.
Vier Krankengeschichten	Freud, *Vier psychoanalytische Krankengeschichten.* Viena, 1932.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909)

Nota introductoria

«Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben»

Ediciones en alemán

1909 *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, nº 1, págs. 1-109.
1913 *SKSN*, **3**, págs. 1-122. (1921, 2ª ed.)
1924 *GS*, **8**, págs. 129-263.
1932 *Vier Krankengeschichten*, págs. 142-281.
1941 *GW*, **7**, págs. 243-377.
1975 *SA*, **8**, págs. 9-122.

«Nachschrift zur Analyse des kleinen Hans»

1922 *Int. Z. Psychoanal.*, **8**, nº 3, pág. 321.
1924 *GS*, **8**, págs. 264-5.
1932 *Vier Krankengeschichten*, págs. 282-3.
1940 *GW*, **13**, págs. 431-2.
1975 *SA*, **8**, pág. 123.

Traducciones en castellano *

1931 «Análisis de la fobia de un niño de cinco años». *BN* (17 vols.), **15**, págs. 155-(?). Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **15**, págs. 143-285. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 566-623. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **15**, págs. 113-224. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 658-715. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **4**, págs. 1365-439. El mismo traductor.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xi y *n.* 6.}

1931 «Apéndice». *BN* (17 vols.), **15**, pág. (?). Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **15**, pág. 286. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 623-4. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **15**, pág. 225, el mismo traductor, y **21**, págs. 191-4, traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, pág. 715, traducción de Luis López-Ballesteros, y **3**, págs. 481-2.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **4**, pág. 1440.

Sobre sucesos de los primeros años del «pequeño Hans», Freud ya había dado a conocer algunos datos dos años antes, en «El esclarecimiento sexual del niño» (1907*c*), *AE*, **9**, págs. 117-8, aunque en las ediciones primitivas de ese trabajo lo llamó «el pequeño Herbert»; corrigió el nombre luego de aparecer el presente estudio. Mencionó también este historial clínico en otro de sus escritos anteriores, «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, pág. 183, publicado poco antes que el actual y donde se adelantan muchas de las más importantes teorías aquí examinadas (véase mi «Nota introductoria» a ese escrito, *AE*, **9**, pág. 185).

Cabe mencionar que en su primera publicación, en el *Jahrbuch*, no se consignaba que este trabajo fuera «de» Freud sino «comunicado por» él. En una nota al pie agregada por Freud al volumen octavo de los *Gesammelte Schriften* (1924), que contenía este y los otros cuatro historiales clínicos extensos {los casos de «Dora», el «Hombre de las Ratas», el «Hombre de los Lobos» y Schreber}, señala que lo dio a publicidad con el expreso consentimiento del padre del pequeño Hans. Esta nota se hallará al final de las «Palabras preliminares» del caso «Dora» (1905*e*), *AE*, **7**, pág. 13.

El resumen cronológico que damos a continuación, basado en datos que ofrece el texto, puede ayudar al lector a seguir el hilo de la historia:

Año	*Edad del niño*	
1903		(Abril) Nacimiento de Hans.
1906	3 - 3¾ años	Primeros informes del padre.
	3¼ - 3½ años	(Verano) Primera estadía en Gmunden.

1906	3½ años	Amenaza de castración.
	3½ años	(Octubre) Nacimiento de Hanna.
1907	3¾ años	Primer sueño.
	4 años	Mudanza a una nueva vivienda.
	4¼ - 4½ años	(Verano) Segunda estadía en Gmunden. Episodio del caballo que muerde.
1908	4¾ años	(Enero) Episodio del caballo que se tumba. Comienzo de la fobia.
	5 años	(Mayo) Fin del análisis.

James Strachey

I. Introducción

En rigor, no proviene de mi observación el historial clínico y terapéutico que en las páginas siguientes se expone, de un paciente en extremo joven. Es cierto que he orientado el plan de tratamiento en su conjunto, y hasta intervine personalmente una vez en una plática con el niño; pero el tratamiento mismo fue llevado a cabo por el padre del pequeño, a quien debo agradecer formalmente por haberme confiado sus notas a los fines de la publicación. Pero el mérito del padre no termina ahí. Creo que ninguna otra persona habría conseguido del niño tales confesiones; imposible de sustituir el conocimiento de causa en virtud del cual el padre supo interpretar las exteriorizaciones de su hijo de 5 años. De otro modo habrían sido insuperables las dificultades técnicas de un psicoanálisis a tan temprana edad. Sólo la reunión en una sola persona de la autoridad paterna con la médica, la conjunción del interés tierno con el científico, posibilitaron en este único caso obtener del método una aplicación para la cual de ordinario habría sido inapropiado.[1]

En cuanto al valor particular de esta observación, reside en lo siguiente: el médico que trata psicoanalíticamente a un neurótico adulto llega al fin, en virtud de su trabajo de descubrir estrato por estrato unas formaciones psíquicas, a ciertos supuestos acerca de la sexualidad infantil, en cuyos componentes cree haber hallado las fuerzas pulsionales de todos los síntomas neuróticos de la vida posterior. Presenté esos supuestos en mis *Tres ensayos de teoría sexual* [1905*d*], publicados en 1905; sé que parecen tan sorprendentes a los extraños como irrefutables a los psicoanalistas. Pero también estos tienen derecho a confesarse su deseo de obtener por un camino más directo una prueba de aquellas tesis fundamentales. ¿Será acaso imposible averiguar inmedia-

[1] [La experiencia posterior le mostró a Freud que estos requisitos no eran indispensables. (Véanse las obras citadas *infra*, pág. 117*n*.) Al comienzo del historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 11, se hallarán algunas puntualizaciones sobre el valor teórico del tratamiento psicoanalítico de niños.]

tamente en el niño, en toda su frescura vital, aquellas mociones sexuales y formaciones de deseo que en el adulto exhumamos con tanto trabajo de sus enterramientos, y acerca de las cuales, además, aseveramos que son patrimonio constitucional común a todos los seres humanos y en el neurótico no hacen sino mostrarse reforzadas o deformadas?

Con ese propósito suelo yo, desde hace años, instar a mis discípulos y amigos para que compilen observaciones sobre esa vida sexual de los niños que las más de las veces se pasa hábilmente por alto o se desmiente adrede. Entre el material que en virtud de esa exhortación ha llegado a mis manos, las noticias que a continuación daré sobre el pequeño Hans ocuparán pronto un puesto sobresaliente. Sus padres, que se contaban ambos entre mis más cercanos partidarios, habían acordado no educar a su primer hijo con más compulsión que la requerida a toda costa para mantener las buenas costumbres; y como el niño se iba convirtiendo en un muchacho alegre, despierto y de buena índole, prosiguió con toda felicidad ese ensayo de dejarlo crecer y manifestarse sin amedrentamiento. En lo que sigue reproduciré las anotaciones del padre sobre el pequeño Hans tal como me fueron comunicadas, absteniéndome desde luego de todo intento de turbar, mediante unas desfiguraciones convencionales, la ingenuidad y la sinceridad infantiles.

Las primeras comunicaciones sobre Hans datan del tiempo en que aún no había cumplido tres años. A través de diversos dichos y preguntas, exteriorizaba ya entonces un interés particularmente vivo por la parte de su cuerpo que tenía la costumbre de designar como «hace-pipí» {«*Wiwimacher*»}.

Así, cierta vez hizo esta pregunta a su madre:

Hans: «Mamá, ¿tú también tienes un hace-pipí?».

Mamá: «Desde luego. ¿Por qué?».

Hans: «Por nada; se me ocurrió».

A la misma edad lo llevan por primera vez a un establo y ve ordeñar a una vaca: «¡Mira, del hace-pipí sale leche!».

Ya estas primeras observaciones nos despiertan la expectativa de que mucho, si no lo más, de cuanto el pequeño Hans nos muestra ha de ser típico del desarrollo sexual del niño. En una ocasión consigné [2] que no hay que espantarse

[2] Véase mi «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e*) [*AE*, **7**, pág. 47].

demasiado si en una mujer se encuentra la representación de mamar del miembro masculino. Esta chocante moción —decía— tiene un origen muy inocente, pues se deriva del mamar del pecho materno, para lo cual la teta de la vaca —una mama por su naturaleza, pero un pene por su forma y situación— asume una mediación conveniente. El descubrimiento del pequeño Hans corrobora la primera parte de mi tesis.

Su interés por el hace-pipí no es, sin embargo, meramente teórico; como cabía conjeturar, ese interés lo estimula también a tocarse el miembro. A la edad de 3½ años, su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: «Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, ¿con qué harías pipí?».

Hans: «Con la cola {*Popo*}».

El responde todavía sin conciencia de culpa, pero es la ocasión en que adquiere el «complejo de castración» que uno con tanta frecuencia se ve precisado a inferir en los análisis de neuróticos, aunque todos ellos muestren fuerte renuencia a admitirlo. Acerca del significado de este elemento del historial del niño, mucho habría para decir. El «complejo de castración» ha dejado notables huellas en los mitos (y, por cierto, no sólo en los mitos griegos); me he referido a su papel en un pasaje de *La interpretación de los sueños*[3] y en otros textos.[4]

[3] [(1900*a*), *AE*, **5**, pág. 606. La frase «complejo de castración» había sido utilizada por primera vez en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, pág. 193.]

[4] (*Nota agregada* en 1923:) La doctrina del complejo de castración ha experimentado después un ulterior desarrollo por las contribuciones de Lou Andreas[-Salomé, 1916], A. Stärcke [1921], F. Alexander [1922] y otros. Se ha aducido que el lactante no puede menos que sentir cada retiro del pecho materno como una castración, vale decir, como pérdida de una parte sustantiva del cuerpo que él contaba en su posesión; tampoco apreciará diversamente la regular deposición de las heces, y hasta el acto mismo del nacimiento, como separación de la madre con quien se estaba unido hasta entonces, sería la imagen primordial de aquella castración. Aun admitiendo todas esas raíces del complejo, yo he planteado la demanda de que el nombre de «complejo de castración» se limite a las excitaciones y efectos enlazados con la pérdida del pene. Desde luego, quien haya podido convencerse, en los análisis de adultos, de lo infaltable del complejo de castración, hallará difícil reconducirlo a una amenaza fortuita y que no en todos los casos puede producirse, y se verá precisado a suponer que el niño construye este peligro a partir de las más leves indicaciones, que nunca faltan. [Véase el examen de Freud sobre las «fantasías primordiales» en la 23ª de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 337-8, el historial del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, págs. 48-57 y 87-9, y el del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *infra*, pág. 163*n*.] Este es el motivo que llevó a buscar para el com-

Más o menos a la misma edad (3½ años), exclama, alegremente excitado, ante la jaula del león en Schönbrunn:[5] «¡He visto el hace-pipí del león!».

Los animales deben buena parte de la significación que poseen en el mito y en el cuento tradicional a la franqueza con que muestran sus genitales y sus funciones sexuales ante la criatura dominada por el apetito de saber. La curiosidad sexual de nuestro Hans no admite ninguna duda; pero ella lo convierte en investigador, le permite unos correctos discernimientos conceptuales.

En la estación ferroviaria, a los 3¾ años, ve cómo de una locomotora largan agua. «¡Mira, la locomotora hace pipí! ¿Y dónde tiene el hace-pipí?».

Al rato agrega, reflexivo: «Un perro y un caballo tienen un hace-pipí; una mesa y un sillón, no». Así ha conquistado un signo esencial para distinguir entre un ser vivo y una cosa inanimada.

Apetito de saber y curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí. La curiosidad de Hans se extiende muy en particular a sus padres.

Hans, a los 3¾ años: «Papá, ¿tú también tienes un hace-pipí?».

Padre: «Sí, naturalmente».

Hans: «Pero si nunca te lo he visto cuando te desvestías».

Otra vez, tenso, ve cómo su madre se desviste para meterse en cama. Ella pregunta: «Pues, ¿por qué miras así?».

Hans: «Sólo para ver si tú también tienes un hace-pipí».

Mamá: «Naturalmente. ¿No lo sabías?».

Hans: «No; pensé que como eres tan grande tendrías un hace-pipí como el de un caballo».

Reparemos en esta expectativa del pequeño Hans; más tarde cobrará significatividad.

El gran acontecimiento en la vida de Hans es, empero, el nacimiento de su hermanita Hanna, que se produjo cuando él tenía exactamente 3½ años.[6] Su comportamiento en esa ocasión fue anotado enseguida por su padre:

plejo raíces más profundas, que se presenten de manera universal. Por eso es tanto más valioso que en el caso del pequeño Hans los padres mismos informen sobre la amenaza de castración, formulada por cierto en un tiempo en que su fobia no estaba todavía en cuestión. [Cf. «El sepultamiento del complejo de Edipo» (Freud, 1924*d*), *AE*, **19**, pág. 183.]

5 [El palacio imperial en las afueras de Viena; en los jardines del palacio funcionaba un zoológico.]

6 De abril de 1903 a octubre de 1906.

A las 5 de la mañana, cuando empezó el trabajo de parto, la cama de Hans fue llevada a la habitación contigua; ahí despierta a las 7, y escucha el gemir de la parturienta, sobre lo cual pregunta: «¿Por qué tose mamá?». Y después de una pausa añade: «Es seguro que hoy viene la cigüeña».

En los últimos días, desde luego, se le ha dicho a menudo que la cigüeña traería una nena o un varoncito, y con todo acierto él conecta el desacostumbrado gemir con la llegada de la cigüeña.

Más tarde lo llevan a la cocina; ve la maleta del médico en el vestíbulo y pregunta: «¿Qué es esto?», a lo cual se le responde: «Una maleta». Y él entonces, con convicción: «Hoy viene la cigüeña». Tras el alumbramiento, la partera se llega hasta la cocina y Hans oye cómo ordena que preparen un té, ante lo cual él dice: «Ajá; porque mami tiene tos le dan un té». Luego lo llaman al dormitorio, pero no mira a la mamá, sino a los recipientes con agua sanguinolenta que aún están allí, y observa, extrañado, señalando la bacinilla llena de sangre: «Pero... de mi hace-pipí no sale nada de sangre».

Todas sus sentencias muestran que él relaciona lo insólito de la situación con la llegada de la cigüeña. Pone un gesto tenso, muy desconfiado, frente a todo lo que ve, y *sin duda se ha afianzado en él la primera desconfianza hacia la cigüeña.*

Hans se muestra muy celoso con la recién venida, y cuando alguien la alaba, la encuentra linda, etc., dice enseguida, burlón: «Pero si todavía no tiene dientes».[7] En efecto, cuando la vio por primera vez quedó muy sorprendido de que no pudiera hablar, y opinó que no podía hacerlo porque no tenía dientes. Los primeros días, como es lógico, quedó muy relegado, y de pronto contrajo una angina. En medio de la fiebre se le oyó decir: «¡Pero si yo no quiero tener ninguna hermanita!».

Pasado medio año, más o menos, quedaron superados los celos, y él se vuelve un hermano tan tierno como conciente de su superioridad.[8]

[7] También esta es una conducta típica. Otro varoncito, mayor que su hermanita sólo en dos años, solía defenderse en parecidas circunstancias con esta exclamación de enojo: «¡Demasiado chiquita, demasiado chiquita!».

[8] «Que la cigüeña se lo lleve de vuelta», manifestó otro niño, un poco mayor, a modo de bienvenida a su hermanito. Compárese al respecto lo que he puntualizado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*) [*AE*, **4**, págs. 258 y sigs.] sobre los sueños acerca de la muerte de deudos queridos.

Un poco después, Hans presencia el baño de su hermanita de una semana de edad. Observa: «Pero... su hace-pipí es todavía chico», tras lo cual agrega, como a modo de consuelo: «Ya cuando crezca se le hará más grande».[9]

Más o menos a la misma edad, de 3¾ años, Hans brinda el primer relato de un sueño. «Hoy, cuando estaba dormido, he creído yo estoy en Gmunden[10] con Mariedl». Mariedl es la hija del propietario de la casa; tiene 13 años y ha jugado a menudo con él.

Cuando el padre le cuenta a la madre su sueño en presencia de él, Hans le observa, rectificándolo: «No con Mariedl; yo totalmente solo con Mariedl».

[9] El mismo juicio, expresado en idénticas palabras y regido por la misma expectativa, me ha sido comunicado sobre otros dos varoncitos en el momento en que por primera vez saciaron su curiosidad mirando el cuerpo de una hermanita. Uno podría asustarse por esta prematura corrupción del intelecto infantil. ¿Por qué estos jóvenes investigadores no comprueban lo que realmente ven, a saber, que no hay ahí ningún hace-pipí? Respecto de nuestro pequeño Hans, al menos, podemos dar el cabal esclarecimiento de su percepción errónea. Sabemos que mediante una cuidadosa inducción ha adquirido la tesis universal de que todo ser animado, por oposición a lo inanimado, posee un hace-pipí; la madre le ha corroborado esta convicción dándole informes afirmativos sobre las personas que se sustraían de su propia observación. Entonces, es totalmente incapaz de volver a abandonar su logro a causa de una sola observación hecha en la hermanita. Juzga, pues, que el hace-pipí está presente también ahí, sólo que todavía es demasiado pequeño, pero le crecerá hasta devenir tan grande como el de un caballo.

Hagamos algo más para reivindicar a nuestro pequeño Hans. En verdad no se comporta peor que un filósofo de la escuela de Wundt. Para este, la conciencia es un carácter infaltable de lo anímico, como para Hans el hace-pipí es el signo distintivo indispensable de todo lo vivo. Ahora bien, si el filósofo se topa con procesos anímicos que uno se ve forzado a inferir, pero en los que no se percibe nada de conciencia —en efecto, uno no sabe nada de ellos y, sin embargo, no puede dejar de inferirlos—, no dirá, por ejemplo, que son procesos anímicos *in*concientes, sino que los llamará *oscuramente* concientes. ¡Es que el hace-pipí es todavía muy chico! Y aun en esta comparación nuestro pequeño Hans lleva la ventaja. Así es: como tan a menudo sucede en las investigaciones sexuales de los niños, también aquí tras el error se esconde una pieza de discernimiento correcto. En verdad, también la niñita posee un pequeño hace-pipí, que nosotros llamamos clítoris, si bien es cierto que no crece, sino que permanece atrofiado. (Cf. mi trabajo «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*) [y la sección titulada «La investigación sexual infantil» en el segundo de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 176 y sigs.].)

[10] [Lugar de veraneo cercano a uno de los lagos de la Alta Austria. — Mariedl, Franzl, Fritzl y otros nombres similares son diminutivos cariñosos, típicos en Austria, para Marie, Franz, Fritz, etc.]

Con respecto a esto último, cabe hacer aquí la siguiente puntualización:

> En el verano de 1906 Hans estuvo en Gmunden, donde pasaba el día correteando con los hijos del propietario de la casa. Cuando partimos de allí, creímos que la despedida y la mudanza a la ciudad le resultarían penosas. Para nuestra sorpresa, no fue así. El cambio lo alegró de manera evidente, y durante muchas semanas contó muy poco acerca de Gmunden. Sólo pasado ese tiempo le afloraron recuerdos, a menudo vivamente coloreados, sobre su estancia en Gmunden. Desde hace unas cuatro semanas, procesa esos recuerdos en fantasías. Fantasea que juega con los niños Berta, Olga y Fritzl, habla con ellos como si estuvieran presentes, y es capaz de entretenerse así durante horas. Ahora que tiene una hermana y a todas luces le da quehacer el problema del origen de los hijos, llama a Berta y Olga «sus hijas», y en alguna ocasión ha agregado: «También a mis hijas, Berta y Olga, las trajo la cigüeña». Ahora que lleva seis meses ausente, su sueño evidentemente debe comprenderse como una expresión de su añoranza de Gmunden.

Hasta aquí el padre. Señalo, por anticipado, que con su última exteriorización sobre sus hijos —que los trajo la cigüeña— Hans contradice en voz alta una duda que alberga en su interior.

Por suerte, el padre ha anotado muchas cosas que estarían destinadas a adquirir luego un insospechado valor. [Cf. págs. 32 y sigs.]

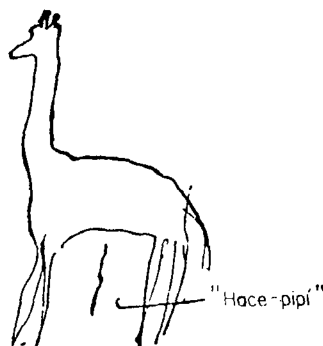
> Dibujo para Hans, que en el último tiempo ha visitado con asiduidad Schönbrunn, una jirafa. Me dice: «Dibújale también el hace-pipí». Le respondo: «Dibújalo tú mismo». Entonces él agrega a la figura de la jirafa la siguiente raya (se la observa en la figura 1),[11] que primero traza corta y después le agrega un tramo, señalan-

[11] [En todas las reimpresiones, en esta figura aparecía una inexplicable línea horizontal; el cotejo con la edición original del *Jahrbuch* permitió comprobar que en su extremo se encontraba la palabra «*Wiwimacher*» {«hace-pipí»}. Es evidente que palabra y línea habían sido agregadas con carácter mostrativo, presumiblemente por el padre de Hans. Aquí se ha restaurado la leyenda faltante.]

do: «El hace-pipí es más largo». Paso con Hans junto a un caballo que orina. Dice: «El caballo tiene el hace-pipí abajo, como yo».

Ve cómo bañan a su hermana de tres meses, y dice, conmiserativo: «Tiene un hace-pipí muy, pero muy chico».

Figura 1.



Le dan, para que juegue, una muñeca, que él desviste. La mira cuidadosamente, y dice: «Pero si tiene un hace-pipí muy chiquito».

Ya sabemos que con esta fórmula le fue posible sustentar su descubrimiento [la diferencia entre lo vivo y lo inanimado] (cf. pág. 10 [y pág. 12, *n.* 9]).

Todo investigador corre el riesgo de cometer ocasionalmente errores. No deja de ser un consuelo que él, como lo hace nuestro Hans en el ejemplo siguiente, no sólo yerre, sino que pueda invocar el uso del lenguaje como disculpa. Y es que en su libro ilustrado ve a un mono y señala su rabo * enroscado hacia arriba: «Mira, papi, el hace-pipí».

En su interés por el hace-pipí, ha concebido un juego muy particular.

En el vestíbulo está el retrete, y hay un oscuro gabinete para la leña. Desde hace algún tiempo Hans va al gabinete de la leña y dice: «Voy a mi baño». Cierta vez yo miro ahí para ver qué hace en el gabinete oscuro. Exhibe, y dice: «Yo hago pipí». Vale decir que «juega» al inodoro. El carácter de juego es ilustrado no sólo por

* {«*Schwanz*», asimilado vulgarmente a «pene».}

el hecho de que simule hacer pipí, sin llevarlo a cabo realmente, sino de que no vaya al baño, lo cual sería en verdad mucho más sencillo, prefiriendo el gabinete de la leña, al que llama «su baño».

Haríamos injusticia a Hans si sólo persiguiéramos los rasgos autoeróticos de su vida sexual. Su padre tiene para comunicarnos unas detalladas observaciones sobre sus vínculos de amor con otros niños, de los que se desprende una «elección de objeto» como la del adulto. También, es cierto, una notabilísima movilidad y una propensión polígama.

En el invierno llevo a Hans (3¾ años) a la pista de patinaje y le presento a las dos hijitas de mi colega N., que tienen cerca de 10 años. Hans se les sienta al lado, y ellas, sintiéndose personas de más madura edad, miran despreciativas al caballerete; él las contempla lleno de veneración, lo que no les causa impresión alguna. No obstante, Hans sólo habla de ellas como de «mis niñitas». «¿Dónde están mis niñitas? ¿Cuándo vienen mis niñitas?», y durante algunas semanas me martiriza en casa con la pregunta: «¿Cuándo voy de nuevo a la pista de patinaje donde están mis niñitas?».

Un primo de Hans, de 5 años, está de visita cuando él tiene 4. Hans lo abraza continuamente y, a raíz de uno de estos abrazos tiernos, dice: «Te quiero mucho».

Es el primer rasgo de homosexualidad con que tropezaremos en Hans, pero no el último. ¡Nuestro pequeño Hans parece realmente un dechado de todas las perversidades!

Nos hemos instalado en una nueva vivienda. (Hans tiene 4 años.) De la cocina, la puerta lleva a una ventana balcón desde donde se ve un departamento interior, enfrente. Ahí, Hans ha descubierto a una niñita de 7 a 8 años. Para admirarla, se sienta ahora sobre el escalón que lleva al balcón, y así permanece horas. Sobre todo hacia las cuatro de la tarde, cuando la niñita regresa de la escuela, no se lo puede retener en su habitación ni disuadirlo de que ocupe su puesto de observación. Cierta vez que la niñita no se muestra en la ventana a la hora habitual, Hans se inquieta y cargosea a la gente de la casa con preguntas: «¿Cuándo vuelve la niñita? ¿Dónde está la niñita?», etc. Cuando luego apa-

rece, se siente feliz y ya no aparta la mirada del departamento frontero. La vehemencia con que emerge ese «amor a distancia»[12] halla su explicación en que Hans no tiene camaradas ni compañeritas de juego. Para su desarrollo normal, el niño requiere, es evidente, trato asiduo con otros niños.

Ese trato le es dado a Hans cuando poco después (4½ años[13]) nos trasladamos a la residencia de verano en Gmunden. En nuestra casa, sus compañeros de juego son los hijos del propietario: Franzl (cerca de 12 años), Fritzl (8 años), Olga (7 años), Berta (5 años) y, además, los vecinitos Anna (10 años) e, incluso, otras dos niñitas de 9 y 7 años, de cuyos nombres ya no me acuerdo. Su preferido es Fritzl, a quien a menudo abraza y le asegura su amor. Una vez le preguntan: «¿Cuál de las nenitas te gusta más?». Y él responde: «Fritzl». Al mismo tiempo es muy agresivo, varonil, conquistador, hacia las niñas, las abraza y besuquea, cosa que a Berta en particular parece agradarle. Cierta vez que Berta sale de la habitación, él se le cuelga del cuello y le dice en el más tierno de los tonos: «Berta, eres amorosa», lo cual por lo demás no le impide besar también a las otras y asegurarles su amor. También le gusta Mariedl, de unos 14 años, igualmente hija del propietario, que juega con él; una noche, cuando lo llevan a acostarse, dice: «Que Mariedl duerma conmigo». Y a la respuesta «No puede ser», torna a decir: «Entonces que duerma con mami o con papi». Se le replica: «Tampoco puede ser; Mariedl tiene que dormir en casa de sus padres», y se desarrolla el siguiente diálogo:

Hans: «Entonces bajo a dormir con Mariedl».

Mamá: «¿Quieres realmente separarte de mami para dormir abajo?».

Hans: «No, mañana temprano volveré a subir para tomar el desayuno y quedarme por acá».

Mamá: «Si realmente quieres alejarte de papi y mami, toma tu casaca y tu pantalón y... ¡adiós!».

Hans toma realmente su ropa y se dirige hacia la escalera para irse a dormir con Mariedl; desde luego, es retenido.

(Tras el deseo «Que Mariedl duerma en casa» se es-

[12] «En suma, el amor a distancia / no me gusta nada» (Wilhelm Busch).

[13] [Errata por «4¼ años». Figura correctamente en la primera edición.]

conde, naturalmente,[14] este otro: «Que Mariedl» (con quien tanto le gusta estar) «sea integrada en nuestra comunidad hogareña». Pero, sin duda, como el padre y la madre, si bien no con demasiada frecuencia, suelen tener a Hans en su cama, a raíz de este yacer juntos se han despertado en él sentimientos eróticos, y el deseo de dormir junto con Mariedl tiene también su sentido erótico. Yacer en la cama junto al padre y la madre es para Hans, como para todos los niños, una fuente de mociones eróticas.)

Nuestro pequeño Hans se comportó ante el desafío de la madre como un auténtico varón, a pesar de sus veleidades homosexuales.

También en el siguiente caso dijo Hans a su mami: «Escucha, me gustaría muchísimo dormir con la niñita». Este caso nos da abundante ocasión para divertirnos, pues Hans se comporta aquí realmente como un grande enamorado. A la hostería donde almorzamos concurre desde hace unos días una linda nena de unos ocho años, de quien Hans, naturalmente, se enamoró enseguida. Gira de continuo el cuello en su silla para mirarla de reojo, después que ha comido se instala cerca para coquetear con ella, pero se ruboriza todo cuando uno se lo señala. Si la niñita retribuye su mirada, él enseguida, avergonzado, dirige la suya al lado opuesto. Su comportamiento es, desde luego, una gran diversión para todos los clientes de la hostería. Cada día, cuando lo llevan allí, pregunta: «¿Crees que la niñita estará hoy?». Cuando por fin ella llega, él se pone colorado como un adulto en un caso similar. Cierta vez se me acerca dichoso y me cuchichea: «Escucha, ya sé dónde vive la niñita. En tal y tal lado la he visto cuando subía las escaleras». En tanto que se muestra agresivo con las niñitas de la casa, es aquí un admirador que suspira platónicamente. Acaso se deba a que aquellas son niñas de

[14] [Con posterioridad a la primera edición se omitió (tal vez por inadvertencia) «naturalmente». — En las ediciones anteriores a 1924 todo este párrafo estaba encerrado entre corchetes. Por ello, y porque las referencias a los padres de Hans se encuentran en tercera persona, los traductores de esta obra al inglés {Alix y James Strachey} infirieron en 1923 que el párrafo era un comentario de Freud. Sin embargo, consultado este, respondió en forma expresa que provenía del padre de Hans. A partir de 1924 los corchetes fueron remplazados por paréntesis.]

aldea, mientras que esta es una dama cultivada. Ya se lo ha consignado: una vez dijo que le gustaría dormir con ella.

Como no quiero dejar a Hans con la tensión anímica en que lo ha puesto su amor por la niñita, se la he presentado y la invité a venir por la tarde con él al jardín, después que él durmiera su siesta. Está Hans tan emocionado por la expectativa de que la niñita vendrá a él que por primera vez no duerme la siesta, sino que se revuelve de un lado al otro en la cama. La mamá le pregunta: «¿Por qué no duermes? ¿Acaso piensas en la niñita?», a lo cual, arrobado, responde: «Sí». Además, al volver de la hostería a casa ha contado a todo el mundo: «Escucha, hoy viene conmigo la niñita», y Mariedl, de 14 años, informa que sin cesar ha preguntado: «Escucha, ¿crees que ella me querrá? ¿Crees que me dará un beso si yo la beso?», y cosas de ese tenor.

Pero a la tarde llueve, y así se suspende la visita, de lo cual Hans se consuela con Berta y Olga.

Otras observaciones, hechas también durante esa estadía veraniega, permiten conjeturar que en el pequeño se preparan toda clase de novedades.

Hans, 4¼ años. Hoy a la mañana, como todos los días, Hans es bañado por su mamá y, tras el baño, secado y entalcado. Cuando la mamá le entalca el pene, y por cierto con cuidado para no tocarlo, Hans dice: «¿Por qué no pasas el dedo ahí?».

Mamá: «Porque es una porquería».
Hans: «¿Qué es? ¿Una porquería? ¿Y por qué?».
Mamá: «Porque es indecente».
Hans (riendo): «¡Pero gusta!».[15]

Un sueño que nuestro Hans tuvo por la misma época contrasta de manera muy llamativa con el descaro que ha mostrado hacia su madre. Es su primer sueño que se ha vuelto irreconocible por desfiguración. Pero la perspicacia del padre consiguió solucionarlo.

15 Sobre un parecido intento de seducción de su hijita de 3½ años me informó una madre, una neurótica que no quería creer en la masturbación infantil. Le había hecho coser unos calzoncitos cortos y probaba si no le eran estrechos para caminar deslizándoselos hacia adelante con su mano aplicada sobre la superficie interna del muslo. La pequeña cerró de pronto las piernas sobre su mano y le pidió: «Mamá, deja la mano ahí; es tan lindo...».

Hans, 4¼ años. *Sueño.* Hoy a la mañana acude Hans y cuenta: «Escucha, hoy a la noche he pensado: "*Uno dice: '¿Quién quiere venir conmigo?'. Entonces alguien dice: 'Yo'. Entonces tiene que hacerlo hacer pipí*"».

Ulteriores preguntas dejan en claro que a este sueño le falta todo elemento visual, y pertenece al *type auditif* puro. Hans, desde hace algunos días, juega con los hijos del propietario de la casa, entre ellos sus amiguitas Olga (7 años) y Berta (5 años),[16] a diversos juegos de sociedad y de prendas. (*A.*: «¿De quién es la prenda que tengo yo?». *B.*: «Mía es». Entonces se determina lo que *B.* tiene que hacer.) El sueño imita a ese juego de prendas, sólo que Hans desea que quien extrajo la prenda no sea condenado a los usuales besos o bofetadas, sino a hacer-pipí; más precisamente: alguien tiene que hacerlo hacer pipí.

Me hago contar el sueño otra vez; lo relata con las mismas palabras, sólo que remplaza «entonces alguien dice» por «entonces ella dice». Y «ella» es, evidentemente, Berta u Olga, con quienes ha jugado. El sueño reza, pues, traducido: «Yo juego con las niñitas a las prendas. Yo pregunto: "¿Quién quiere venir conmigo?". Ella (Berta u Olga) responde: "Yo". Entonces ella tiene que hacerme hacer pipí». (Asistirlo al orinar, cosa que evidentemente le resulta grato a Hans.)

Es claro que el hacerlo hacer pipí, para lo cual al niño le abren los calzones y le sacan el pene, está para Hans teñido de placer. Cuando va de paseo es casi siempre el padre quien presta ese auxilio al niño, lo que da ocasión para que sobre el padre se fije una inclinación homosexual.

Como ya se informó, dos días antes preguntó a la mamá, cuando ella le lavaba y le entalcaba la zona genital: «¿Por qué no pasas el dedo?». Ayer, cuando lo hice ir al baño, me dijo por primera vez que debía conducirlo detrás de la casa para que nadie pudiera mirarlo, y agregó: «El año pasado, cuando he hecho pipí, Berta y Olga han mirado». Eso significa, creo, que el año pasado le era grato ese mirar de las niñas, pero ahora ya no lo es. El placer de exhibición sucumbe ahora a la represión. Como el deseo de que Berta y Olga lo miren hacer pipí (o lo hagan hacer pipí) es ahora reprimido {desalojado-suplantado} de su vida, he ahí la explicación para que

[16] [En las ediciones anteriores a 1924 se asignaba erróneamente 5 años a Olga y 7 a Berta. Cf. pág. 16.]

se presente en el sueño, donde se ha procurado un lindo disfraz mediante el juego de prendas. — Desde entonces observo repetidas veces que no quiere ser visto cuando hace pipí.

Me limito a señalar que este sueño obedece además a la regla que he dado en *La interpretación de los sueños*:[17] dichos que aparecen en el sueño provienen de dichos escuchados o proferidos por uno mismo el día anterior.

De la época que siguió al regreso a Viena, el padre ha fijado aún esta observación:

Hans (4½ años) mira de nuevo cómo bañan a su hermanita, y empieza a reír. Se le pregunta: «¿Por qué ríes?». Contesta: «Me río del hace-pipí de Hanna». — «¿Por qué?». — «Porque el hace-pipí es muy bonito».

La respuesta es, naturalmente, falsa. El hace-pipí se le antoja cómico. Por otra parte, es la primera vez que admite de ese modo, en vez de desmentirla, la diferencia entre genital masculino y femenino.

17 [(1900*a*), *AE*, **5**, pág. 419.]

II. Historial clínico y análisis

Estimado profesor: Le envío otro pequeño fragmento sobre Hans, pero esta vez, desdichadamente, contribuciones para un historial clínico. Como lo leerá usted, en los últimos días se le ha desarrollado una perturbación nerviosa que nos tiene muy intranquilos a mi mujer y a mí porque no podemos hallar ningún medio para eliminarla. Me tomaré la libertad (. . .) de visitarlo mañana, no obstante lo cual (. . .) le anticipo por escrito el material disponible.

Sin duda ha sido una hiperexcitación sexual por ternura de la madre, pero no sé indicar el excitador de la perturbación. El miedo de que *un caballo lo muerda por la calle* parece entramado de alguna manera con el hecho de que le asusta un pene grande. Como usted lo sabe por una nota anterior, en su momento él reparó ya en el pene grande del caballo, y entonces sacó la conclusión de que la mamá, puesto que es tan grande, por fuerza ha de tener un hace-pipí como el de un caballo. [Cf. pág. 10.]

No atino a hallar nada pertinente. ¿Habrá visto en alguna parte a un exhibicionista? ¿O el todo se anuda solamente a la madre? No nos resulta agradable que desde ahora empiece a plantear enigmas. Salvo el miedo de andar por la calle, y su desazón al atardecer, sigue siendo el mismo, divertido, alegre.

No haremos nuestros ni la comprensible preocupación del padre ni sus primeros intentos de explicación, sino que examinaremos, para empezar, el material comunicado. Es que nuestra tarea no consiste en «comprender» enseguida un caso clínico; sólo habremos de conseguirlo tras haber recibido bastantes impresiones de él. Provisionalmente dejaremos nuestro juicio en suspenso {*in Schwebe*}, y prestaremos atención pareja {*gleich*} a todo lo que hay para observar.

Pues bien; he aquí las comunicaciones iniciales, de los primeros días de este año de 1908:

Hans (4¾ años) aparece a la mañana llorando; la mamá le pregunta por qué llora, y él dice: «Cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para hacer *cumplidos*».[1]

Por tanto, un sueño de angustia.

Algo parecido le he notado ya en el verano en Gmunden. Al anochecer, las más de las veces se iba a la cama con un talante muy sentimental, y una vez hizo la observación (aproximada): «Si yo no tuviera ninguna mami, si tú te fueras», o cosa parecida; no lo recuerdo con exactitud. Por desgracia, cuando él estaba con ese talante elegíaco, la mamá lo acogía siempre en su lecho.

Más o menos el 5 de enero se llegó temprano a la mamá, que estaba en la cama, y le dijo con esa ocasión: «¿Sabes tú? Tía M. ha dicho: "Pero qué lindo pichilín[2] tiene"». (La tía M. se había alojado en nuestra casa unas cuatro semanas antes; cierta vez vio cómo mi mujer bañaba al muchacho, y de hecho le dijo quedamente eso a mi mujer. Hans la oyó, y procuraba aprovecharlo.)

El 7 de enero va, como de costumbre, al Stadtpark[3] con la niñera; por la calle empieza a llorar y pide que lo lleven a casa, quiere «hacer cumplidos» con la mami. Cuando en casa le preguntan por qué no quiso seguir y se puso a llorar, no quiere decir nada. A la tarde está alegre como de costumbre; al anochecer tiene visible angustia, llora y no se lo puede separar de la mamá; una y otra vez quiere hacerse cumplidos con ella. Después recobra la alegría y duerme bien.

El 8 de enero, mi propia mujer lo saca de paseo para ver qué pasa con él, y lo lleva a Schönbrunn, adonde le gusta mucho ir. De nuevo empieza a llorar, no quiere seguir camino, tiene miedo. Al fin va, pero por la calle, es visible, siente angustia. En el viaje de regreso de Schönbrunn dice a la madre, tras mucha renuencia: «*Tuve miedo de que un caballo me mordiera*». (De hecho, en Schönbrunn se intranquilizó cuando vio un caballo.) Al anochecer me dicen que tuvo un ataque parecido al del día anterior, con pedido de hacer cumplidos. Se lo tranquiliza. Dice llorando: «Sé que mañana me llevarán de nuevo a pasear», y luego: «El caballo entrará en la pieza».

1 La expresión de Hans para «acariciar». [Nota del padre.]

2 Pichilín {*Pischl*} = genitales. Mimoteos de los genitales infantiles, de palabra o de obra, por los tiernos allegados —aun los propios padres— son sucesos harto comunes, de que rebosan los psicoanálisis.

3 [Parque municipal situado cerca del centro de Viena.]

Ese mismo día, la mamá le pregunta: «¿Te pasas la mano por el hace-pipí?». Y sobre eso, él dice: «Sí, cada anochecer, cuando estoy en la cama». Al día siguiente, 9 de enero, le previenen, antes de la siesta, que no se pase la mano por el hace-pipí. Preguntado al despertar, dice que se la pasó durante un ratito.

Sería ese, pues, el comienzo de la angustia así como el de la fobia. Desde ahora reparamos en que tenemos buen fundamento para separarlas entre sí. Por lo demás, el material parece en un todo suficiente para orientarnos, y ningún otro punto temporal es tan favorable al entendimiento como este estadio inicial que, por desdicha, las más de las veces se descuida o se silencia. La perturbación se introduce con unos pensamientos tiernos-angustiados, y luego con un sueño de angustia. Contenido de este último: perder a la madre, de suerte que él ya no pueda hacerse cumplidos con ella. Es fuerza, pues, que la ternura hacia la madre se haya acrecentado enormemente. Es el fenómeno básico de su estado. Recordemos además, por vía confirmatoria, sus dos intentos de seducir a la madre, el primero de los cuales se produjo todavía en el verano [pág. 18], y el segundo, un simple encomio de su genital, poco antes de que estallara su angustia a andar por la calle. Es esta acrecentada ternura por la madre lo que súbitamente se vuelca en angustia; lo que, según nosotros decimos, sucumbe a la represión {esfuerzo de desalojo}. Todavía no sabemos de dónde proviene el empuje para la represión; acaso resulte meramente de la intensidad de la moción, no dominable para el niño; acaso cooperen otros poderes que todavía no discernimos. Más tarde lo averiguaremos. Esta angustia, que corresponde a una añoranza erótica reprimida, carece al comienzo de objeto, como toda angustia infantil: es todavía angustia y no miedo. El niño [al comienzo] no puede saber de qué tiene miedo, y cuando Hans, en el primer paseo con la muchacha, no quiere decir de qué tiene miedo, es que tampoco él lo sabe. Dice lo que sabe, que por la calle le falta la mamá con quien pueda hacerse cumplidos, y que no quiere apartarse de la mamá. Deja traslucir así, con toda sinceridad, el sentido primero de su aversión a andar por la calle.

Por otra parte, sus estados, por dos veces sucesivas repetidos al anochecer antes de acostarse, estados angustiados y, no obstante, de nítida coloración tierna, prueban que al comienzo de la enfermedad contraída no existía una fobia a andar por la calle o a pasear, ni tampoco a los caballos. Entonces, el estado del anochecer no quedaría expli-

cado; en efecto, ¿quién piensa, antes de dormir, en la calle y el paseo? En cambio, es por completo trasparente que al anochecer se angustia mucho, pues antes de meterse en cama lo asalta, reforzada, la libido, cuyo objeto es la madre y cuya meta podría ser dormir junto a la madre. Es que ha hecho la experiencia de que en virtud de esos talantes podía, en Gmunden, mover a la madre a que lo acogiera en *su lecho, y le gustaría conseguir lo mismo en Viena.* De pasada, no olvidemos que en Gmunden estaba a veces solo con ella, pues el padre no podía pasar ahí las vacaciones íntegras; además, allí distribuía su ternura entre sus compañeros de juego, amiguitos y amiguitas, y al faltarle estos aquí, su libido pudo regresar de nuevo entera a la madre.

La angustia corresponde entonces a una añoranza reprimida, pero no es lo mismo que la añoranza; la represión cuenta también en algo. La añoranza se podría mudar en satisfacción plena aportándole el objeto ansiado; para la angustia esa terapia no sirve, ella permanece aunque la añoranza pudiera ser satisfecha, ya no se la puede volver a mudar plenamente en libido: la libido es retenida en la represión por alguna cosa.[4] Es lo que se muestra en Hans a raíz del segundo paseo, cuando la madre lo acompaña. Ahora está con la madre, a pesar de lo cual tiene angustia, es decir, una añoranza de ella no saciada. Es cierto que la angustia es menor, se lo puede mover a pasear, mientras que a la muchacha de servicio la obligó a volver a casa; y, además, la calle no es el lugar conveniente para «hacerse cumplidos» o lo que el pequeño enamorado gustara de hacer. Pero la angustia ha resistido la prueba y ahora se ve precisada a hallar un objeto. En ese paseo se exterioriza por primera vez el miedo a ser mordido por un caballo. ¿De dónde viene el material de esta fobia? Probablemente, de aquellos complejos todavía desconocidos que contribuyeron a la represión y mantienen en estado reprimido la libido hacia la madre. Es todavía un enigma de este caso, cuyo ulterior desarrollo hemos de perseguir para hallar su solución. El padre ya nos ha proporcionado ciertos puntos de apoyo que quizá sean confiables: Hans observa a los caballos siempre con interés a causa de su hace-pipí grande, es fuerza que la mamá tenga un hace-pipí como el de un caballo, etc. Así, se creería, el caballo es sólo un sustituto de la mamá. Pero, ¿qué significa que Hans al anochecer

[4] Dicho formalmente: llamamos «angustia patológica» a una sensación de añoranza angustiada desde el momento en que ya no se la puede cancelar aportándole el objeto ansiado.

exteriorice el miedo de que el caballo entre en la pieza? Una tonta idea angustiada de un niño pequeño, se dirá. Pero la neurosis no dice nada tonto, como tampoco lo dice el sueño. Insultamos siempre que no comprendemos algo. Es un modo de facilitarse la tarea.

De esta tentación debemos guardarnos todavía en otro punto. Hans ha confesado que su pene le ocupa con fines de placer todas las noches antes de dormirse. «¡Ah! —dirá el médico práctico—. Ahora todo está claro. Todo está en su sitio: el niño se produce un sentimiento masturbatorio de placer». Pero eso en modo alguno nos explica su angustia; al contrario, la vuelve más enigmática. Estados de angustia no son provocados por masturbación; no lo son, en general, por una satisfacción. Y además tenemos derecho a suponer que nuestro Hans, ahora de 4¾ años, se permite ese contento desde hace ya un año (cf. pág. 9) cada anochecer, y nos enteraremos [págs. 27-8] de que justamente ahora se encuentra en la lucha por deshabituarse, lo cual condice mejor con la represión y la formación de angustia.

También debemos tomar partido en favor de su buena, y por cierto que harto cuidadosa, madre. El padre la inculpa, no sin una apariencia de justicia, de haber contribuido al estallido de la neurosis por su ternura hipertrófica y su aquiescencia demasiado frecuente a recibir al niño en su lecho; nosotros, de igual modo, podríamos reprocharle haber apresurado el advenimiento de la represión por su enérgico rechazo de sus cortejos («Es una porquería» [pág. 18]). Pero ella desempeña un papel fijado por el destino, y está en situación difícil.

Convine con el padre en que dijera al muchacho que lo del caballo era una tontería y nada más. Y que la verdad era que quería muchísimo a la mamá, y pretendía ser recibido por ella en su cama. Y que ahora tenía miedo de los caballos por haberse interesado tanto en el hace-pipí de ellos. Además, {Hans} había notado que era incorrecto ocuparse tan intensamente del hace-pipí, aun del propio, y esa era una intelección acertadísima. Por otro lado, propuse al padre internarse por el camino del esclarecimiento sexual. Puesto que, según estábamos autorizados a suponer por la prehistoria del pequeño, su libido adhería al deseo de ver el hace-pipí de la mamá, el padre debía sustraerle esa meta comunicándole que esta, y todas las otras personas del sexo femenino, como podía saberlo bien respecto de Hanna, no poseían hace-pipí alguno. Le dije que este último esclarecimiento se lo debía impartir en una oportunidad conveniente, a raíz de alguna pregunta o manifestación de Hans.

Las siguientes noticias sobre nuestro Hans abarcan el período del 1º al 17 de marzo. La pausa de un mes hallará pronto su explicación.

Al esclarecimiento [5] sigue un período más tranquilo en que es posible mover a Hans, sin gran dificultad, a que vaya de paseo al parque todos los días. [Cf. pág. 82.] Su miedo a los caballos se muda más y más en la compulsión a mirarlos. Dice: «Tengo que ver a los caballos y entonces me da miedo».

Después de una influenza, que lo postra en cama por dos semanas, la fobia vuelve a reforzarse tanto que no se lo puede mover a salir; a lo sumo va al balcón. Todos los domingos viaja conmigo a Lainz,[6] porque ese día se ven muy pocos carruajes por la calle y él solamente tiene que recorrer un corto trecho hasta la estación de ferrocarril. Cierta vez en Lainz se rehúsa a salir a pasear fuera del jardín porque frente a él está estacionado un carruaje. Después de otra semana que se ve obligado a pasar en casa porque lo operaron de amígdalas, vuelve a reforzársele mucho la fobia. Es cierto que va al balcón, pero no sale a pasear, vale decir, tan pronto llega a la puerta de calle da la vuelta rápidamente.

El domingo 1º de marzo, en el camino a la estación ferroviaria, se desarrolla la siguiente plática: Yo procuro volver a explicarle que los caballos no muerden: *El:* «Pero caballos blancos muerden; en Gmunden hay un caballo blanco que muerde. Si uno le acerca los dedos, muerde». (Me llama la atención que diga «los dedos» en lugar de «la mano».) Después cuenta la siguiente historia, que yo reproduzco en el orden de su secuencia: «Cuando Lizzi tuvo que partir de viaje {*wegfahren*}, un carruaje con un caballo blanco se detuvo frente a su casa; iba a llevar el equipaje a la estación». (Lizzi, según él me cuenta, es una niñita que vivía en una casa vecina.) «El padre de Lizzi estaba cerca del caballo, y el caballo volvió la cabeza (para tocarlo), y él dijo a Lizzi: "*No le pases los dedos al caballo blanco, de lo contrario te morderá*"». Yo le digo sobre eso: «Escucha, me parece que no es un caballo lo que tú tienes en la mente, sino un hace-pipí, al que no se le debe pasar la mano».

[5] Sobre el significado de su angustia; nada, todavía, sobre el hace-pipí de las mujeres.
[6] Suburbio de Viena [contiguo a Schönbrunn], donde viven los abuelos de Hans.

El: «Pero un hace-pipí no muerde».
Yo: «Quizá, quizá», tras lo cual él quiere probarme vivamente que en realidad fue un caballo blanco.[7]
El 2 de marzo, cuando otra vez está con miedo, le digo: «¿Sabes una cosa? La tontería —así llama él a su fobia— perderá fuerza si sales de paseo más a menudo. Ahora es tan intensa porque tu enfermedad no te ha dejado salir de casa».
El: «¡Oh, no!, es tan intensa porque me sigo pasando todas las noches la mano por el hace-pipí».

Médico y paciente, padre e hijo, coinciden entonces en atribuir al hábito onanista[8] el principal papel en la patogénesis del estado presente. Pero tampoco faltan indicios sobre la significatividad de otros factores.

El 3 de marzo ha ingresado en nuestra casa una muchacha nueva que despierta su particular complacencia. Como ella lo deja montarse a caballito mientras limpia las habitaciones, él la llama sólo «mi caballo» y de continuo la toma del vestido gritándole «¡Júoo!». El 10 de marzo, más o menos, dice a esta niñera: «Si haces esto o aquello, tendrás que sacarte toda la ropa, también la camisa». (Quiere decir, como castigo, pero es fácil discernir tras ello el deseo.)
Ella: «¡Bah! ¿Y qué hay con eso? Me haré a la idea de que no tengo ni para vestidos».
El: «Pero si eso es una chanchada; uno ve entonces el hace-pipí».

¡La antigua curiosidad volcada a un nuevo objeto y, como conviene a los tiempos de la represión, encubierta con una tendencia moralizante!

El 13 de marzo por la mañana digo a Hans: «¿Sabes una cosa? Si no te pasas más la mano por el hace-pipí, la tontería se te irá yendo».
Hans: «Pero si ya no me paso más la mano por el hace-pipí».

[7] El padre no tiene razón alguna para poner en duda que Hans ha referido aquí un episodio real. — Las sensaciones de picazón en el glande, que mueven a los niños a tocarse, son por lo demás descritas regularmente así: «*Es beisst mich*» {«Me pica»; literalmente: «Me muerde»}.
[8] [«*Onanieangewöhnung*»; en las ediciones anteriores a 1924 figuraba erróneamente «*Onanieabgewöhnung*», «abandono del hábito onanista».]

Yo: «Pero sigues teniendo ganas de hacerlo».

Hans: «Sí, vaya, pero "tener ganas" no es "hacer", y "hacer" no es "tener ganas"».(!!)

Yo: «Para que no tengas más ganas, hoy te daremos una bolsa de dormir».

Tras ello nos vamos a la puerta de casa. Tiene miedo, sí, pero visiblemente aliviado por la perspectiva de que la lucha le será más fácil, dice: «Bueno; mañana, cuando tenga la bolsa de dormir, se me pasará la tontería». De hecho, tiene *mucho* menos miedo a los caballos y, bastante tranquilo, deja que pasen los carruajes.

El domingo siguiente, 15 de marzo, Hans había prometido viajar conmigo a Lainz. Primero se revuelve, pero al fin accede a ir. En la calle, por ser pocos los carruajes, se siente visiblemente bien, y dice: «Qué lindo que el buen Dios ya ha soltado al caballo». Por el camino le explico que su hermana no tiene un hace-pipí como él. Niñitas y señoras no tienen hace-pipí. La mamá no tiene, Anna tampoco, etc.

Hans: «¿Tú tienes un hace-pipí?».

Yo: «Naturalmente, ¿qué te habías creído?».

Hans (tras una pausa): «Pero si las nenas no tienen un hace-pipí, ¿cómo hacen pipí?».

Yo: «No tienen un hace-pipí como el tuyo. ¿Todavía no has visto, cuando bañan a Hanna?».

Durante todo el día está muy contento, viaja en trineo, etc. Sólo hacia el atardecer se desazona de nuevo y parece tener miedo a los caballos.

Al anochecer, el ataque nervioso y la necesidad de hacer cumplidos son menores que los días previos. La jornada siguiente, la mamá lo lleva consigo por la ciudad y él tiene gran miedo en la calle. Al otro día, se queda en casa y está muy contento. La mañana que sigue, se levanta, angustiado, alrededor de las seis. Preguntado qué le ocurre, cuenta: «Me he pasado el dedo un poquitito por el hace-pipí. Entonces he visto a mami toda desnuda en camisa, y ella ha dejado ver el hace-pipí. Le he mostrado a Grete,[9] a mi Grete, lo que hace mamá, y le he mostrado mi hace-pipí. Entonces he sacado rápido la mano del hace-pipí». Ante mi objeción de que sólo puede decir «en camisa» *o* «toda desnuda», Hans dice: «Ella estaba en camisa, pero la camisa era tan corta que le he visto el hace-pipí».

[9] Grete es una de las niñitas de Gmunden, con quien Hans fantasea ahora, justamente; habla y juega con ella. [Nota del padre.]

El todo no es un sueño, sino una fantasía onanista, por lo demás equivalente a un sueño. Lo que hace hacer a la mamá sirve, evidentemente, para su justificación: «Si mami muestra el hace-pipí, yo también puedo hacerlo».

Por esta fantasía ya podemos averiguar dos cosas: la primera, que la reprimenda de la madre surtió en su momento un intenso efecto sobre él,[10] y la segunda, que al comienzo no acepta el esclarecimiento de que las mujeres no tienen un hace-pipí. Lamenta que deba ser así, y se aferra a él en la fantasía. Quizá tenga también sus razones para denegar creencia al padre por el momento.

Informe semanal del padre:

Estimado profesor: Le adjunto la continuación de la historia de nuestro Hans, un fragmento muy interesante. Quizá me tome la licencia de visitarlo el lunes en su consultorio y, en lo posible, llevaré a Hans conmigo —suponiendo que él lo consienta—. Hoy le he preguntado: «¿Quieres ir conmigo el lunes a casa del profesor, que te puede sacar la tontería?».

El: «No».

Yo: «Pero si él tiene una nenita muy hermosa». — Tras eso condescendió bien dispuesto y contento.

Domingo 22 de marzo. Para ampliar el programa dominical, propongo a Hans viajar primero a Schönbrunn, y sólo a mediodía ir de ahí a Lainz. Entonces él no tiene sólo que salvar a pie el camino desde nuestra casa hasta la estación Hauptzollamt del ferrocarril metropolitano, sino también desde la estación Hietzing [11] a Schönbrunn, y desde aquí nuevamente hasta la estación Hietzing del tranvía a vapor, trayectos que él en efecto recorre apartando con rapidez la vista tan pronto se acercan caballos; es evidente que se siente angustiado. Al apartar la vista sigue un consejo de la mamá.

En Schönbrunn muestra miedo a animales que de ordinario miraba sin asustarse. Así, se niega absolutamente a entrar en el edificio donde está la *jirafa*; tampoco quiere ver al elefante, que de ordinario le daba mucho gusto. Tiene miedo a todos los animales grandes, mien-

10 [Presumiblemente se refiere a su amenaza de castración (pág. 9), pero véanse las puntualizaciones que se hacen sobre esto *infra*, pág. 31.]

11 [La estación Hauptzollamt es la de la Aduana; Hietzing es un suburbio de Viena adyacente al palacio de Schönbrunn.]

tras que se divierte mucho con los pequeños. Entre los pájaros, esta vez siente miedo del pelícano, lo cual antes no ocurría; opino que es, evidentemente, a causa de su tamaño.

A raíz de ello le digo: «¿Sabes por qué tienes miedo a los animales grandes? Los animales grandes tienen un hace-pipí grande, y en verdad le tienes miedo al hace-pipí grande».

Hans: «Pero si nunca he visto el hace-pipí de los animales grandes».[12]

Yo: «Pero sí el del caballo, y el caballo también es un animal grande».

Hans: «¡Oh! El del caballo muchas veces. Una vez en Gmunden, cuando el carruaje estaba estacionado delante de la casa, una vez frente a la Aduana».

Yo: «Cuando eras pequeño, probablemente entraste en Gmunden en un establo...».

Hans (interrumpiéndome): «Sí, todos los días, cuando los caballos volvían a la casa, yo iba al establo...».

Yo: «...y probablemente tuviste miedo por haber visto alguna vez el gran hace-pipí del caballo, pero no necesitas tener miedo. Los animales grandes tienen un hace-pipí grande, los animales pequeños, un hace-pipí pequeño».

Hans: «Y todos los hombres tienen un hace-pipí, y el hace-pipí crece conmigo cuando yo me hago grande; ya está crecido».

Con esto concluye la plática. Los días siguientes el miedo parece otra vez un poco mayor; apenas si osa estar frente a la puerta de calle, adonde lo llevan después de comer.

El dicho consolador de Hans arroja luz sobre la situación y nos permite corregir un poco las aseveraciones del padre. Es verdad que siente angustia ante los animales grandes porque ellos lo fuerzan a considerar su gran hace-pipí, pero en rigor no se puede decir que a su vez tenga miedo del hace-pipí grande. Antes, en efecto, su representación de este último poseía un definido tinte placentero, y con todo celo intentaba procurarse su visión. Ese contento se le estropeó luego por el universal trastorno {*Verkehrung*} de placer hacia displacer, que, por un camino no esclarecido

[12] Esto es falso. Véase su exclamación ante la jaula del león, *supra*, pág. 10. Probablemente, un olvido incipiente a consecuencia de la represión.

aún, ha afectado toda su investigación sexual; y se le estropeó además —cosa más clara para nosotros— en virtud de ciertas experiencias y ponderaciones cuyos resultados fueron penosos. De su consuelo «el hace-pipí crece conmigo cuando yo me hago grande» se puede inferir que en sus observaciones él comparaba de continuo, y ha quedado muy insatisfecho con el tamaño de su propio hace-pipí. Los animales grandes le recuerdan ese déficit, y por esta razón le resultan desagradables. Pero parece probable que toda esa ilación de pensamiento no le pueda devenir conciente con claridad, por lo cual esa sensación penosa se le muda en angustia; así, su angustia presente se edifica tanto sobre el placer de antaño como sobre el displacer actual. Una vez establecido el estado de angustia, esta última devora todas las otras sensaciones; y a medida que la represión avanza, mientras más son empujadas a lo inconciente las representaciones portadoras de afecto que ya habían sido concientes, todos los afectos pueden mudarse en angustia.

La rara puntualización de Hans «ya está crecido», en el contexto del consuelo, permite colegir muchas cosas que él no puede declarar, y por cierto no ha declarado en este análisis. Agregaré un complemento tomado de mis experiencias en análisis de adultos, esperando que la intercalación no se juzgará violenta ni arbitraria. «Ya está crecido»: entendido como porfía y consuelo, hace pensar en la vieja amenaza de la madre, que le cortarían el hace-pipí si continuaba ocupándose de él. [Cf. pág. 9.] En aquel momento, cuando él tenía 3½ años, la amenaza no produjo efecto alguno. Respondió, impávido, que entonces haría pipí con la cola. Y se ajustaría por entero al comportamiento típico que la amenaza de castración adquiriera vigencia ahora, *con efecto retardado* {*nachträglich*}, y él entonces, 1¼ año después, estuviera con la angustia de ser despojado de esa querida pieza de su yo. Tales efectos retardados de mandamientos y amenazas recibidos en la niñez se pueden observar en otros casos clínicos, donde el intervalo llega a abarcar un decenio y más todavía. Hasta conozco casos en los cuales la «*obediencia de efecto retardado*» de la represión {esfuerzo de desalojo} desempeña la parte principal en el determinismo de los síntomas patológicos.[13]

El esclarecimiento que Hans ha recibido hace poco, a saber, que las mujeres efectivamente no poseen ningún hace-

[13] [Se menciona otro caso de «obediencia de efecto retardado» en «Una neurosis demoníaca en el siglo XVII» (1923*d*), *AE*, **19**, pág. 89. En *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, pág. 145, se hace una aplicación sociológica del concepto.]

pipí, no pudo tener otro resultado que el de conmoverle su confianza en sí mismo y despertarle el complejo de castración. Por eso se revolvió contra esa comunicación y por eso ella no produjo éxito terapéutico: ¿Conque realmente existen seres vivos que no poseen un hace-pipí? ¡No sería entonces tan increíble que le quitaran el suyo; que, por así decir, lo hicieran mujer![14]

La noche del 27 al 28, Hans nos sorprende levantándose de su cama en la oscuridad y metiéndose en la nuestra. Su habitación está separada de nuestro dormitorio por un retrete. Le preguntamos por qué, si acaso ha tenido miedo. Dice: «No, mañana lo diré»; se duerme en nuestra cama y luego es retirado a la suya. Al día siguiente lo interrogo para averiguar por qué vino a nosotros en la noche, y tras alguna renuencia se desarrolla este diálogo, que enseguida pongo por escrito estenográficamente:

El: «*En la noche había en la habitación una jirafa grande y una jirafa arrugada, y la grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me he sentado encima de la jirafa arrugada*».

Yo (asombrado): «¿Qué? ¿Una jirafa arrugada? ¿Cómo era?».

El: «Así». (Coge rápido un papel, lo hace un bollo, y me dice:) «Así estaba arrugada».

Yo: «¿Y te has sentado encima de la jirafa arrugada? ¿Cómo?».

Torna a enseñármelo, se sienta en el suelo.

Yo: «¿Por qué viniste al dormitorio?».

El: «Yo mismo no lo sé».

Yo: «¿Has tenido miedo?».

[14] No puedo interrumpir la trama lo bastante para mostrar cuánto de típico hay en estas ilaciones inconcientes de pensamiento que yo atribuyo aquí al pequeño Hans. El complejo de castración es la raíz inconciente más profunda del antisemitismo, pues ya en el cuarto de los niños el varoncito oye que a los judíos les han cortado algo en el pene —una parte del pene, cree él—, y esto le da derecho a despreciar al judío. Tampoco la arrogancia frente a la mujer tiene una raíz inconciente más poderosa que esta. Weininger, ese joven filósofo talentosísimo y sexualmente perturbado, que luego de su maravilloso libro *Geschlecht und Charakter* [1903] puso fin a su vida suicidándose, consideró con igual hostilidad, en un famoso capítulo, a los judíos y a la mujer, abrumándolos con los mismos denuestos. Weininger, como neurótico, estaba enteramente bajo el imperio de complejos infantiles; la referencia al complejo de castración es lo que allí tienen en común el judío y la mujer. [Freud emprendió un análisis más detallado del antisemitismo en una de sus últimas obras, *Moisés y la religión monoteísta* (1939*a*), *AE*, **23**, págs. 86-8.]

El: «No, seguro que no».

Yo: «¿Fue un sueño el de las jirafas?».

El: «No, no lo he soñado; me lo he pensado. A todo me lo he pensado. Ya desde antes estaba levantado».

Yo: «¿Qué quiere decir "una jirafa arrugada"? Sabes bien que a una jirafa no se la puede comprimir como a un pedazo de papel».

El: «Sí que lo sé. Lo he creído simplemente. Por supuesto que no hay nada así en el mundo.[15] La arrugada está toda tirada sobre el piso y yo la he quitado, la he tomado con las manos».

Yo: «¿Qué? ¿A una jirafa tan grande se la puede tomar con las manos?».

El: «A la arrugada yo la he tomado con la mano».

Yo: «¿Y dónde estaba la grande entretanto?».

El: «Mira, la grande estaba parada más allá».

Yo: «¿Qué has hecho con la arrugada?».

El: «La he tenido un poquito en la mano hasta que la grande dejó de gritar, y cuando la grande dejó de gritar me le he sentado encima».

Yo: «¿Por qué la grande ha gritado?».

El: «Porque yo le había quitado a la pequeña». (Advierte que yo anoto todo, y pregunta:) «¿Por qué escribes eso?».

Yo: «Porque se lo envío a un profesor que te puede quitar la tontería».

El: «Ajá. Entonces seguro has escrito que mami se sacó la camisa, y también se lo das al profesor».

Yo: «Sí, pero él no comprenderá cómo crees tú que se puede arrugar a una jirafa».

El: «Dile simplemente que yo mismo no lo sé, y entonces él no preguntará; pero si pregunta qué es la jirafa arrugada, puede escribirnos, y nosotros le escribiremos, o le escribimos ahora mismo, yo no lo sé».

Yo: «¿Por qué viniste a la noche?».

El: «Eso no lo sé».

Yo: «Dime rápido en qué piensas ahora».

El (bromeando): «En un jugo de frambuesas».

Yo: «¿Y en qué más?».

El: «En un fusil para disparar».[16]

} Sus deseos.

[15] Hans, en su lenguaje, dice terminantemente que fue una fantasía.

[16] El padre ensaya aquí, en su desconcierto, poner en práctica la técnica clásica del psicoanálisis. No lo llevó lejos, pero lo obtenido

Yo: «¿De verdad no lo has soñado?».

El: «Seguro que no; no, lo sé terminantemente».

Sigue contando: «Mami me ha pedido mucho tiempo que le dijera por qué he ido a la noche. Pero no he querido decírselo porque al comienzo me daba vergüenza ante mami».

Yo: «¿Por qué?».

El: «Eso no lo sé».

En efecto, mi mujer le inquirió toda la mañana, hasta que él contó la historia de la jirafa.

Ese mismo día, el padre encuentra la resolución de la fantasía de la jirafa.

La gran jirafa soy yo o, más bien, el pene grande (el cuello largo); la jirafa arrugada, mi mujer o, más bien, su miembro; he ahí, por tanto, el resultado del esclarecimiento [pág. 28].

Jirafa: véase la excursión a Schönbrunn. [Cf. págs. 13 y 29.] Por otra parte, tiene colgada sobre su cama la imagen de una jirafa y de un elefante.

El todo es la reproducción de una escena que en los últimos días se desarrolla casi todas las mañanas. Hans siempre acude temprano a nosotros, y mi esposa no puede dejar de tomarlo por algunos minutos consigo en el lecho. Sobre eso yo siempre empiezo a ponerla en guardia, que es mejor que no lo tome consigo («La grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada»), y ella replica esto y aquello, irritada tal vez: que eso es un absurdo, que unos minutos no pueden tener importancia, etc. Entonces Hans permanece un ratito junto a ella. («Entonces la jirafa grande dejó de gritar, y luego yo me senté encima de la jirafa arrugada».)

La solución de esta escena conyugal trasportada a la vida de las jirafas es, pues: él sintió en la noche añoranza de la mamá, añoranza de sus caricias, de su miembro, y por eso vino al dormitorio. El todo es la continuación del miedo al caballo.

Sólo sé agregar a la perspicaz interpretación del padre: El «sentarse encima» es probablemente la figuración de Hans para el «tomar posesión».* Ahora bien, el todo es

puede adquirir pleno sentido a la luz de elucidaciones posteriores. [Cf. págs. 82 y 92, *n.* 11.]

* {La palabra alemana para «posesión» («*Besitz*») tiene afinidad con la frase empleada por el niño, «sentarse encima» («*Draufsetzen*»).}

una fantasía de porfía, anudada con una satisfacción por el triunfo sobre la resistencia paterna. «Grita todo lo que quieras, lo mismo mami me toma en la cama y mami me pertenece». Tras ella se colige, pues, lo que el padre conjetura: la angustia de no gustarle a la mamá porque su hace-pipí no puede medirse con el del padre.

A la mañana siguiente, el padre cosecha la confirmación de su interpretación.

Domingo 29 de marzo. Viajo con Hans a Lainz. En la puerta me despido de mi mujer en broma: «Adiós, Jirafa Grande». Hans pregunta: «¿Por qué jirafa?». Yo respondo: «La mami es la jirafa grande», tras lo cual Hans dice: «¿No es cierto que sí? ¿Y Hanna es la jirafa arrugada?».

En la estación de ferrocarril le explico la fantasía de las jirafas, sobre lo cual él responde: «Sí, eso es correcto»; y como yo le digo que la jirafa grande soy yo, pues el cuello largo le ha recordado a un hace-pipí, él dice: «Mami tiene también un cuello como una jirafa, yo he visto cómo se lavaba el blanco cuello».[17]

El lunes 30 de marzo, por la mañana temprano, Hans viene a mí y dice: «Escucha, hoy me he pensado dos cosas. ¿La primera? He estado contigo en Schönbrunn junto a los carneros, y entonces nos colamos por debajo de las cuerdas, y le hemos dicho eso al guardián a la entrada del jardín, y él nos ha atrapado». La segunda la ha olvidado.

Acerca de esto, señalo: Cuando el domingo quisimos ir a ver los carneros, ese recinto estaba cerrado con una cuerda, de suerte que no pudimos pasar. Hans se asombró mucho de que un recinto se cerrara sólo con una cuerda por debajo de la cual uno puede deslizarse fácilmente. Le dije que los hombres decentes no se deslizan por debajo de esa cuerda. Opinó que no obstante es facilísimo, a lo cual repliqué que entonces puede venir un guardián y llevárselo a uno. A la entrada de Schönbrunn hay un soldado de la guardia, acerca del cual en una oportunidad le dije a Hans que arrestaba a los chicos que no se portaban bien.

Al regreso de la visita que hice a usted, ese mismo día, Hans confesó todavía un pequeño fragmento de su

[17] Hans corrobora sólo la interpretación de que las dos jirafas son padre y madre, no el simbolismo sexual que pretende ver en la jirafa misma una subrogación del pene. Probablemente este símbolo sea correcto, pero a Hans, en verdad, no se le puede pedir más.

concupiscencia por hacer algo prohibido. «Escucha, hoy a la mañana temprano volví a pensarme una cosa». «¿Qué?». «He viajado contigo en el ferrocarril, y hemos roto una ventanilla, y el guarda nos ha llevado».

La correcta continuación de la fantasía de las jirafas. El vislumbra que está prohibido ponerse en posesión {*sich in den Besitz zu setzen*} de la madre; ha chocado con la barrera del incesto.[18] Pero lo considera prohibido en sí mismo. En todas las picardías prohibidas que él realiza en su fantasía está presente el padre, quien es encerrado con él. Es que, según él opina, el padre a pesar de todo hace eso prohibido enigmático con la madre, que él se sustituye por algo violento, como romper el vidrio de una ventanilla, penetrar en un recinto clausurado.

Esa tarde me visitaron padre e hijo en mi consultorio médico. Ya conocía yo al gracioso hombrecito, y siempre había tenido gusto en verlo, tan amoroso por su seguridad en sí mismo. No sé si se acordaba de mí, pero se comportó de manera intachable, como un miembro enteramente razonable de la sociedad humana. La consulta fue breve. El padre comenzó diciendo que a pesar de todos los esclarecimientos la angustia ante los caballos no había aminorado. Debimos confesarnos también que los vínculos entre los caballos ante los cuales se angustiaba y las descubiertas mociones de ternura hacia la madre eran poco abundantes. Detalles como los que conocí en ese momento —a saber, que le molestaba particularmente lo que los caballos tienen ante los ojos y lo negro alrededor de la boca— era evidente que no se podían explicar a partir de lo que sabíamos. Pero al ver a los dos así, sentados enfrente, al tiempo que escuchaba la descripción de su angustia al caballo, se me hizo la luz sobre otro fragmento de la resolución, que me resultó comprensible que se le escapara justamente al padre. Pregunté a Hans, en broma, si sus caballos llevaban gafas, cosa que él negó, y luego si su padre las llevaba, cosa que también negó, contra toda evidencia; le pregunté si con lo negro alrededor de la «boca» quería significar el bigote, y le revelé que tenía miedo a su padre justamente por querer él tanto a su madre. El no podía menos que creer, le dije, que el padre le tenía rabia, pero eso no era cierto: el padre le tenía cariño, y podía confesarle todo sin miedo. Que hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso se vería obli-

[18] [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 205.]

gado a tener miedo del padre; y yo le había contado esto a su padre. «¿Por qué crees tú que te tengo rabia? —me interrumpió el padre en este punto—. ¿Acaso te he insultado o te he pegado alguna vez?». «¡Oh, sí!, tú me has pegado», lo rectificó Hans. «Eso no es verdad. ¿Cuándo, pues?». «Hoy por la mañana», indicó el pequeño, y el padre se acordó de que Hans inopinadamente lo chocó, con la cabeza, en el vientre, tras lo cual, como por vía de reflejo, él le había dado un golpe con la mano. Era notable que no hubiera recogido ese detalle dentro de la trama de la neurosis; pero ahora él lo entendía como expresión de la predisposición hostil del pequeño hacia él, quizá también como exteriorización de la necesidad de recibir a cambio un castigo.[19]

En el camino de regreso a casa, Hans preguntó al padre: «¿Acaso habla el profesor con el buen Dios, pues puede saberlo todo desde antes?». Me enorgullecería extraordinariamente esta admisión de labios del niño si yo mismo no la hubiera provocado con mis fanfarronadas en chanza. Desde esa consulta, recibí informes casi diarios sobre las alteraciones en el estado del pequeño paciente. No cabía esperar que mi comunicación lo librara de su angustia de un golpe, pero se demostró que ahora le era dada la posibilidad de presentar sus producciones inconcientes y desovillar su fobia. El siguió desde ese momento un programa que yo pude comunicar de antemano a su padre.

El 2 de abril se comprueba la *primera mejoría sustancial.* Mientras que hasta entonces no se lo podía mover a que permaneciera un tiempo largo ante la puerta de calle, y siempre que se acercaban caballos trotaba hacia adentro con todos los signos del terror, esta vez permanece una hora ahí, aunque pasan carruajes, lo cual es muy frecuente delante de nuestra casa. Una que otra vez corre adentro cuando ve venir a lo lejos un carruaje, pero enseguida retorna como si lo hubiera pensado mejor. Comoquiera que fuese, sólo subsiste un resto de angustia, y es inequívoco el progreso realizado desde el esclarecimiento.

Al anochecer dice: «Si ya vamos a la puerta de calle, también iremos al parque».

[19] El muchacho repitió luego esta reacción frente al padre de una manera más nítida y completa, dándole primero un golpe sobre la mano y después besándole tiernamente esa misma mano. [Véase, en este sentido, la tercera parte (titulada «Los que delinquen por conciencia de culpa») del artículo de Freud «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico» (1916*d*), *AE*, **14**, págs. 338-9.]

El 3 de abril se llega a la mañana temprano hasta mi cama, mientras que los últimos días no lo había hecho y aun estaba orgulloso de esa abstención. Pregunto: «¿Por qué has venido hoy?».

Hans: «Hasta que no tenga miedo, no vendré más».

Yo: «¿Entonces vienes a mí porque tienes miedo?».

Hans: «Cuando no estoy contigo, tengo miedo; cuando no estoy contigo en la cama, entonces tengo miedo. Hasta que yo no tenga más miedo, no vendré más».

Yo: «Entonces tú me tienes cariño y te sientes ansioso cuando estás por la mañana temprano en tu cama, y por eso vienes a mí».

Hans: «Sí. ¿Por qué me has dicho que yo tengo cariño a *mami*, y tengo miedo por eso, si yo te tengo cariño a *ti*?».

El pequeño demuestra aquí una claridad realmente superior. Da a entender que en él luchan el amor al padre con la hostilidad hacia él a consecuencia de su papel de competidor ante la madre, y le reprocha que no le haya llamado la atención sobre este juego de fuerzas que necesariamente llevaba a la angustia. El padre no lo comprende del todo, pues sólo durante esta plática adquiere el convencimiento sobre la hostilidad del pequeño hacia él, que yo le había aseverado en nuestra consulta. Lo que sigue, que trascribo sin cambio alguno, es en verdad tan significativo para el esclarecimiento del padre como para el del pequeño paciente.

Por desgracia no capté enseguida el significado de esta objeción. Porque Hans tiene cariño a su madre, es evidente que quiere quitarme de en medio, pues así ocupa el lugar del padre. Este deseo hostil sofocado se convierte en angustia por el padre, y él viene por la mañana temprano a mí para ver si me he ido. Lamentablemente, en ese momento aún no lo había entendido, y le dije:

Yo: «Cuando tú estás solo, tienes nostalgia de mí y vienes a mí».

Hans: «Cuando te has ido, tengo miedo de que no vuelvas a casa».

Yo: «¿Alguna vez te he amenazado con no volver a casa?».

Hans: «Tú no, pero mami sí. Mami me ha dicho que no vuelve más». (Probablemente él se portaba mal, y ella lo amenazó con irse.)

Yo: «Te lo ha dicho porque te portabas mal».

Hans: «Sí».

Yo: «Entonces tienes miedo de que yo me vaya porque te portas mal, por eso vienes a mí».

Después del desayuno me levanto de la mesa, y Hans dice: «¡Papi, no te *trotes* de mí!». Me llama la atención que diga «trotes» {*«davonrennen»*} en lugar de «marches» {*«davonlaufen»*}, y le replico: «Oh, tienes miedo de que el caballo se trote de ti». A lo cual él ríe.

Sabemos que esta pieza de la angustia de Hans es de doble articulación: angustia *ante* el padre y angustia *por* el padre. La primera proviene de la hostilidad hacia el padre; la segunda, del conflicto entre la ternura, exagerada aquí por vía de reacción, y la hostilidad.

El padre prosigue:

Este es sin duda el inicio de un tramo importante. El hecho de que a lo sumo se atreva a llegar a la puerta de calle, pero no a alejarse {*weggehen*} de la casa, y vuelva atrás en mitad del camino al primer ataque de angustia, está motivado por el miedo de no hallar a los padres en casa por haberse alejado ellos. Se pega a la casa por amor a la madre; su miedo de que yo me aleje obedece a deseos hostiles hacia mí, pues entonces él sería el padre.

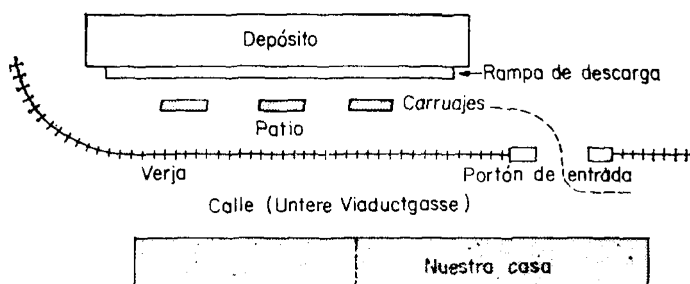
En el verano partí de viaje {*wegfahren*} repetidas veces de Gmunden para Viena, pues así lo exigía mi profesión; entonces, él era el padre. Le recuerdo que la angustia ante el caballo se anuda a la vivencia de Gmunden, cuando un caballo llevaría el equipaje de Lizzi a la estación de ferrocarril [pág. 26]. El deseo reprimido de que yo viaje {*fahren*} a la estación, pues así él queda solo con la madre («que el caballo parta de viaje»), deviene luego angustia ante el partir de viaje los caballos, y de hecho nada le produce mayor angustia que el partir un carruaje, ponerse en movimiento los caballos, desde el patio de la Aduana, frontero de nuestra vivienda.

Esta nueva pieza (ánimo hostil hacia el padre) sólo pudo salir a la luz después que supo que yo no le tengo rabia por tener él tanto cariño a la mamá.

Después de mediodía voy {*gehen*} de nuevo con él ante la puerta de calle; él de nuevo va {*gehen*} hasta allí y ahí se queda aunque pasen {*fahren*} carruajes, sólo ante algunos siente angustia y corre adentro del zaguán. Me explica también: «No todos los caballos blancos muerden»; o sea: por el análisis, algunos caballos blancos ya han sido discernidos como «papi»; esos ya no muerden, pero todavía quedan otros que lo hacen.

La situación en que está nuestra puerta de calle es la siguiente: Enfrente, el depósito de la Oficina Impositiva para Artículos de Consumo, con una rampa de descarga por la cual durante todo el día desfilan carruajes para retirar cestas, etc. Hacia la calle, una verja cierra ese patio. En línea recta frente a nuestra vivienda está el portón de entrada al patio (figura 2). Desde hace ya unos días noto que Hans tiene particular miedo cuando salen del patio o entran a él carruajes, para lo cual se ven precisados a virar. En su momento le he preguntado por qué tiene tanto miedo, y él respondió: «*Tengo miedo de que los caballos se tumben cuando el carruaje da la vuelta*» (A). Otro tanto teme cuando los carruajes, estacionados frente a la rampa de descarga, se ponen de repente en movimiento para seguir viaje (B). Además, tiene más miedo (C) a los caballos de tiro grandes que a los caballos pequeños, a los caballos rústicos más que a los elegantes (p. ej., los de coches de plaza). También tiene más miedo a un carruaje que pasa rápido (D) que si los caballos van al trote corto. Tales diferenciaciones, desde luego, sólo se han mostrado con nitidez en los últimos días.

Figura 2.



Yo diría que a consecuencia del análisis no sólo el paciente, sino también su fobia, han cobrado más coraje y se atreven a mostrarse. [Cf. pág. 101.]

El 5 de abril, Hans vuelve al dormitorio y es reenviado a su cama. Le digo: «Mientras sigas viniendo al dormitorio por la mañana temprano, no mejorarás de tu angustia a los caballos». Pero él desafía y responde: «Vendré, aunque haya de tener miedo». Vale decir, no quiere dejarse prohibir la visita a la mamá.

Después del desayuno nos disponemos a bajar. Hans

se alegra mucho y planea, en lugar de permanecer ante la puerta de calle, cruzar hasta el patio de la Aduana, donde a menudo ha visto jugar a unos pilluelos. Le digo que me alegrará si él cruza, y aprovecho la oportunidad para preguntar por qué tiene tanto miedo cuando los carros cargados se ponen en movimiento desde la rampa (B).

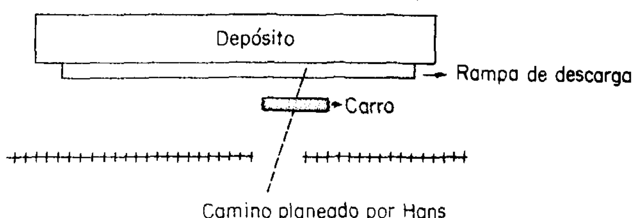
Hans: «Tengo miedo si yo estoy {*stehen*} en el carro y el carro parte de viaje {*wegfahren*} ligero, y yo estoy arriba y quiero ir ahí sobre la planchada» (la rampa de descarga) «y yo parto de viaje con el carro».

Yo: «¿Y si el carro está estacionado {*stehen*}? ¿En ese caso no tienes miedo? ¿Por qué no?».

Hans: «Si el carro está estacionado, yo voy {*gehen*} ligero sobre el carro y voy sobre la planchada». [Figura 3.]

(Hans planea, pues, treparse por un carro hasta la rampa de descarga, y tiene miedo de que el carro parta cuando está sobre este.)

Figura 3.



Yo: «¿Quizá temes no poder volver más a casa si partes con el carro?».

Hans: «¡Oh, no!; siempre puedo volver adonde está mamá, con el carro o con un coche de plaza. Yo puedo decirle el número de la casa».

Yo: «¿Entonces por qué tienes miedo en verdad?».

Hans: «Yo no lo sé, pero el profesor lo sabrá. ¿Crees tú que él lo sabrá?».

Yo: «Dime: ¿por qué quieres cruzar hasta la planchada?».

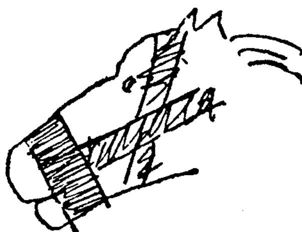
Hans: «Porque todavía nunca estuve ahí arriba, y me gustaría muchísimo estar. ¿Y sabes tú por qué iría? Porque querría subir los equipajes y cargarlos, y ahí me treparía por todos los equipajes. Muchísimo me gustaría treparme. ¿Sabes de quién he aprendido a treparme por ellos? Unos muchachos se treparon a los equipajes y yo los vi, y eso quiero hacer yo también».

Su deseo no alcanza cumplimiento, pues cuando Hans se anima otra vez ante la puerta de calle, los pocos pasos que da para cruzar hasta el patio le despiertan unas resistencias demasiado grandes, porque en él no dejan de pasar carruajes.

Y bien; el profesor sabe que este juego que Hans se propone con los carros cargados tiene que haber entrado en una referencia simbólica, sustitutiva, con otro deseo del cual él todavía no ha exteriorizado nada. Y ese deseo, si no pareciera demasiado osado, podría construirse desde ahora.

A la tarde vamos de nuevo frente a la puerta de calle, y al regreso le pregunto a Hans:
Yo: «Dime, ¿a qué caballos tienes más miedo?».
Hans: «A todos».
Yo: «No es verdad».
Hans: «Tengo más miedo a los caballos que tienen algo así en la boca».
Yo: «¿A qué te refieres? ¿Al hierro que llevan en la boca?».
Hans: «No, tienen algo negro en la boca» (se cubre la boca con la mano).
Yo: «¿Qué? ¿Acaso un bigote?».
Hans (ríe): «¡Oh, no!».
Yo: «¿Todos lo tienen?».
Hans: «No, sólo algunos».
Yo: «¿Qué es, pues, eso que llevan en la boca?».
Hans: «Algo negro así». (Yo creo que es en realidad el grueso correaje que los caballos de tiro llevan sobre el hocico. [Figura 4.]) «También a un carro mudancero le tengo más miedo».

Figura 4.



Yo: «¿Por qué?».
Hans: «Yo creo que si los caballos de mudanzas tiran de un carro pesado se tumban».

Yo: «¿Entonces un carro pequeño no te da miedo?».

Hans: «No, con un carro pequeño o un coche correo no me asusto. También cuando viene una diligencia tengo más miedo».

Yo: «¿Porque es tan grande?».

Hans: «No, porque una vez un caballo de un carruaje así se tumbó».

Yo: «¿Cuándo?».

Hans: «Una vez cuando salí con mami a pesar de la tontería, cuando compré el chaleco». (Esto es confirmado con posterioridad por la madre.)

Yo: «¿Qué te pensaste cuando el caballo se tumbó?».

Hans: «Ahora eso será siempre. Todos los caballos se tumbarán en la diligencia».

Yo: «¿En toda diligencia?».

Hans: «¡Sí! Y también en el carro mudancero. En el carro mudancero no tan a menudo».

Yo: «¿En esa época ya tenías la tontería?».

Hans: «No, sólo ahí la he cogido. Cuando el caballo de la diligencia[20] se ha tumbado, me he asustado muchísimo, ¡de verdad! Esa vez que he ido, me la he cogido».

Yo: «Pero si la tontería era que te habías pensado que un caballo te mordería, y ahora dices haber tenido miedo de que un caballo se tumbaría».

Hans: «Se tumbará y morderá».[21]

Yo: «¿Por qué te asustaste tanto?».

Hans: «Porque el caballo hizo así con las patas». (Se tiende sobre el piso y me enseña el pataleo.) «Me he asustado *porque él ha hecho un "barullo" con las patas*».

Yo: «¿Dónde estuviste esa vez con mami?».

Hans: «Primero en la pista de patinaje, después en el café, después fuimos a comprar un chaleco, después en lo del pastelero con mami, y después volvimos a casa al anochecer; atravesamos el parque». (Todo ello es confirmado por mi mujer; también, que la angustia estalló inmediatamente después.)

Yo: «¿Quedó muerto el caballo cuando se tumbó?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Cómo lo sabes?».

Hans: «Porque lo he visto» (ríe). «No, si no estaba muerto».

20 [En las ediciones anteriores a 1924 figuraba aquí, por error, «del carro mudancero».]

21 Hans tiene razón, por inverosímil que suene esta unificación. El nexo es, en efecto, como se revelará, que el caballo (el padre) lo morderá a causa de su deseo de que él (el padre) se tumbe.

Yo: «Quizá creíste que estaba muerto».

Hans: «No, seguro que no. Sólo lo dije en broma». (Sin embargo, en ese momento su gesto era serio.)

Como está fatigado, lo dejo ir. Sólo me cuenta, todavía, que al principio tuvo miedo a los caballos de diligencia, después a todos los otros y sólo últimamente a los caballos de carro mudancero.

En el camino de regreso a Lainz, le pregunto aún:

Yo: «Aquel caballo de diligencia que se cayó, ¿qué color tenía? ¿Blanco, rosillo, marrón, gris?».

Hans: «Negro, los dos caballos eran negros».

Yo: «¿Era grande o pequeño?».

Hans: «Grande».

Yo: «¿Gordo o flaco?».

Hans: «Gordo, muy grande y gordo».

Yo: «Cuando el caballo se cayó, ¿pensaste en tu papi?».

Hans: «Quizá. Sí. Es posible».

Puede ser que el padre haya explorado sin éxito en muchos lugares; pero en nada perjudica procurarse el mayor conocimiento posible sobre una fobia así, que a uno le gustaría designar según su nuevo objeto. [Cf. pág. 101.] De ese modo llegamos a saber cuán difusa es en verdad. Recae sobre caballos y sobre carruajes, sobre unos caballos que se caen o que muerden, sobre caballos de un tipo particular, sobre carruajes con carga pesada. Revelemos desde ahora que todas esas peculiaridades se deben a que la angustia no valía originariamente para los caballos, sino que fue trasportada a estos en un segundo momento y se fijó en aquellos lugares del complejo del caballo que resultaron apropiados para ciertas trasferencias.[22] Tenemos que reconocer, en particular, un resultado esencial de la inquisición del padre. Hemos averiguado la ocasión actual tras la que estalló la fobia. Fue cuando el muchacho vio caerse a un caballo grande y pesado, y al menos una de las interpretaciones de esa impresión parece ser la destacada por el padre, a saber, que Hans en ese momento sintió el deseo de que el padre se cayera de ese modo... y quedase muerto. Su gesto serio durante el relato abona sin duda ese sentido inconciente. ¿No se esconderá tras ello algún otro sentido? ¿Y qué significa el hacer barullo con las patas?

22 [Aquí el término «trasferencia» está empleado en un sentido más amplio que el habitual en los escritos posteriores de Freud. Con este mismo sentido es usado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 554-5.]

Desde hace algún tiempo, Hans juega en la casa al caballo, trota en torno de la habitación, cae al suelo, patalea, relincha. En cierto momento se ata una bolsita a modo de morral. Repetidas veces se abalanza sobre mí, y me muerde.

Acepta, pues, las últimas interpretaciones más decididamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero, desde luego, permutando roles, puesto que el juego está al servicio de una fantasía de deseo. En consecuencia, él es el caballo, él muerde al padre; por lo demás, así se identifica con el padre.

Desde hace dos días noto que Hans se revela contra mí de la manera más decidida, no insolente, sino con espíritu alegre. ¿Será porque ya no tiene miedo de mí, el caballo?

6 de abril. A la tarde, delante de la casa, con Hans. A cada caballo, le pregunto si le ve lo «negro en la boca»: lo niega para todos. Le pregunto qué aspecto tiene en verdad eso negro; dice que es un hierro negro. Por tanto, no se confirma mi primera conjetura, referida a los gruesos correajes en el arreo de los caballos de tiro. Le pregunto si lo «negro» le hace acordar a un bigote; dice: «Sólo por el color». Ahora no sé qué es eso en realidad.

El miedo es menor; esta vez ya se atreve a llegar hasta la casa vecina, pero se vuelve con rapidez cuando escucha un trote de caballos en la lejanía. Cuando un carruaje se acerca a la puerta de nuestra casa y se detiene, es presa de angustia y se mete en la casa pues el caballo escarcea. Le pregunto por qué tiene miedo, si acaso le angustia que el caballo haga así (pateo con el pie). El dice: «¡Pero no hagas ese barullo con los pies!». Compárese lo que él manifestó antes sobre el caballo de la diligencia caído.

Lo asusta en particular el paso de un carro mudancero. Se mete adentro de la casa. Le pregunto, con tono indiferente: «¿No es cierto que un carro mudancero se parece a una diligencia?». No dice nada. Repito la pregunta. Dice entonces: «Claro que sí, de otro modo no tendría tanto miedo a un carro mudancero».

7 de abril. Hoy vuelvo a preguntarle qué aspecto tiene eso «negro en la boca» de los caballos. Dice: «Es como un bozal». Lo curioso es que desde hace tres días no pase ningún caballo en que se pueda comprobar ese «bozal»; yo mismo en ningún paseo he visto un caballo así, por más que Hans asevere que los hay. Conjeturo que realmente una pieza de los arreos que los caballos llevan en

la cabeza —tal vez el grueso correaje en torno del hocico— le ha hecho acordar a un bigote, y que también ese miedo ha desaparecido con mi indicación.

La mejoría de Hans es constante, aumenta su radio de acción con la puerta de calle como centro; incluso emprende la demostración, hasta entonces imposible para él, de cruzar corriendo a la acera de enfrente. Todo el miedo que le resta se entrama con la escena de la diligencia, cuyo sentido, por otra parte, no me es todavía claro.

9 de abril. Hoy por la mañana temprano, Hans se aparece cuando yo me lavo con el torso descubierto.

Hans: «¡Papi, mira qué lindo eres, tan blanco!».

Yo: «¿No es cierto? Como un caballo blanco».

Hans: «Sólo el bigote es negro» (siguiéndome el tren). «¿O es quizás el bozal negro?».

Le cuento luego que al atardecer del día anterior estuve en casa del profesor, y le digo: «El quiere saber algo», a lo cual Hans responde: «Tengo curiosidad por saber de qué se trata».

Le digo que yo sé a raíz de qué oportunidad él hace barullo con los pies. Me interrumpe: «¿No es cierto? Cuando tengo una rabieta o cuando debo hacer *Lumpf* y prefiero jugar». (Es verdad que cuando se encoleriza tiene la costumbre de hacer barullo con los pies, o sea, dar patadas sobre el piso. — «Hacer *Lumpf*» indica la necesidad mayor. Cuando Hans era pequeño, dijo un día, levantándose de la bacinilla: «¡Mira, el *Lumpf*!».[23] Esta designación ha subsistido hasta hoy. — En épocas muy anteriores, cuando debían sentarlo a la bacinilla y se rehusaba a dejar el juego, furioso daba golpes con los pies, pataleaba y eventualmente también se arrojaba al piso.)

Yo: «También pataleas cuando debes hacer pipí y no quieres ir porque te gustaría seguir jugando».

El: «Escucha, tengo que hacer pipí», y marcha a hacerlo, a modo de una corroboración.

En su visita, el padre me había preguntado a qué pudo hacerle acordar a Hans el pataleo del caballo caído, y yo le había respondido que bien pudiera tratarse de su propia reacción cuando retenía su orina. Es lo que Hans corrobora mediante la reemergencia de la necesidad de orinar en el curso de la plática, y aun agrega otros significados del «hacer barullo con los pies».

[23] Quiso decir «*Strumpf*» {«calcetín»}, a causa de la forma y el color.

Luego vamos ante la puerta de calle. Me dice, cuando se acerca un carro carbonero: «Escucha, también le tengo mucho miedo a un carro carbonero».

Yo: «Quizá porque es tan grande como una diligencia».

Hans: «Sí, y porque tiene una carga muy pesada y los caballos tienen que tirar tanto y pueden caerse fácilmente. Cuando un carro está vacío, no tengo miedo». De hecho, como ya se comprobó antes, sólo los vehículos con carga le producen angustia.

Con todo eso, la situación es muy poco trasparente. El análisis obtiene escasos progresos; su exposición, me temo, pronto terminará por aburrir al lector. Sin embargo, en todo psicoanálisis hay esos períodos oscuros. Hans se interna enseguida en un ámbito con el que no contaba nuestra expectativa.

De regreso a casa, hablo con mi mujer, quien ha hecho diversas compras y me las muestra. Entre ellas, un calzón amarillo. Hans dice algunas veces «¡Puf!», se arroja al piso y escupe. Mi mujer explica que ya lo hizo algunas veces cuando vio los calzones. Yo pregunto: «¿Por qué dices "¡Puf!"?».

Hans: «Por los calzones».

Yo: «¿Por qué? ¿Por el color, porque son amarillos y recuerdan al pipí o al *Lumpf*?».

Hans: «Pero el *Lumpf* no es amarillo; es blanco o negro». — E inmediatamente después: «Escucha, ¿uno hace *Lumpf* con facilidad si come queso?». (Yo se lo había dicho una vez, cuando me preguntó para qué comía queso.)

Yo: «Sí».

Hans: «¿Por eso vas enseguida a hacer *Lumpf* por la mañana temprano? Me gustaría mucho comer queso con pan y manteca».

Ya ayer me había preguntado, cuando él daba saltos por la calle: «Escucha, ¿no es cierto que si uno salta tanto hace *Lumpf* con facilidad?». — Desde siempre ha tenido dificultades para deponer las heces, a menudo fue preciso recurrir a laxantes y enemas. Una vez su constipación habitual fue tan intensa que mi esposa hubo de consultar al doctor L. Este opinó que Hans estaba sobrealimentado, lo cual era correcto, y recomendó una dieta moderada, que pronto mejoró su estado. En este último tiempo, la constipación volvió a hacerse frecuente.

Después de comer le digo: «Le escribiremos otra vez

al profesor», y él me dicta: «Cuando he visto el calzón amarillo he dicho "¡Puf!", y entonces escupí y me tiré al suelo, he cerrado los ojos y no he mirado».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Porque he visto los calzones amarillos, y lo mismo hice con los calzones negros.[24] Los negros son también unos calzones, sólo que eran negros». (Se interrumpe.) «Escucha, yo estoy contento; cuando puedo escribir al profesor, siempre estoy contento».

Yo: «¿Por qué has dicho "¡Puf!"? ¿Te ha dado asco?».

Hans: «Sí, porque he visto eso. He creído que yo tenía que hacer *Lumpf*».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No sé».

Yo: «¿Cuándo has visto los calzones negros?».

Hans: «Una vez, cuando Anna» (nuestra sirvienta) «hacía tiempo que estaba —con mamá—, ella los trajo de la tienda a casa». (Esta indicación es corroborada por mi mujer.)

Yo: «¿Te ha dado asco?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Has visto a mami con esos calzones?».

Hans: «No».

Yo: «¿Cuando se vestía?».

Hans: «A los amarillos, sí una vez, desde que los ha comprado». (¡Contradicción! Los vio por primera vez al comprarlos la mamá.) «A los negros los ha tenido puestos hoy» (¡correcto!) «porque he visto cuando se los sacaba a la mañana temprano».

Yo: «¿Qué? ¿A la mañana temprano se ha sacado los calzones negros?».

Hans: «A la mañana temprano, cuando ha salido {*weggehen*}, se ha sacado los calzones negros, y cuando ha venido, se ha puesto de nuevo los negros».*

Pregunto a mi mujer, porque esto me parece un disparate. Ella dice, en efecto, que no es verdad; desde luego, no se ha cambiado los calzones al salir.

Inquiero a Hans enseguida: «Tú has contado que mami se ha puesto un calzón negro, y cuando ha partido se lo

[24] Mi mujer posee desde hace algunas semanas unos calzones negros para excursiones en bicicleta. [Nota del padre.]

* {En este y otros casos similares reproducimos el pretérito perfecto («ha salido», «ha sacado», etc.) en vez del indefinido, más normal, teniendo en cuenta la particular significación de ese tiempo como perduración en el presente de una vivencia del pasado.}

ha sacado y cuando ha venido se lo ha vuelto a poner. Pero mami dice que eso no es verdad».

Hans: «Me parece, yo quizá lo he olvidado, que no se los ha sacado». (De mal humor.) «¡Déjame tranquilo, por fin!».

Para elucidar esta historia de los calzones, puntualizo: Es evidente que Hans finge cuando se manifiesta tan contento de poder hablar sobre este asunto. Al final arroja la máscara y se pone grosero con su padre. Se trata de cosas que antes le han deparado *mucho placer*, y de las que ahora, luego de sobrevenida la represión, se avergüenza mucho, so pretexto de asquearse. Miente, lisa y llanamente, para situar el cambio de calzones de la mamá en un diverso escenario; en realidad, el ponerse y sacarse los calzones pertenece al contexto del «*Lumpf*». El padre sabe bien lo que está en juego aquí y lo que Hans quiere ocultar.

Pregunto a mi mujer si Hans a menudo estuvo presente cuando ella ha ido al baño. Dice que sí, que él «cargosea» hasta que ella se lo permite; lo hacen —sostiene— todos los niños.

Por nuestra parte, tomaremos buena nota del placer, hoy ya reprimido, de ver a la mamá mientras hace *Lumpf*.

Vamos frente a la casa. Está muy contento y, como brinca de continuo cual si fuera un potrillo, le pregunto: «Escucha, ¿quién es en verdad un caballo de diligencia? ¿Yo o mami?».

Hans (con prontitud): «Yo, yo soy un potrillo».

Cierta vez que en su período de más intensa angustia vio unos caballos que brincaban, tuvo angustia y me preguntó por qué lo hacían; yo le dije, para tranquilizarlo: «¿Sabes? Son potrillos, y ellos dan brincos como los niños. Tú también brincas y eres un niño». Desde entonces, cuando ve brincar caballos dice: «Es cierto, son potrillos».

En la escalera, al subir, le pregunto, como quien no quiere la cosa: «¿En Gmunden has jugado al caballito con los niños?».

El: «¡Sí!» (Reflexionando.) «Me parece que ahí he cogido la tontería».

Yo: «¿Quién era el caballito?».

El: «Yo, y Berta era el cochero».

Yo: «¿Quizá te caíste cuando eras tú el caballito?».

Hans: «¡No! Cuando Berta ha dicho "¡Júoo!" yo he corrido ligero, he salido disparado».[25]

Yo: «¿Y a la diligencia no jugaron nunca?».

Hans: «No, casi siempre al carro y al caballo sin carro. Cuando el caballo tiene un carro, puede andar sin carro y el carro puede quedar en casa».

Yo: «¿Jugaban a menudo al caballito?».

Hans: «Muy a menudo. Fritzl[26] también fue una vez caballito y Franzl era cochero y Fritzl corría muy fuerte y una vez tropezó con una piedra y le salió sangre».

Yo: «¿Quizá se cayó?».

Hans: «No, metió el pie en un poco de agua y después se puso una venda».[27]

Yo: «¿A menudo eras tú caballo?».

Hans: «Oh, sí».

Yo: «Y ahí fue donde cogiste la tontería».

Hans: «Porque ellos siempre decían "por causa del caballo" y "por causa del caballo"» (acentúa el «por causa de» {*wegen*}), «y yo quizá porque ellos dijeron tanto "por causa del caballo", yo quizá cogí la tontería».[28]

Durante un rato el padre explora infructuosamente otras sendas.

Yo: «¿Contaron algo sobre caballos?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Qué?».

Hans: «Lo he olvidado».

Yo: «¿Quizá contaron algo sobre el hace-pipí?».

Hans: «¡Oh, no!».

25 Hans tenía también un juego de caballito con campanitas. [Nota del padre.]

26 Otro hijo del propietario, como sabemos [cf. pág. 16].

27 Sobre esto, véase *infra* [pág. 69]. El padre conjetura con todo acierto que Fritzl se cayó esa vez.

28 Aclaro: Hans no quiere afirmar que haya contraído la tontería *en esa época*, sino *en conexión* con ello. Es que es preciso admitir, y la teoría lo exige, que una vez haya sido asunto de elevado placer lo mismo que hoy es objeto de la fobia. Y además, yo completo por el niño lo que él no sabe decir: que la palabrita «*wegen*» {«por causa de»} ha allanado el camino a la extensión de la fobia del caballo al «*Wagen*» {«carruaje»} (o, como Hans está habituado a escuchar y pronunciar: «*Wägen*»). {La «*ä*» suena como «*e*».} Nunca se debe olvidar cuánto más que el adulto trata el niño las palabras como si fueran cosas del mundo, y cuán sustantivas son entonces para él las homofonías entre ellas. [Esto ya había sido señalado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 309, así como en el libro sobre el chiste (1905*c*), *AE*, **8**, pág. 120.]

Yo: «¿Allí ya le tenías miedo al caballo?».
Hans: «Oh, no, yo no he tenido miedo».
Yo: «Quizá Berta te habló de que un caballo...».
Hans (interrumpiéndome): «...¿hace pipí? ¡No!».

El 10 de abril reanudo la conversación de ayer y quiero saber qué significa el «por causa del caballo». Hans no atina a acordarse, sólo sabe que a la mañana temprano había varios niños ante la puerta de calle y decían «por causa del caballo, por causa del caballo». El mismo se encontraba entre ellos. Al insistir yo, manifiesta que no habían dicho «por causa del caballo», él debía tener un recuerdo falso.

Yo: «Pero si tan a menudo estaban en el establo, habrán hablado del caballo». — «No hemos hablado». — «¿De qué hablaron?». — «De nada». — «¿Eran tantos niños y no hablaron de nada?». — «Claro que de algo hemos hablado, pero no del caballo». — «¿De qué, pues?». — «Ahora ya no lo sé».

Abandono esto, pues las resistencias son evidentemente demasiado grandes,[29] y pregunto: «¿Te ha gustado jugar con Berta?».

El: «Sí, me ha gustado mucho; con Olga no. ¿Sabes qué ha hecho Olga? Grete ahí arriba me regaló una vez una pelota de papel, y Olga la desgarró toda. Berta nunca me habría desgarrado la pelota. Con Berta me ha gustado mucho jugar».

Yo: «¿Has visto cómo era el hace-pipí de Berta?».

El: «No, pero sí el del caballo, porque yo siempre estaba en el establo, y ahí he visto el hace-pipí del caballo».

Yo: «¿Y tenías curiosidad por saber cómo era el hace-pipí de Berta, y el de mami?».

El: «¡Sí!».

Yo le recuerdo que una vez se me quejó de que las niñitas siempre quieren mirar cuando él hace pipí [cf. pág. 19].

El: «Berta siempre me ha mirado» (nada ofendido por ello, sino muy satisfecho), «muy a menudo. Donde está la huertita, donde hay rabanitos, he hecho pipí, y ella estaba ante la puerta de calle y ha mirado».

Yo: «Y cuando ella ha hecho pipí, ¿has mirado tú?».

El: «Es que ella se ha ido al baño».

Yo: «¿Y tú tenías curiosidad?».

[29] En efecto, no cabe recoger ahí otra cosa que el anudamiento de palabra, que al padre se le escapa. Un buen ejemplo de las condiciones bajo las cuales el empeño analítico fracasa.

El: «Yo estaba dentro del baño cuando ella estaba dentro». (Eso es así; la gente de la casa nos lo contó una vez, y recuerdo que se lo prohibimos a Hans.)

Yo: «¿Le has dicho que querías entrar?».

El: «He entrado solo y porque Berta lo permitía. No es ninguna chanchada».

Yo: «¿Y te habría gustado ver el hace-pipí?».

El: «Sí, pero no lo he visto».

Le hago acordar del sueño en Gmunden: La prenda que tengo yo, etc. [pág. 19], y pregunto: «¿Has deseado en Gmunden que Berta te hiciera hacer pipí?».

El: «Nunca se lo he dicho».

Yo: «¿Por qué nunca se lo has dicho?».

El: «Porque nunca se me pasó por la cabeza». (Interrumpiéndose.) «Si le escribo todo al profesor, pronto se me pasará la tontería, ¿no es verdad?».

Yo: «¿Por qué has deseado que Berta te hiciera hacer pipí?».

El: «Yo no sé; porque ella ha mirado».

Yo: «¿Se te ha ocurrido que te pasara la mano por el hace-pipí?».

El: «Sí». (Cambiando de tema.) «En Gmunden todo era muy lindo. En la huertita, ahí donde están los rabanitos, hay un montón de arena, y ahí juego con mi pala».

(Es la huerta donde siempre ha hecho pipí.)

Yo: «En Gmunden, cuando estabas en la cama, ¿te has pasado la mano por el hace-pipí?».

El: «No, no todavía. En Gmunden he dormido bien, así es como no se me ha pasado por la cabeza hacerlo. Sólo lo he hecho en la calle —[30] y ahora».

Yo: «¿Pero Berta no te ha pasado la mano por tu hace-pipí?».

El: «Nunca lo ha hecho, no, porque yo nunca se lo he dicho».

Yo: «¿Y cuándo, entonces, deseaste que lo hiciera?».

El: «Pues un día en Gmunden».

Yo: «¿Una vez sola?».

El: «Muchas veces».

Yo: «Siempre que tú has hecho pipí, ella ha mirado; quizá tenía curiosidad por saber cómo haces pipí».

El: «Quizá tenía curiosidad por saber cómo era mi hace-pipí».

Yo: «Pero tú también tenías curiosidad; ¿sólo con Berta?».

[30] En la vivienda anterior a la mudanza [cf. pág. 15].

El: «Con Berta, con Olga».
Yo: «¿Y con quién más?».
El: «Con nadie más».
Yo: «Eso no es verdad. Con mami también».
El: «Con mami, claro».
Yo: «Ahora ya no tienes más curiosidad; bien sabes cómo es el hace-pipí de Hanna».
El: «Pero le crecerá, ¿no?».[31]
Yo: «Sí, claro, pero cuando crezca no será como el tuyo».
El: «Lo sé. Será así» (vale decir, como es ahora), «sólo que más grueso».
Yo: «¿Tenías curiosidad en Gmunden cuando mamá se desvestía?».
El: «Sí, también con Hanna; cuando la bañaban le he visto el hace-pipí».
Yo: «¿A la mamá también?».
El: «¡No!».
Yo: «Te dio asco cuando viste el calzón de la mami».
El: «Sólo cuando he visto el negro, cuando ella lo ha comprado, entonces yo escupo, pero cuando se pone o se saca el calzón, yo no escupo. *Entonces yo escupo porque el calzón negro es tan negro como un* Lumpf *y el amarillo como un pipí, y así yo creo que tengo que hacer pipí.* Cuando mami lleva los calzones, entonces yo no veo, pues ella tiene el vestido adelante».
Yo: «¿Y cuando ella se saca el vestido?».
El: «Entonces yo no escupo. Pero si son nuevos, entonces son como un *Lumpf.* Cuando son viejos, los colores se destiñen y se ponen roñosos. Cuando uno los compra, están todos limpios, y en casa enseguida uno los ha enroñado. Cuando están comprados, están nuevos, y cuando no están comprados, están viejos».
Yo: «¿Entonces de los viejos no te da asco?».
El: «Cuando son viejos, son mucho más negros que un *Lumpf,* ¿no es cierto? Un poquito más negros son».[32]
Yo: «¿Con mami estabas a menudo en el baño?».
El: «Muy a menudo».
Yo: «¿Y te ha dado asco?».

31 Quiere tener la seguridad de que su propio hace-pipí crecerá.
32 Nuestro Hans se debate aquí con un tema que no sabe exponer, y nos resulta difícil comprenderlo. Quizá quiera decir que los calzones sólo le despiertan el recuerdo de asco cuando los ve separados; tan pronto como están sobre el cuerpo de la madre, ya no los pone en relación con *Lumpf* ni con pipí, y entonces le interesan de otro modo.

El: «Sí... ¡No!».

Yo: «¿Te gusta estar ahí cuando mami hace pipí o *Lumpf*?».

El: «Me gusta mucho».

Yo: «¿Por qué te gusta tanto?».

El: «No lo sé».

Yo: «Porque crees que verás el hace-pipí».

El: «Sí, también creo yo eso».

Yo: «¿Por qué nunca quieres ir al baño en Lainz?».

(En Lainz, siempre pide que no lo lleve al baño; una vez le dio miedo el ruido que hace el agua al bajar.)

El: «Quizá porque eso hace barullo cuando uno hace bajar el agua».

Yo: «Entonces tienes miedo».

El: «¡Sí!».

Yo: «¿Y en nuestro baño aquí?».

El: «Aquí no. En Lainz me asusto cuando haces bajar el agua. Cuando yo estoy y eso corre, entonces yo me asusto».

Para demostrarme que no tiene miedo en nuestra vivienda, me pide ir al baño y accionar la descarga del inodoro. Luego me manifiesta:

El: «Primero hay un barullo fuerte, luego uno más débil» (cuando el agua baja). «Cuando hace un barullo fuerte, prefiero quedarme ahí; cuando hace uno más débil, prefiero salir».

Yo: «¿Por qué tienes miedo?».

El: «Porque siempre me gusta ver» (se corrige), «oír, un barullo fuerte, y entonces prefiero quedarme ahí para oírlo bien».

Yo: «¿A qué te hace acordar un barullo fuerte?».

El: «A que yo tengo que hacer *Lumpf* en el baño». (Entonces, lo mismo que el calzón negro.)

Yo: «¿Por qué?».

El: «No sé. Sé que un barullo fuerte se oye cuando uno hace *Lumpf*. Un barullo grande hace acordar a *Lumpf*, uno pequeño a pipí». (Cf. el calzón negro y el amarillo.)

Yo: «Escucha, ¿el caballo de la diligencia no tenía el mismo color que un *Lumpf*?». (Según su indicación, era negro [pág. 44].)

El (muy tocado): «¡Sí!».

Me veo precisado a intercalar aquí algunas palabras. El padre pregunta demasiado y explora siguiendo sus propios designios, en vez de dejar exteriorizarse al niño mismo. Por

eso el análisis se vuelve opaco e incierto. Hans va por su camino y no rinde nada cuando se le quiere sonsacar algo fuera de este. Es evidente que ahora su interés recae sobre *Lumpf* y pipí, no sabemos por qué. La historia del barullo está tan poco satisfactoriamente esclarecida como la de los calzones amarillos y negros. Conjeturo que su agudo oído ha notado muy bien la diferencia del ruido según sea un hombre o una mujer quien orine. Pero el análisis ha comprimido algo artificialmente el material en la oposición entre las dos necesidades. Al lector que todavía no haya hecho por sí mismo un análisis, sólo puedo aconsejarle no querer comprenderlo todo enseguida, sino prestar a todo cuanto acuda una cierta atención neutral y esperar lo que sigue.

> 11 de abril. Hoy por la mañana temprano Hans vino otra vez al dormitorio y, como sucedió los últimos días, fue enviado de vuelta.
>
> Luego cuenta: «Escucha lo que me he pensado: "*Yo estoy en la bañera,*[33] *entonces viene el mecánico y la destornilla.*[34] *Entonces toma un gran taladro y me lo mete en la panza*"».

El padre traduce así esta fantasía: «Yo estoy en la cama con mamá. Entonces viene papá y me expulsa. Con su gran pene me desaloja {*verdrängen*} de la mamá». Por nuestra parte, pospondremos aún nuestro juicio.

> Además, cuenta sobre una segunda cosa que se ha imaginado: «Viajamos en tren a Gmunden. En la estación nos ponemos la ropa, pero todavía no estamos listos y el tren parte con nosotros».
>
> Más tarde le pregunto: «¿Ya has visto alguna vez a un caballo haciendo *Lumpf*?».
>
> *Hans:* «Sí, muchas veces».
>
> *Yo:* «¿Mete un barullo fuerte cuando hace *Lumpf*?».
>
> *Hans:* «¡Sí!».
>
> *Yo:* «¿A qué te hace acordar ese barullo?».
>
> *Hans:* «Como cuando el *Lumpf* cae en la bacinilla».
>
> El caballo de la diligencia que se tumba y mete barullo con las patas es sin duda... un *Lumpf* que cae y así mete ruido. El miedo a la defecación, el miedo a los carruajes con pesada carga, es exactamente igual al miedo a una panza muy cargada.

[33] Hans es bañado por la mamá. [Nota del padre.]
[34] Para repararla. [Nota del padre.]

Por estos desvíos, el padre vislumbra el correcto estado de la causa.

11 de abril. Hans dice en el almuerzo: «¡Qué lindo que en Gmunden tuviéramos una bañera para que yo no debiera ir a la casa de baños!». En efecto, en Gmunden, para bañarlo con agua caliente, siempre se lo llevaba a una casa de baños situada en las cercanías, a causa de lo cual él solía protestar con fuerte llanto. También en Viena berrea cada vez que para bañarlo lo ponen en la bañera grande, o lo recuestan. Es preciso bañarlo estando él de rodillas o de pie.

Este dicho de Hans, quien ahora empieza a nutrir el análisis con exteriorizaciones autónomas, establece la conexión entre sus dos últimas fantasías (la del mecánico que destornilla la bañera y la del infortunado viaje a Gmunden). De la segunda, el padre había inferido con acierto una aversión a Gmunden. Por lo demás, otro buen aviso de que uno no tiene que comprender lo que aflora desde lo inconciente con el auxilio de lo antecedente, sino de lo subsiguiente.

Le pregunto si tiene miedo, y de qué tiene miedo.

Hans: «Miedo de caerme adentro».

Yo: «¿Por qué no has tenido miedo cuando te han bañado en la bañera pequeña?».

Hans: «Es que estaba sentado, no me podía recostar, es muy chica».

Yo: «¿Y cuando en Gmunden viajaste en bote no tuviste miedo de caer al agua?».

Hans: «No, porque me he sostenido, y entonces no puedo caer adentro. Sólo tengo miedo de caerme adentro en la bañera grande».

Yo: «Pero si es mamá quien te baña. ¿Acaso temes que mami te eche adentro del agua?».

Hans: «Que ella saque las manos y yo caiga en el agua de cabeza».

Yo: «Pero bien sabes que mami te quiere y no sacará las manos».

Hans: «Solamente lo he creído».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No lo sé, terminantemente».

Yo: «¿Quizá porque te portabas mal y has creído que ella ya no te quería?».

Hans: «¡Sí!»

Yo: «Estando tú ahí cuando mami bañaba a Hanna, ¿quizá deseaste que ella soltara la mano para que Hanna se cayera adentro?».

Hans: «Sí».

Creemos que el padre ha colegido de manera muy correcta esto.

12 de abril. Regresamos de Lainz en segunda clase, y Hans dice, viendo los asientos de cuero negro: «¡Puf! Yo escupo los calzones negros y los caballos negros, escupo también porque tengo que hacer *Lumpf*».

Yo: «¿Acaso has visto en mami algo negro que te ha asustado?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Qué, pues?».

Hans: «Yo no sé. Una blusa negra o unas medias negras».

Yo: «¿Quizá pelos negros al hacer pipí, cuando estabas curioso y espiaste?».

Hans (disculpándose): «Pero al hace-pipí no se lo he visto».

En otro momento en que volvió a tener miedo cuando del portón del patio de enfrente salió un carro, le pregunté: «¿No se parece ese portón a un trasero?».

El: «¡Y los caballos son los *Lumpf*!».

Desde entonces dice siempre, cuando ve salir un carro: «Mira, viene un "Lumpf*i*"». La forma «Lumpfi» le es por completo ajena en otros campos, suena como un mote cariñoso. Mi cuñada siempre llama «Wumpfi» a su hijo.

El 13 de abril ve en la sopa un trozo de hígado y dice: «¡Puf! Un *Lumpf*». Es evidente que también a las croquetas de carne las come a desgano por causa de su forma y color, que le recuerdan a un *Lumpf*.

Al anochecer, mi esposa me cuenta que Hans estuvo en el balcón y luego dijo: «He pensado que Hanna estaba en el balcón y se ha caído». Yo le había dicho con frecuencia que, si Hanna estaba en el balcón, él debía vigilar que no se acercara mucho a la balaustrada; un artesano del movimiento secesionista la ha construido de la manera más inapropiada: con grandes aberturas, que debí achicar por medio de alambre tejido. El deseo reprimido de Hans es harto trasparente. La mamá le pregunta si preferiría que Hanna no estuviera, y él responde que sí.

14 de abril. El tema de Hanna se sitúa en el primer plano. Como se recordará por mis notas anteriores, tuvo

hacia la recién nacida, que le robaba una parte del amor de los padres, una gran aversión que aún ahora no ha desaparecido y sólo en parte es sobrecompensada por una ternura hipertrófica.[35] Ya ha manifestado varias veces que la cigüeña no debe traer ningún niño más, debemos darle dinero para que no traiga ninguno más *de la gran cesta* donde están los niños. (Cf. el miedo al carro mudancero. ¿Y la diligencia no se parece a una gran cesta?) Dice que Hanna arma demasiado berrinche, y eso lo fastidia.

En cierto momento dice, de pronto: «¿Te acuerdas cómo ha llegado Hanna? Estaba acostada en la cama junto a mami, tan amorosa y linda». (Esta alabanza ha sonado sospechosamente falsa.)

Luego, abajo, delante de la casa. Otra vez se le nota un progreso grande. Hasta los carros de carga le instilan menos miedo. Exclama, casi con alegría: «¡Ahí viene un caballo con eso negro en la boca!», y por fin puedo comprobar que se trata de un caballo con un bozal de cuero. Pero Hans no siente ninguna angustia frente a ese caballo.

Golpea con su palo sobre el pavimento, y pregunta: «Escucha, ¿hay un hombre ahí abajo... uno enterrado... o sólo hay eso en el cementerio?». O sea que no lo atarea sólo el enigma de la vida, sino el de la muerte además.

De regreso al interior de la casa, veo una cesta que han dejado en el vestíbulo, y Hans dice: «Hanna ha viajado en una cesta así a Gmunden. Siempre que hemos viajado a Gmunden, ella viajó también en la cesta. ¿Qué? ¿Otra vez no me crees? De verdad, papi, créeme. Hemos comprado una cesta grande y ahí hay puros niños, en la bañera se sientan ellos adentro». (En la cesta se empacó una pequeña bañera.) «Yo los he puesto adentro, de verdad. Puedo acordarme muy bien».[36]

Yo: «¿De qué puedes tú acordarte?».

Hans: «De que Hanna ha viajado en la cesta, porque yo no lo he olvidado. ¡Mi palabra de honor!».

Yo: «Pero el año pasado, sin embargo, Hanna ha via-

[35] Si el tema de «Hanna» releva directamente al tema «*Lumpf*», por fin se nos aclara la razón de ello. Hanna misma es un *Lumpf*, los hijos son *Lumpf*.

[36] Ahora empieza a fantasear. Nos enteramos de que cesta y bañera significan lo mismo para él, unas subrogaciones del espacio dentro del cual se encuentran los hijos. ¡Reparemos en sus repetidas aseveraciones!

jado en el compartimiento del tren con nosotros {*mitfahren*}».

Hans: «*Pero siempre antes ella ha viajado en la cesta*».

Yo: «¿No tenía mami la cesta?».

Hans: «¡Sí, mami la tenía!».

Yo: «¿Dónde, pues?».

Hans: «En casa, en el suelo».

Yo: «¿Quizá la llevaba consigo a todas partes?».[37]

Hans: «¡No! Cuando ahora viajemos a Gmunden, Hanna viajará también en la cesta».

Yo: «¿Y cuándo salió ella de la cesta?».

Hans: «La sacaron».

Yo: «¿Mami?».

Hans: «Yo y mami, luego nosotros subimos al carruaje y Hanna montaba el caballo y el cochero ha dicho "¡Júoo!". El cochero estaba en el pescante. ¿Estabas tú también? Mami lo sabe bien. Mami no lo sabe, lo ha vuelto ha olvidar, ¡pero no hay que decirle nada!».

Hago que me repita todo.

Hans: «Entonces Hanna descendió del carruaje».

Yo: «Pero si aún no podía caminar».

Hans: «Bueno, la alzamos para bajarla».

Yo: «¿Y cómo se ha sentado sobre el caballo, si el año pasado todavía no podía sentarse?».

Hans: «Oh, sí; bien que se ha sentado y exclamado "¡Júoo!", y ha dado "¡Júoo, Júoo!", con el látigo que yo tenía antes. El caballo no tenía ningún estribo y Hanna ha cabalgado. Papi, pero si no es en broma».

¿Qué significa este disparate mantenido con obstinación? ¡Oh! No es ningún disparate: es la parodia que hace Hans de su padre y la venganza que se toma sobre él. Viene a decir tanto como esto: «*¿Cómo puedes invitarme a creer que la cigüeña trajo a Hanna en octubre, si yo he notado el vientre grande de la madre ya en el verano cuando viajamos a Gmunden? Lo mismo puedo yo pedirte que creas mis mentiras*». ¿Qué otro significado puede tener la aseveración de que Hanna ya el verano pasado los acompañó en el viaje* a

[37] La cesta es, desde luego, el seno materno. El padre quiere indicar a Hans que él lo comprende. Tampoco son otra cosa los cofrecillos en que son abandonados los héroes del mito, desde el rey Sargón de Agadé en adelante. — (*Agregado* en 1923:) Cf. el estudio de Rank, *Der Mythus von der Geburt des Helden*, 1909.

* {«*Fahrt*» = «viaje»; «*mitfahren*» = «acompañar en el viaje»; véase antes «*wegfahren*» = «partir de viaje» (pág. 26).}

Gmunden «en la cesta», si no que él sabe acerca de la gravidez de la madre? Que tenga en perspectiva la repetición de ese viaje en la cesta para todos los años que vendrán responde a una forma frecuente de aflorar un pensamiento inconciente desde el pasado, o bien responde a razones especiales y expresa su angustia de ver repetida esa gravidez para el siguiente viaje de verano. Ahora también nos hemos enterado de la trama en virtud de la cual había perdido el gusto por el viaje a Gmunden, como nos lo indicara su segunda fantasía [pág. 55].

Más tarde le pregunto cómo fue, en verdad, que Hanna llegó, tras su nacimiento, a la cama de mamá.

Con esto, Hans puede desatarse y «embromar» al padre.

Hans: «En fin, Hanna llegó. La señora Kraus» (la comadrona) «la puso en la cama. Claro que ella no podía caminar. Pero la cigüeña la trajo en el pico. Caminar, claro que no podía». (*Continúa sin parar:*) «La cigüeña llegó hasta el pasillo sobre la escalera y entonces golpeó y todos estaban dormidos y ella tenía la llave justa y abrió la puerta y puso a Hanna en *tu* [38] cama y la mami estaba dormida... no, la cigüeña la puso en la cama *de ella*. Ya era todo de noche, y entonces la cigüeña sin hacer ruido la puso en la cama, sin patalear, y después se puso el sombrero, y después volvió a irse. No, sombrero no tenía».

Yo: «¿Quién se puso el sombrero? ¿El doctor, quizá?».

Hans: «Después la cigüeña se alejó {*weggehen*}, se fue a casa y después llamó por teléfono y toda la gente de la casa ya no durmió más. Pero no se lo cuentes a mami ni a Tinni» (la cocinera). «¡Es un secreto!».

Yo: «¿La quieres a Hanna?».

Hans: «Oh, sí, la quiero mucho».

Yo: «¿Qué preferirías? ¿Que Hanna no hubiera venido al mundo o que esté en él?».

Hans: «Preferiría que ella no hubiera venido al mundo».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Por lo menos no gritaría así, y yo no puedo aguantar los gritos».

[38] ¡Una ironía, naturalmente! Lo mismo que el posterior ruego de no revelar a la mamá nada del secreto.

Yo: «Tú también gritas».
Hans: «Hanna grita también».
Yo: «¿Por qué no puedes aguantarlo?».
Hans: «Porque grita muy fuerte».
Yo: «Pero si ella no grita».
Hans: «Si uno le pega en la cola desnuda, ella grita».
Yo: «¿Le has pegado alguna vez?».
Hans: «Cuando mami le pega en la cola, ella grita».
Yo: «¿Y eso no te gusta?».
Hans: «No... ¿Por qué? Porque hace semejante barullo con los gritos».
Yo: «Si preferirías que no estuviera en el mundo es porque no la quieres».
Hans: «Hum, hum» (asintiendo).
Yo: «Por eso has pensado, cuando la mami la baña: "Ojalá saque las manos", y entonces ella se caería adentro del agua...».
Hans (completando): «... y se moriría».
Yo: «Y así te quedarías solo con mami. Y un muchacho bueno no desea eso».
Hans: «*Pero tiene permitido pensarlo*».
Yo: «Pero eso no está bien».
Hans: «*Pero si él lo piensa, es bueno escribírselo al profesor*».[39]
Más tarde le digo: «¿Sabes? Cuando Hanna sea más grande y pueda hablar, ya la querrás más».
Hans: «Oh, no. Yo la quiero ya. En el otoño, cuando sea más grande, yo iré con ella, solo, al parque y le explicaré todo».
Cuando quiero iniciar un ulterior esclarecimiento, él me interrumpe, probablemente para explicarme que no es una cosa tan mala que él desee la muerte de Hanna.
Hans: «Escucha, hace ya mucho que ella estaba en el mundo, aun cuando todavía no estaba ahí. Claro: con la cigüeña ya estaba en el mundo».
Yo: «No, con la cigüeña quizá no estaba todavía».
Hans: «¿Pero quién la ha traído? Ha sido la cigüeña quien la trajo».
Yo: «¿Y de dónde la ha traído?».
Hans: «Pues de ella misma».
Yo: «¿Y dónde la ha tenido?».
Hans: «En la cesta, en la *cesta de cigüeña*».
Yo: «¿Y cómo es esa cesta?».

[39] ¡Bravo, pequeño Hans! No desearía para los adultos un entendimiento mejor del psicoanálisis.

Hans: «Roja. Pintada de rojo». (¿Sangre?)

Yo: «¿Quién te lo ha dicho?».

Hans: «Mami... yo me lo he pensado... está en el libro».

Yo: «¿En qué libro?».

Hans: «En el libro ilustrado». (Hago que me traiga su primer libro ilustrado. En él hay impreso un nido con cigüeñas sobre una chimenea roja. Esa es entonces la cesta; curiosamente, en la misma página se ve un caballo al que están herrando.[40] En la cesta sitúa Hans a los niños que no encuentra en el nido.)

Yo: «¿Y qué ha hecho entonces la cigüeña con ella?».

Hans: «Después ha traído a Hanna. En el pico. ¿Sabes? La cigüeña que está en Schönbrunn, la que picoteó la sombrilla». (Reminiscencia de un pequeño episodio en Schönbrunn.)

Yo: «¿Has visto cómo la cigüeña trajo a Hanna?».

Hans: «Escucha, yo estaba dormido todavía. A la mañana temprano ninguna cigüeña puede traer a una nenita o a un nenito».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «No puede hacerlo. Ninguna cigüeña puede hacerlo. ¿Sabes por qué? Para que la gente no vea, y de pronto, cuando amanece, hay una nenita ahí».[41]

Yo: «Sin embargo, ¿sentiste curiosidad en aquel momento por saber cómo la cigüeña hizo eso?».

Hans: «¡Oh, sí!».

Yo: «¿Qué aspecto tenía Hanna cuando vino?».

Hans (falsamente): «Toda blanca y linda. Como de oro».

Yo: «Pero la primera vez que la viste no te gustó».

Hans: «¡Oh, me gustó mucho!».

Yo: «¿Pero te sorprendió que fuera tan chiquita?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Cómo era de chiquita?».

Hans: «Como una cigüeñita».

Yo: «¿Y como qué más? ¿Tal vez como un *Lumpf*?».

[40] [Teniendo en cuenta lo que sigue, tal vez convenga destacar que la palabra alemana para «herrar» («*beschlagen*») sólo difiere en una letra de la que corresponde a «pegar» («*geschlagen*»).]

[41] No hay que censurar la inconsecuencia de Hans. En la plática anterior ha salido a la luz desde su inconciente la incredulidad en la cigüeña, que se enlaza con su encono al padre por guardarle secretos. Ahora está más tranquilo y responde con pensamientos oficiales, en los que él se ha arreglado unas explicaciones para las múltiples dificultades conectadas con la hipótesis de la cigüeña.

Hans: «Oh, no; un *Lumpf* es mucho más grande... un poquito más chico, es como Hanna realmente».

Yo le había anticipado al padre que la fobia del pequeño se reconduciría a los pensamientos y deseos ocasionados por el nacimiento de la hermanita, pero había omitido alertarlo sobre que un hijo es un «*Lumpf*» para la teoría sexual infantil, de suerte que Hans habría de pasar por el complejo excremental. De este descuido mío se engendraron las eventuales oscuridades de la cura. Ahora, consumada la aclaración, el padre intenta escuchar a Hans por segunda vez sobre este punto importante.

Al día siguiente me hago repetir la historia que me contó ayer. Hans relata: «Hanna ha viajado a Gmunden en la cesta grande, y mami en el compartimiento del tren, y Hanna ha viajado en el vagón de carga con la cesta, y después, cuando estábamos en Gmunden, yo y mami hemos alzado a Hanna para bajarla, la hemos puesto sobre el caballo. El cochero estaba en el pescante y Hanna tenía la fusta anterior» (del año pasado) «y fustigaba al caballo y todo el tiempo decía "¡Júoo!", y todo el tiempo eso era divertido, y también el cochero fustigaba. — El cochero no fustigaba porque Hanna tenía el látigo. — El cochero tenía las riendas —también las riendas las tenía Hanna—.» (Todas las veces hemos viajado en un carruaje de la estación a la casa; Hans busca aquí armonizar realidad y fantasía.) «En Gmunden hemos alzado a Hanna para bajarla, y ella ha subido sola las escaleras». (Cuando Hanna estuvo en Gmunden el año pasado, tenía 8 meses de edad. Un año antes, época a la cual evidentemente se refiere la fantasía de Hans, a la llegada a Gmunden habían trascurrido cinco meses de embarazo.)

Yo: «El año pasado Hanna ya estaba».

Hans: «El año pasado viajó en el carruaje, pero un año antes, cuando estaba en el mundo con nosotros...».

Yo: «¿Ya estaba con nosotros?».

Hans: «Sí, tú siempre venías a viajar conmigo en bote, y Anna te servía».

Yo: «Pero no el año anterior, pues entonces Hanna todavía no estaba en el mundo».

Hans: «*Sí, ella estaba en el mundo*. La vez que viajó en la cesta ya podía correr, ya podía decir "Anna". (Esto último puede hacerlo sólo desde hace cuatro meses.)

Yo: «Pero si por entonces todavía no estaba con nosotros».
Hans: «¡Oh, claro!, ella estaba sin embargo con la cigüeña».
Yo: «¿Qué edad tiene pues Hanna?».
Hans: «En el otoño tendrá 2 años. Pero Hanna ya estaba, tú lo sabes bien».
Yo: «¿Y cuándo estuvo con la cigüeña en la cesta de cigüeña?».
Hans: «Hace ya mucho, antes que viajara en la cesta. Hace ya mucho tiempo».
Yo: «¿Cuánto hace que Hanna puede caminar? Cuando estaba en Gmunden no podía hacerlo aún».
Hans: «El año pasado no, otras veces ya sí».
Yo: «Sin embargo, Hanna estuvo sólo una vez en Gmunden».
Hans: «¡No! Estuvo dos veces; sí, eso es cierto. Me acuerdo muy bien. Pregúntale a mami, te lo dirá sin duda».
Yo: «Pero eso no es verdad».
Hans: «Sí, eso es verdad. *La primera vez que estuvo en Gmunden podía caminar y cabalgar, y después hubo que llevarla en brazos.* — No, fue después cuando cabalgó y el año anterior hubo que llevarla en brazos».
Yo: «Sin embargo, hace muy poco tiempo que camina. En Gmunden no podía caminar».
Hans: «Sí, anótalo simplemente. Yo me acuerdo muy bien. — ¿De qué te ríes?».
Yo: «De lo farsante que eres, pues sabes muy bien que Hanna estuvo una vez sola en Gmunden».
Hans: «No, eso no es verdad. La primera vez montó en el caballo... y la segunda vez...» (se vuelve manifiestamente inseguro).
Yo: «¿No sería mami el caballo?».
Hans: «No, un caballo de verdad, en el cabriolé de un caballo».
Yo: «Pero si siempre hemos viajado en carruaje de dos caballos».
Hans: «Bueno, entonces era un coche de plaza».
Yo: «¿Qué ha comido Hanna en la cesta?».
Hans: «Le pusieron dentro pan y manteca y arenques y rábanos» (una cena de Gmunden), «y mientras Hanna viajaba se ha untado el pan con manteca y ha comido cincuenta veces».
Yo: «¿No ha gritado Hanna?».
Hans: «¡No!».

Yo: «¿Qué ha hecho entonces?».

Hans: «Ha comido ahí dentro, toda tranquila».

Yo: «¿No anduvo a los tumbos?».

Hans: «No, ha comido todo el tiempo, y ni siquiera se ha movido de su lugar. Bebió dos grandes tazas de café. — A la mañana temprano todo quedó acabado y dejó las sobras en la cesta, las hojas de los dos rábanos y un cuchillo para cortar los rábanos; lo limpió todo como una liebre, un minuto y ya había acabado. Fue una corrida. Yo y Hanna incluso he acompañado el viaje {*mitfahren*} dentro de la cesta, he dormido en la cesta toda la noche» (dos años atrás, en efecto, viajamos a Gmunden de noche) «y mami ha viajado en el compartimiento del tren. Todo el tiempo hemos comido también en el carruaje, eso era una fiesta. — Ella no ha montado en el caballo» (ahora se ha vuelto inseguro porque sabe que ocupamos un carruaje de dos caballos) «...ella se ha sentado en el carruaje. Esto es lo verdadero, pero yo y Hanna hemos viajado solos... mami ha montado en el caballo, Karolin» (nuestra muchacha del año pasado) «en el otro... Escucha, esto que te cuento ni siquiera es verdad».

Yo: «¿Qué no es verdad?».

Hans: «Todo eso. Escucha, la pondremos a ella y a mí en la cesta [42] y yo haré pipí dentro de la cesta. Haré pipí en los calzones, no me importa nada, eso no es una chanchada. Escucha, pero si no es una broma, pero es divertido».

Luego cuenta la historia de la venida de la cigüeña, como ayer, salvo que, al salir, ella no se ha puesto el sombrero.

Yo: «¿Dónde tenía la cigüeña la llave de la puerta?».

Hans: «En el bolsillo».

Yo: «¿Y dónde tiene la cigüeña un bolsillo?».

Hans: «En el pico».

Yo: «¡En el pico! Nunca he visto a una cigüeña que tuviera una llave en el pico».

Hans: «¿Cómo pudo entrar entonces? ¿Cómo pasó entonces la cigüeña por la puerta? Eso no es verdad, me equivoqué; la cigüeña llamó y alguien le abrió».

Yo: «¿Y cómo llama la cigüeña?».

Hans: «Tocando el timbre».

Yo: «¿Cómo lo hace?».

[42] La cesta para el equipaje de Gmunden, que está en el vestíbulo. [Nota del padre.]

Hans: «Toma el pico y aprieta con el pico».
Yo: «¿Y ha vuelto a cerrar la puerta?».
Hans: «No, una sirvienta la cerró. Ella ya estaba levantada, le ha abierto y cerrado a la cigüeña».
Yo: «¿Dónde tiene la cigüeña su casa?».
Hans: «¿Dónde? En la cesta donde tiene a las nenitas. Quizás en Schönbrunn».
Yo: «No he visto ninguna cesta en Schönbrunn».
Hans: «Estará más lejos. — ¿Sabes cómo la cigüeña abre la cesta? Toma el pico —la cesta también tiene una llave—, toma el pico y deja caer uno» (una mitad del pico) «y abre así» (me lo demuestra con la cerradura del escritorio). «Hay también una manija».
Yo: «¿Una nenita no es muy pesada para ella?».
Hans: «¡Oh, no!».
Yo: «Escucha, ¿una diligencia no se parece a una cesta de cigüeña?».
Hans: «¡Sí!».
Yo: «¿Y un carro mudancero?».
Hans: «Un carro de granuja» (granuja: invectiva para niños malcriados) «también».

17 de abril. Ayer Hans puso en práctica lo que planeaba desde hacía tiempo, y cruzó hasta el patio. Hoy no quiso hacerlo porque justamente a la altura del portón de entrada estaba estacionado un carro junto a la rampa de descarga. Me dijo: «Cuando un carro está estacionado ahí, tengo miedo de que *yo embrome a los caballos* y ellos se tumben y hagan barullo con las patas».
Yo: «¿Y cómo embroma uno a los caballos?».
Hans: «Cuando uno echa pestes contra ellos, entonces uno los embroma, cuando uno les grita "¡Júoo Júoo!"».[43]
Yo: «¿Ya has embromado tú a los caballos?».
Hans: «Sí, muchas veces ya. Me da miedo hacerlo, pero eso no es verdad».
Yo: «¿Ya has embromado caballos en Gmunden?».
Hans: «¡No!».
Yo: «¿Pero te gustaría embromar caballos?».
Hans: «¡Oh, sí; me gustaría mucho!».
Yo: «¿Te gustaría fustigarlos?».
Hans: «¡Sí!».
Yo: «¿Te gustaría pegarles a los caballos como mami le pega a Hanna? Eso también te gusta».

[43] A menudo le ha dado gran miedo cuando los cocheros pegan a los caballos y les gritan «¡Júoo!». [Nota del padre.]

Hans: «A los caballos no les hace nada cuando uno les pega». (Es lo que yo le había dicho una vez para morigerar su miedo cuando fustigaban caballos.) «Una vez lo hice realmente. Una vez tuve el látigo y azoté al caballo y el caballo se tumbó e hizo barullo con las patas».

Yo: «¿Cuándo?».

Hans: «En Gmunden».

Yo: «¿Un caballo real? ¿Estaba uncido al carruaje?».

Hans: «Estaba fuera del carruaje».

Yo: «¿Dónde fue, pues?».

Hans: «Yo lo he sujetado para que no saliera trotando {*davonrennen*}». (Desde luego, todo esto suena inverosímil.)

Yo: «¿Dónde fue eso?».

Hans: «Junto al aljibe».

Yo: «¿Quién te lo permitió? ¿El cochero lo dejó ahí parado {*stehen*}?».

Hans: «Era un caballo del establo».

Yo: «¿Y cómo llegó hasta el aljibe?».

Hans: «Yo lo conduje».

Yo: «¿Desde dónde? ¿Desde el establo?».

Hans: «Yo lo conduje afuera porque lo quería azotar».

Yo: «¿No había nadie en el establo?».

Hans: «Oh, sí; estaba Loisl» (se refiere al cochero de Gmunden).

Yo: «¿Y él te lo ha permitido?».

Hans: «Se lo pedí, le dije que me gustaría, y él dijo que tenía permiso para hacerlo».

Yo: «¿Qué le dijiste?».

Hans: «Si tenía permiso para tomar el caballo y azotarlo y gritarle. El ha dicho "Sí"».

Yo: «¿Y lo has azotado mucho?».

Hans: «*Lo que te acabo de contar no es verdad*».

Yo: «De ello, ¿qué es verdad?».

Hans: «Nada de eso es verdad, sólo te lo he contado en broma».

Yo: «¿Nunca has conducido un caballo fuera del establo?».

Hans: «¡Oh, no!».

Yo: «Pero lo has deseado».

Hans: «Oh, deseado sí, me lo he pensado».

Yo: «¿En Gmunden?».

Hans: «No, sólo aquí. A la mañana temprano ya me lo he pensado, cuando estaba todo vestido; no, a la mañana temprano en la cama».

Yo: «¿Por qué nunca me lo contaste?».

Hans: «No se me pasó por la cabeza».

Yo: «Se te ha ocurrido porque lo has visto en las calles».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «En verdad, ¿a quién te gustaría más pegarle: a mami, a Hanna o a mí?».

Hans: «A mami».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Me gustaría pegarle».

Yo: «¿Cuándo has visto tú que alguien le pegue a una mami?».

Hans: «Todavía no lo he visto nunca, en mi vida lo he visto».

Yo: «Y a pesar de eso te gustaría hacerlo. ¿Cómo querrías hacerlo?».

Hans: «Con el batidor de alfombras». (Con él suele amenazar pegarle la mamá.)

Por hoy fue preciso interrumpir la plática.

En la calle, Hans me manifestó que diligencias, carros mudanceros y carros carboneros eran carruajes de cesta de cigüeña.

Vale decir, pues: mujeres grávidas. El arranque sádico inmediatamente anterior no puede dejar de tener algún nexo con nuestro tema.

21 de abril. Hoy a la mañana, Hans cuenta haber pensado: «Un tren estaba en Lainz y yo he viajado con la abuela de Lainz hacia la estación Hauptzollamt. Tú aún no habías bajado del puente y el segundo tren estaba ya en St. Veit.[44] Cuando acabaste de bajar, el tren ya estaba ahí y hemos subido».

(Ayer Hans estuvo en Lainz. Para llegar al andén es preciso pasar sobre un puente. Desde el andén se ven los rieles hasta la estación de St. Veit. La cosa es un poco oscura. Parece indudable que originariamente Hans ha pensado: «El se ha ido de viaje con el primer tren, que yo he perdido; luego, de Unter St. Veit ha venido un segundo tren, con el que yo he viajado detrás {*nachfahren*}». Ha desfigurado una pieza de esta fantasía de fugitivo, de suerte que al fin dice: «Ambos hemos partido de viaje {*wegfahren*} sólo con el segundo tren».

[44] [La estación Unter St. Veit es, alejándose de Viena, la siguiente a Lainz. Debido a la rectitud del trayecto, un viajero que espera en el andén de Lainz el tren para Viena puede verlo aproximarse aun antes que arribe a Unter St. Veit.]

Esta fantasía se relaciona con la última no interpretada [pág. 55], aquella en que empleamos demasiado tiempo para ponernos la ropa en la estación, y el tren parte.)

A la siesta, frente a la casa. Hans se mete de pronto en ella cuando se acerca un carruaje de dos caballos, en el que yo no logro descubrir nada extraordinario. Le pregunto qué le pasa. Dice: «Como los caballos son tan arrogantes, tuve miedo de que se tumbaran». (El cochero los llevaba con la rienda corta, de suerte que avanzaban con pasos cortos levantando la cabeza: realmente tenían una marcha arrogante.)

Le pregunto quién, en verdad, es tan arrogante.

El: «Tú, cuando yo voy a la cama de mami».

Yo: «¿Deseas, entonces, que yo me tumbe?».

El: «Sí, que despojado» (quiere decir descalzo, como Fritzl en su momento) «tropieces con una piedra y te salga sangre y por lo menos yo pueda estar un poquito solo con mami. Cuando subas a casa, podré alejarme rápido de al lado de mami para que tú no me veas».

Yo: «¿Puedes recordar quién tropezó con la piedra?».

El: «Sí, Fritzl».

Yo: «Cuando Fritzl se cayó, ¿qué pensaste?».[45]

El: «Que ojalá volaras por el aire tú con la piedra».

Yo: «¿Te gustaría mucho entonces quedarte con mami?».

El: «¡Sí!».

Yo: «En verdad, ¿por qué echo pestes yo?».

El: «No lo sé». (!!)

Yo: «¿Por qué?».

El: «Porque estás celoso».

Yo: «¡Eso no es verdad!».

El: «Sí, es verdad, estás celoso, lo sé. Eso tiene que ser verdad».

Infiero que no lo ha impresionado mucho mi explicación de que sólo los niños muy pequeños van a la cama de la mamá, mientras que los grandes duermen en su propia cama.

Conjeturo que el deseo de «embromar» al caballo, vale decir, pegarle, gritarle, no se dirige a la mamá, como él indicó, sino a mí. Sin duda sólo sacó a relucir a la mamá porque no quería confesarme lo otro. En los últimos días me demuestra particular ternura.

[45] Entonces, Fritzl de hecho se ha caído, cosa que él desmintió en su momento [pág. 50].

Con la superioridad que uno tan fácilmente adquiere «con efecto retardado» {«*nachträglich*»}, corregiremos al padre: el deseo de Hans de «embromar» al caballo es de articulación doble, está compuesto por una concupiscencia oscura, sádica, sobre la madre, y un claro esfuerzo de venganza contra el padre. Este último no podía ser reproducido antes que, dentro de la trama del complejo de gravidez, la concupiscencia no apareciera primero en su serie. En efecto, en la formación de la fobia desde los pensamientos inconcientes sobreviene una condensación; por eso el camino del análisis nunca puede repetir la vía de desarrollo de la neurosis.

22 de abril. Hoy a la mañana Hans ha vuelto a pensar algo: «Un muchacho de la calle ha viajado en el carrito y el guarda ha venido y ha desvestido al muchacho hasta dejarlo todo desnudo y lo abandonó ahí hasta la mañana, y a la mañana el muchacho dio 50.000 florines al guarda para que le permitiera viajar en el carrito».

(Enfrente de nuestra casa corre el ferrocarril del Norte. Sobre una vía de maniobras hay estacionada una zorra, en la cual una vez Hans vio viajar a un muchacho de la calle, cosa que él también quiso hacer. Le dije que no estaba permitido, pues vendría el guarda. Un segundo elemento de la fantasía es el deseo reprimido de desnudez.)

Ya desde hace algún tiempo notamos que la fantasía de Hans crea «bajo el signo del tráfico {*Verkehr*}» y consecuentemente avanza desde el caballo, que tira del carro, hasta el ferrocarril. Así, con el tiempo, a toda fobia a andar por la calle se le asocia la angustia al ferrocarril.[46]

A mediodía me entero de que *Hans ha jugado toda la mañana con una muñeca de goma a la que llamó Grete.* [Cf. pág. 28.] *Por la abertura en que alguna vez estuvo fijado el pito de latón ha introducido un pequeño cortaplumas, y luego le abrió las piernas a la muñeca para hacer que el cortaplumas cayera. Dijo a la niñera, señalándole entre las piernas de la muñeca: «Mira, aquí está el hace-pipí».*

Yo: «En verdad, ¿a qué has jugado hoy con la muñeca?».

El: «Le he separado las piernas, ¿sabes por qué? Por-

46 [Esta característica de las fobias se examina *infra*, pág. 101.]

que ahí dentro había un cuchillito que mami tenía. Se lo he metido adentro donde chilla el botón[47] y luego le he separado las piernas y de ahí ha salido».

Yo: «¿Por qué le has separado las piernas? ¿Para poder ver el hace-pipí?».

El: «Estaba ahí primero, también he podido verlo».

Yo: «¿Por qué le has metido el cuchillo?».

El: «No sé».

Yo: «¿Cómo es ese cuchillito?».

Me lo trae.

Yo: «¿Acaso has pensado que es un niño pequeño?».

El: «No, no me he pensado nada, pero la cigüeña, me parece, se ha conseguido una vez un niño pequeño. . . o alguien».

Yo: «¿Cuándo?».

El: «Una vez. Lo he escuchado, o no lo he escuchado nada, ¿o me he equivocado al decirlo?».

Yo: «¿Qué significa equivocarse al decirlo?».

El: «Que no es verdad».

Yo: «Todo lo que uno dice es un poquito verdadero».

El: «Bueno, un poquitito».

Yo (después de una transición): «¿Cómo te has pensado que vienen los pollos al mundo?».

El: «Pues es la cigüeña quien los hace crecer, la cigüeña hace crecer los pollos. . . no, el buen Dios».

Le explico que los pollos ponen huevos y de los huevos salen a su vez pollos.

Hans ríe.

Yo: «¿Por qué ríes?».

El: «Porque me agrada lo que me cuentas».

Dice haber visto ya eso.

Yo: «¿Dónde, pues?».

Hans: «¡En ti!».

Yo: «¿Dónde he puesto yo un huevo?».

Hans: «En Gmunden, en la hierba has puesto tú un huevo y de pronto ha saltado fuera un pollo. Una vez has puesto un huevo, yo lo sé, lo sé terminantemente. Porque mami me lo ha dicho».

Yo: «Le preguntaré a mami si eso es verdad».

Hans: «Eso no es verdad, pero *yo* he puesto una vez un huevo, de ahí ha saltado fuera un pollo».

47 [«*Der Knopf*»: así en la primera edición; en todas las posteriores, «*der Kopf*» («la cabeza»). Esto último es casi con seguridad un error; cf. *infra*, pág. 105, donde se dice que el agujero está «en el cuerpo».]

Yo: «¿Dónde?».

Hans: «En Gmunden me he acostado en la hierba, no, me he arrodillado, y entonces los niños no espiaban y de pronto a la mañana temprano yo he dicho: "¡Busquen, niños, ayer he puesto un huevo!". Y de pronto han mirado y de pronto han visto un huevo y del huevo ha salido un pequeño Hans. ¿De qué te ríes? Mami no lo sabe y Karolin no lo sabe porque nadie ha mirado y de pronto yo he puesto un huevo y de pronto estaba eso ahí. De verdad. Papi, ¿cuándo crece un pollo desde el huevo? ¿Cuando uno lo deja estar? ¿Hay que comerlo?».

Le aclaro eso.

Hans: «Bueno, dejémoslo con la gallina, entonces crece un pollo. Empaquémoslo en la cesta y hagámoslo viajar a Gmunden».

Con un golpe audaz, Hans se ha apropiado de la conducción del análisis, pues los padres vacilaban en darle los esclarecimientos que eran procedentes desde hacía mucho tiempo; y en una brillante acción sintomática comunica: «*Vean ustedes, así me represento yo un nacimiento*». Lo que él dijo a la sirvienta acerca del sentido de su juego con la muñeca no era sincero; frente al padre, rechaza directamente que sólo quisiera ver el hace-pipí. Después que el padre le hubo relatado, por así decir como un pago a cuenta, la génesis de los pollos a partir del huevo, su insatisfacción, su desconfianza y su mejor saber se aúnan en una soberbia parodia que en sus últimas palabras se eleva a clara alusión al nacimiento de la hermanita.

Yo: «¿A qué jugaste con la muñeca?».

Hans: «Le he dicho Grete».

Yo: «¿Por qué?».

Hans: «Porque le he dicho Grete».

Yo: «¿Cómo jugaste con ella?».

Hans: «La he cuidado como a un niño de verdad».

Yo: «¿Te gustaría tener una nenita?».

Hans: «Oh, sí. ¿Por qué no? Me gustaría conseguir una, pero mami no debe conseguir ninguna; eso no me gustaría».

(Ya ha expresado esto a menudo. Teme que un tercer niño lo relegue todavía más.)

Yo: «Sólo una señora puede tener un hijo».

Hans: «Yo consigo una nenita».

Yo: «¿Y de dónde la consigues?».

Hans: «Bueno, de la cigüeña. *Ella saca la nenita,* y la nenita pone de pronto un huevo y del huevo sale todavía una Hanna, todavía una Hanna. De Hanna viene todavía una Hanna. No, sale *una* Hanna».

Yo: «¿Te gustaría tener una nena?».

Hans: «*Sí, el año que viene me consigo una,* también se llamará Hanna».

Yo: «¿Por qué mami no debe tener ninguna nena?».

Hans: «Porque quiero tener una nena yo».

Yo: «Pero tú no puedes tener ninguna nena».

Hans: «Oh, sí; un varón consigue una nena, y una nena consigue un varón».[48]

Yo: «Un varón no tiene hijos. Hijos los tienen sólo las señoras, las mamis».

Hans: «¿Y por qué yo no?».

Yo: «Porque el buen Dios ha dispuesto así las cosas».

Hans: «¿Por qué tú no te consigues una? Oh, sí; ya te la conseguirás, sólo tienes que esperar».

Yo: «Mucho tiempo tendré que esperar».

Hans: «Pero yo te pertenezco a ti».

Yo: «Pero mami te ha traído al mundo. Perteneces entonces a mami y a mí».

Hans: «¿Pertenece Hanna a mí o a mami?».

Yo: «A mami».

Hans: «No, a mí. *¿Y por qué no a mí y a mami?*».

Yo: «Hanna pertenece a mí, a mami y a ti».

Hans: «¡Bueno, así!».

Desde luego, al niño le faltará una pieza esencial para entender las relaciones sexuales mientras el genital femenino no sea descubierto.

El 24 de abril, Hans es esclarecido por mi mujer y por mí; le decimos que los hijos crecen en la mami y luego son traídos al mundo por medio de una presión, como un «*Lumpf*», lo cual depara grandes dolores. A la tarde, estamos frente a la casa. Le ha sobrevenido un visible alivio, corre tras los carruajes, y lo único que denuncia el resto de su angustia es la circunstancia de que no se atreve a ir más allá de las cercanías de la puerta de calle, vale decir, de que no puede movérselo a paseos más extensos.

El 25 de abril, Hans me hunde su cabeza en el vientre,

[48] Otro fragmento de teoría sexual infantil que posee insospechado sentido.

cosa que ya había hecho una vez [pág. 37]. Le pregunto si es un chivo. Dice: «Sí, un *Wieder*».* Le pregunto dónde ha visto él un carnero.

El: «En Gmunden: Fritzl tenía uno». (Fritzl tenía una cordera viva para jugar.)

Yo: «Tienes que contarme sobre el corderito; ¿qué hacía?».

Hans: «Sabes, la señorita Mizzi» (una maestra que vivía en la casa) «siempre sentaba a Hanna sobre el corderito, pero él no se podía parar, y entonces no podía topar. Cuando uno se acerca, ya topa porque tiene cuernos. Fritzl lo lleva por el cordel y lo ata a un árbol. Siempre lo ata a un árbol».

Yo: «¿Te topó el corderito?».

Hans: «Ha saltado sobre mí, Fritzl me ha entregado una vez... yo una vez me he acercado y no sabía, y de pronto él ha saltado sobre mí. Fue muy divertido. — No me asusté».

Por cierto que eso no es verdad.

Yo: «¿Quieres a papi?».

Hans: «Oh, sí».

Yo: «¿Quizá también no?».

Hans juega con un caballito. En ese momento el caballito se tumba. El grita: «¡El caballito se ha tumbado! ¿Ves cómo hace barullo?».

Yo: «Una cosa te enoja en papi: que mami lo quiera».

Hans: «No».

Yo: «¿Entonces por qué lloras siempre que mami me da un beso? Porque estás celoso».

Hans: «Bueno, sí».

Yo: «¿Qué te gustaría hacer si fueras el papi?».

Hans: «¿Y tú Hans? — Me gustaría llevarte todos los domingos a Lainz, no, todos los días. Si yo fuera el papi, sería muy bueno».

Yo: «¿Qué te gustaría hacer con mami?».

Hans: «También la llevaría conmigo a Lainz».

Yo: «¿Y qué otra cosa?».

Hans: «Nada».

Yo: «¿Por qué estás, pues, celoso?».

Hans: «No lo sé».

Yo: «¿También en Gmunden estabas celoso?».

Hans: «En Gmunden no». (Esto no es verdad.) «En Gmunden yo tenía mis cosas, una huerta tenía en Gmunden, y también niños».

* {Por «*Widder*», «carnero»; «*Wieder*» significa «de nuevo».}

Yo: «¿Puedes recordar cómo tuvo la vaca al ternero?».

Hans: «Oh, sí. Vino con un carro» (sin duda, lo que se le dijo en ese momento en Gmunden; por otra parte, un golpe contra la teoría de la cigüeña) «y otra vaca lo exprimió del trasero». (Esto es ya el fruto del esclarecimiento, que él quiere armonizar con la «teoría del carrito».)

Yo: «No es verdad que haya venido con un carrito; ha salido de la vaca que estaba en el establo».

Hans cuestiona esto, dice que ha visto el carro a la mañana temprano. Le hago notar que probablemente se lo contaron, alguien le dijo que el ternero vino en el carro. Al final lo concede: «Es probable que me lo haya dicho Berta o no... o quizás el dueño de la casa. El estaba ahí y todavía era de noche, por eso es cierto como yo te lo he dicho, o me parece que nadie me lo ha dicho, me lo pensé a la noche».

Si no me equivoco, al ternero se lo llevaron en carro; de ahí la confusión.

Yo: «¿Por qué no te pensaste que lo trajo la cigüeña?».

Hans: «Pues no me lo he pensado».

Yo: «¿Pero sí te pensaste que la cigüeña ha traído a Hanna?».

Hans: «A la mañana temprano» (del día del parto) «me he pensado eso. — Escucha, papi, ¿estaba el señor Reisenbichler» (el propietario) «presente cuando el ternero salió de la vaca?».[49]

Yo: «No sé, ¿lo crees tú?».

Hans: «Sí lo creo... Papi, ¿has visto ya muchas veces cómo un caballo tiene algo negro en la boca?».

Yo: «Lo he visto a menudo por la calle en Gmunden.[50] — ¿En Gmunden estabas a menudo en la cama con mami?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Y entonces te has pensado que eras el papi?».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Y entonces le has tenido miedo a papi?».

Hans: «*Tú sabes todo, yo no he sabido nada*».

Yo: «Cuando Fritzl se cayó te has pensado que ojalá papi se cayera así, y cuando el corderito te ha topado,

[49] Hans, quien tiene razones para desconfiar de las comunicaciones de los adultos, sopesa aquí si el propietario es más fidedigno que el padre.

[50] He aquí el nexo: Durante mucho tiempo el padre no quiso creerle eso sobre lo negro en la boca de los caballos, hasta que al fin se verificó [cf. pág. 58].

que ojalá topara a papi. ¿Te acuerdas del entierro en Gmunden?». (El primer entierro que Hans vio. A menudo se acuerda de ello, sin duda alguna un recuerdo encubridor.)

Hans: «Sí. ¿Qué había con ello?».

Yo: «Que ahí te has pensado que ojalá el papi muriera, entonces tú serías el papi».

Hans: «Sí».

Yo: «En verdad, ¿a qué carruajes sigues teniéndoles miedo?».

Hans: «A todos».

Yo: «Eso no es verdad».

Hans: «A coches de plaza, los de un solo caballo no. A diligencias, a carros de carga, pero sólo cuando van cargados, pero si están vacíos no. Cuando es un caballo y va todo cargado, yo tengo miedo, y cuando son dos caballos y van todos cargados, yo no tengo miedo».

Yo: «¿A las diligencias les tienes miedo porque hay tanta gente adentro?».

Hans: «Porque llevan mucho equipaje en el techo».

Yo: «Y mami, cuando tuvo a Hanna, ¿no ha estado también toda cargada?».

Hans: «Mami volverá a estar toda cargada cuando vuelva a tener uno, hasta que vuelva a crecerle uno, hasta que de nuevo uno esté ahí adentro».

Yo: «Eso te gustaría».

Hans: «Sí».

Yo: «Has dicho que no quieres que mami tenga otro hijo».

Hans: «Así no estará más cargada. Mami ha dicho que si mami no quiere ninguno, tampoco lo quiere el buen Dios. Si mami entonces no quiere ninguno, no tendrá ninguno». (Desde luego, Hans ha preguntado ayer si en mami hay todavía hijos. Le he dicho que no, si el buen Dios no quiere tampoco le crecerán.)

Hans: «Pero mami me ha dicho que ninguno más le crecerá si *ella* no quiere, y tú dices que si *el buen Dios* no quiere».

Le dije entonces que es como yo se lo he dicho, sobre lo cual observó: «¿Tú estabas presente? Sin duda lo sabes mejor». Así ponía en tela de juicio a la mamá, y ella restableció la concordancia manifestándole que si ella no quería, tampoco lo quería el buen Dios.[51]

[51] «*Ce que femme veut Dieu veut*». Con su perspicacia, Hans ha descubierto, otra vez, un problema muy serio. [Todo el pasaje que co-

Yo: «Me parece, tú sin embargo deseas que mami tenga un hijo».

Hans: «Pero yo no lo tendré».

Yo: «¿Pero lo deseas?».

Hans: «Desearlo, sí».

Yo: «¿Sabes por qué lo deseas? Porque te gustaría ser el papi».

Hans: «Sí. . . ¿Cómo es la historia?».

Yo: «¿Qué historia?».

Hans: «Un papi no se consigue ningún hijo, ¿cómo es la historia entonces de que a mí me gustaría ser el papi?».

Yo: «Te gustaría ser el papi y estar casado con mami, te gustaría ser tan grande como yo y tener un bigote, y te gustaría que mami tuviera un hijo».

Hans: «Papi, y hasta que yo esté casado sólo me conseguiré uno, si yo quiero, si yo estoy casado con mami, y si no quiero ningún hijo el buen Dios tampoco lo querrá, si yo me he casado».

Yo: «¿Te gustaría estar casado con mami?».

Hans: «¡Oh, sí!».

Se nota con claridad cómo la felicidad en la fantasía se le estropea aún por la incerteza acerca del papel del padre y la duda sobre quién gobierna la obtención de los hijos.

Al anochecer de ese mismo día dice Hans, cuando lo acuestan: «Escucha, ¿sabes qué hago ahora? Ahora juego todavía hasta las 10 de la noche con Grete, que está conmigo en la cama. Siempre están mis hijos conmigo en la cama. ¿Puedes decirme cómo es eso?». Como tiene ya mucho sueño, le prometo que mañana lo escribiremos, y él se duerme.

De las notas anteriores resulta que Hans, desde su regreso de Gmunden, siempre ha fantaseado con sus «hijos» [p. ej., pág. 13], conversa con ellos, etc.[52]

mienza en «Desde luego, Hans ha preguntado. . .» y termina en «tampoco lo quería el buen Dios» debería ir quizás entre paréntesis, ya que es un relato de lo ocurrido el día anterior. Cuando los traductores del libro al inglés {Alix y James Strachey} consultaron a Freud sobre esto, en 1923, convino en que probablemente fuera así, pero prefirió no modificar el texto por ser una trascripción del informe del padre.]

[52] No hay ninguna necesidad de suponer aquí en Hans un rasgo femenino de añoranza por tener hijos. Puesto que él, como hijo, ha tenido arrobadoras vivencias junto a la madre, ahora repite esto en un papel activo, para lo cual no puede menos que hacer él mismo el papel de madre.

El 26 de abril le pregunto, pues, por qué habla siempre de sus hijos.

Hans: «¿Por qué? *Porque me gusta tanto tener hijos, pero nunca me lo deseo, no me gusta tenerlos*».[53]

Yo: «¿Te has imaginado siempre que Berta, Olga, etc., son tus hijos?».

Hans: «Sí, también Franzl, Fritzl y Paul» (sus compañeritos de juego en Lainz), «y Lodi». (Este es un nombre inventado: su hijo preferido, de quien habla más a menudo. — Destaco aquí que la personalidad de Lodi no existe sólo desde hace algunos días, o sea, desde la fecha del último esclarecimiento [24 de abril].)

Yo: «¿Quién es Lodi? ¿Está ella en Gmunden?».

Hans: «No».

Yo: «¿Existe una Lodi?».

Hans: «Sí, yo ya la conozco».

Yo: «¿Quién es, pues?».

Hans: «Esa de ahí, que yo tengo».

Yo: «¿Y cómo es ella?».

Hans: «¿Cómo? Ojos negros, pelo negro... la he encontrado una vez con Mariedl» (en Gmunden) «cuando he ido a la ciudad».

Cuando quiero saber algo más preciso, resulta que esto es un invento.[54]

Yo: «¿Has pensado, entonces, que tú eres la mami?».

Hans: «Yo era realmente la mami».

Yo: «¿Y qué has hecho con los hijos?».

Hans: «Los he dejado dormir junto conmigo, nenas y nenes».

Yo: «¿Todos los días?».

Hans: «Bueno, claro».

Yo: «¿Has hablado con ellos?».

Hans: «Cuando todos los niños no entraron en la cama, puse unos sobre el sofá y otros en el cochecito; como todavía sobraban, los llevé al suelo y los puse en la cesta; todavía había niños y los puse en la otra cesta».

Yo: «¿Entonces las cestas de cigüeña estaban en el suelo?».

Hans: «Sí».

[53] Esta contradicción tan llamativa es la que va de fantasía a realidad: desear y tener. Sabe que en realidad es hijo, y otros hijos no harían más que molestarlo; en la fantasía es madre y le hacen falta hijos con quienes repetir las ternuras que él ha vivenciado.

[54] No obstante, bien podría ser que Hans elevara a la condición de ideal un encuentro casual en Gmunden, ideal que por lo demás copia a la madre en el color de ojos y cabellos.

Yo: «¿Cuándo tuviste los hijos? ¿Ya estaba Hanna en el mundo?».

Hans: «Sí, desde hacía mucho tiempo».

Yo: «Pero, ¿de quién te pensaste que tenías los hijos?».

Hans: «*Bueno, de mí*».[55]

Yo: «Pero en aquella época no sabías que los hijos vienen de alguien».

Hans: «Me he pensado que la cigüeña los traía». (Evidente mentira y subterfugio.)[56]

Yo: «Ayer estaba Grete contigo, pero tú ya sabes que un varón no puede tener hijos».

Hans: «Bueno, sí, pero yo creo eso».

Yo: «¿Cómo llegaste al nombre "Lodi"? Ninguna nena se llama así. ¿Quizá "Lotti"?».

Hans: «Oh, no: Lodi. No sé, pero es un lindo nombre».

Yo (en broma): «¿Te refieres acaso a un *Schokolodi* {chocolatín}?».

Hans (replica enseguida): «No, a un Saffalodi...[57] porque me gusta mucho comer salchichas, también salame».

Yo: «Escucha, ¿un Saffalodi no se parece a un *Lumpf*?».

Hans: «¡Sí!».

Yo: «¿Y qué aspecto tiene un *Lumpf*?».

Hans: «Negro. Tú lo sabes». (Señala mis cejas y mi bigote.) «Como esto y esto».

Yo: «¿Y como qué más? ¿Redondo como un Saffalodi?».

Hans: «Sí».

Yo: «Cuando estás sentado en la bacinilla y ha venido un *Lumpf*, ¿te has pensado que tenías un hijo?».

Hans (riendo): «Sí, ya en la calle X y también aquí».

Yo: «¿Sabes cómo se han tumbado los caballos de la diligencia? [Cf. págs. 43 y sigs.] El carruaje se veía como una cesta de hijos, y cuando el caballo negro se tumbó era...».

Hans (completando): «...como cuando uno tiene un hijo».

Yo: «¿Y qué te pensaste cuando el caballo hizo barullo con las patas?».

[55] Hans no puede hacer otra cosa que responder desde el punto de vista del autoerotismo.

[56] Son hijos de la fantasía, o sea, del onanismo.

[57] *Saffaladi* = salchichón ahumado. Mi mujer suele contar que su tía dice siempre «Soffilodi», y es posible que Hans la haya escuchado. [Nota del padre.]

Hans: «Bueno, cuando yo no quiero sentarme en la bacinilla y prefiero jugar, yo hago un barullo así con los pies». [Cf. pág. 46.] (Patalea.)

Por eso le interesaba tanto saber si se tienen los hijos de *buen* o *mal grado.*

Hans juega hoy de continuo a cargar y descargar cestas de equipaje, y desea como juguete una carreta con tales cestas. Enfrente, en el patio de la Aduana, le interesó sobre todo la carga y descarga de los carros. Además, se asustó con la mayor violencia cuando un carro, ya cargado, hubo de partir: «Los caballos se caerán»[58] [pág. 40]. A los portones del cobertizo de la Aduana les llamaba «agujero» (el primero, segundo, tercer... agujero). Hoy dice «agujero de trasero».

La angustia ha desaparecido casi por completo, sólo quiere permanecer en la proximidad de la casa para tener un camino de regreso si hubiera de atemorizarse. Pero ya no se refugia en la casa, permanece siempre en la calle. Como sabemos, la enfermedad empezó cuando él se volvió llorando del paseo; y cuando una segunda vez se lo constriñó a ir de paseo, llegó sólo hasta la estación Hauptzollamt del ferrocarril metropolitano, desde la cual todavía se ve nuestra vivienda. Naturalmente, a raíz del parto de la mamá él fue separado de ella, y la angustia de ahora, que le impide abandonar las proximidades de la casa, es todavía la añoranza de entonces.

30 de abril. Como Hans vuelve a jugar con sus hijos imaginarios, le digo: «¿Cómo es que todavía viven tus hijos? Ya sabes que un varón no puede tener hijos».

Hans: «Lo sé. Antes yo era la mami, *ahora soy el papi*».

Yo: «¿Y quién es la mami de los niños?».

Hans: «Bueno, mami, y tú eres el *abuelo*».

Yo: «O sea, te gustaría ser tan grande como yo, estar casado con mami, y que ella tuviera entonces hijos».

Hans: «Sí, eso me gustaría, y la de Lainz» (mi madre) «es entonces la abuela».

Todo termina bien. El pequeño Edipo ha hallado una solución más feliz que la prescrita por el destino. En lugar de eliminar a su padre, le concede la misma dicha que ansía para sí; lo designa abuelo, y también a él lo casa con su propia madre.

[58] ¿Acaso no se le llama «*niederkommen*» {«bajar de»} al acto de parir?

El 1º de mayo a mediodía, Hans acude a mí y dice: «¿Sabes una cosa? Escribámosle algo al profesor».

Yo: «¿Qué es?».

Hans: «Esta mañana he ido con todos mis hijos al inodoro. Primero he hecho *Lumpf* y pipí, y ellos han mirado. Luego los senté en el inodoro, y ellos han hecho pipí y *Lumpf* y yo les he limpiado el trasero con papel. ¿Sabes por qué? Porque me gusta mucho tener hijos, entonces me gusta hacerles todo: llevarlos al inodoro, limpiarles el trasero, todo lo que se hace con los hijos».

Tras la confesión de esta fantasía, es imposible poner en entredicho el placer que en Hans se anuda a las funciones excrementicias.

A la tarde se aventura por primera vez hasta el parque. Como es 1º de mayo, transitan menos carruajes que de ordinario, pero, de todos modos, antes su número habría bastado para intimidarlo. Está muy orgulloso de su hazaña; tras la merienda, me veo precisado a ir de nuevo con él al parque. Por el camino nos cruzamos con una diligencia, que él me enseña: «¡Mira, un carruaje de cesta de cigüeña!». Si, como está planeado, vuelve a ir conmigo mañana al parque, la enfermedad se podrá considerar curada.

El 2 de mayo por la mañana temprano acude Hans: «Escucha, me he pensado hoy una cosa». Primero la tiene olvidada, luego la cuenta en medio de considerables resistencias: «*Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí.* El ha dicho: "Enseña el trasero", y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: "Enseña el hace-pipí"».

El padre aprehende el carácter de la fantasía de deseo y no duda ni un momento acerca de la única interpretación autorizada.

Yo: «El te ha dado un hace-pipí *más grande* y un trasero *más grande*».

Hans: «Sí».

Yo: «¿Como los de papi, porque te gustaría ser el papi?».

Hans: «Sí, y también me gustaría tener unos bigotes como los tuyos y ese pelo» (señala el de mi pecho).

La interpretación de la fantasía relatada hace algún

tiempo —viene el instalador y destornilla la bañera y luego le mete un taladro en la panza [pág. 55]— se rectifica de la siguiente manera: La bañera grande significa el «trasero»; el taladro o destornillador, como ya se indicó en aquel momento, es el hace-pipí.[59] Son fantasías idénticas. También se nos abre un nuevo acceso al miedo de Hans a la bañera grande, que por lo demás ya ha cedido: Le desagrada que su «trasero» sea demasiado pequeño para la bañera grande.

En los días siguientes, la madre toma repetidas veces la palabra para expresar su alegría por el restablecimiento del pequeño.

Complemento del padre, una semana después:

Estimado profesor: Querría aportar aún los siguientes complementos al historial clínico de Hans:

1. La mejoría tras el primer esclarecimiento no fue tan completa como yo acaso la presenté [pág. 26]. Es verdad que Hans salió a pasear, pero sólo constreñido y con gran angustia. Una vez fue conmigo hasta la estación Hauptzollamt, desde donde se ve todavía la vivienda, y no se pudo llevarlo más lejos.

2. Sobre «jugo de frambuesas», «fusil para disparar» [pág. 33]: Jugo de frambuesas toma Hans a raíz de la constipación. «Disparar» {«*Schiessen*»} y «cagar» {«*Scheissen*»} es una permutación de términos corriente en él.

3. Hans tenía más o menos 4 años cuando fue separado de nuestro dormitorio y se le dio una habitación propia.

4. Le queda un resto que ya no se exterioriza en miedo, sino en una pulsión normal de preguntar. Las preguntas se dirigen las más de las veces a saber con qué se construyen las cosas (tranvías, máquinas, etc.), quién

[59] Quizá sea lícito apuntar que el «*Bohrer*» {«taladro»} no se ha escogido sin referencia a «*geboren*» {«nacido»}, «*Geburt*» {«nacimiento»}. Así, el niño no haría distingo entre «*gebohrt*» {«taladrado»} y «*geboren*» {«nacido»}. Acepto esta conjetura que me ha comunicado un experto colega, pero no sé decir si estamos aquí frente a un nexo universal más profundo o al mero aprovechamiento de una contingencia de la lengua alemana. También Prometeo (Pramantha), el creador del hombre, es etimológicamente el «taladrador, perforador». Cf. Abraham, *Traum und Mythus*, 1909.

las hace, etc. Lo característico es que Hans casi siempre hace la pregunta aunque él mismo ya se haya dado la respuesta. Sólo quiere certificarse. Cierta vez que me fatigó con sus preguntas y le dije: «¿Crees acaso que yo puedo responder a todo lo que me preguntas?», él repuso: «Bueno, como has sabido lo del caballo, he creído que también sabías esto».

5. Hans sólo habla históricamente de su enfermedad: «Cuando tenía la tontería».

6. El resto no solucionado es que Hans se devana los sesos para averiguar qué tiene que ver el padre con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo. Se lo puede inferir de preguntas como: «¿No es verdad que también soy *tuyo*?». (Quiere decir, no sólo de la madre.) No tiene en claro la razón por la cual me pertenece. En cambio, no poseo ninguna prueba directa de que él, como usted opina, haya podido espiar un coito entre los padres.

7. En una exposición del caso quizás habría que llamar la atención sobre la violencia de la angustia, pues de otro modo se diría: «De haberle dado una buena paliza, seguramente habría salido de paseo».

Yo agrego, a modo de conclusión: con la última fantasía de Hans quedaba superada también la angustia proveniente del complejo de castración, la expectativa penosa daba la vuelta hacia una de dicha. En efecto, el médico [cf. pág. 9], instalador, etc., viene, quita el pene, pero sólo para dar a cambio uno más grande. Por lo demás, nuestro pequeño investigador ha hecho muy temprano la experiencia de que todo saber es un fragmento y de que en cada estadio queda un resto no solucionado.

III. Epicrisis

En tres direcciones habré de examinar esta observación sobre el desarrollo y la solución de una fobia en un varoncito que aún no había cumplido cinco años: primero, para saber si refrenda la tesis que he formulado en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*); segundo, por su eventual contribución al entendimiento de esta forma tan frecuente de enfermedad, y tercero, por ver si de ella se puede extraer algo para el esclarecimiento de la vida anímica infantil y para la crítica de nuestros propósitos educativos.

1

Mi impresión es que la imagen de la vida sexual infantil tal como surge de la observación del pequeño Hans armoniza muy bien con la pintura que he esbozado en mis *Tres ensayos de teoría sexual* según indagaciones psicoanalíticas realizadas en adultos. Pero antes de pasar al estudio circunstanciado de aquella armonía, me veo obligado a tramitar dos objeciones que se elevan contra la valorización de este análisis. La primera reza: el pequeño Hans no es un niño normal, sino, como lo enseña lo que después sucedió —a saber, que contrajo enfermedad—, un niño predispuesto a la neurosis, un pequeño «hereditario», y por eso no sería lícito trasferir a otros niños, normales, unas inferencias que quizá se le apliquen. Como esta objeción meramente restringe el valor de la observación, pero no lo cancela del todo, la trataré más adelante. [Cf. págs. 113 y sigs.] El segundo y más riguroso veto aseverará que carece de todo valor objetivo este análisis realizado por un padre prisionero de *mis* opiniones teóricas y aquejado de *mis* prejuicios. Se dirá que un niño, desde luego, es sugestionable en alto grado, y quizá más por su padre que por cualquier otra persona: se lo deja imponer todo por amor de su padre, en agradecimiento de que se ocupe tanto de él; así, sus enunciados no tendrían ninguna fuerza probatoria, y sus producciones en

materia de ocurrencias, fantasías y sueños seguirían naturalmente la orientación hacia la cual se lo ha esforzado por todos los medios. En suma, otra vez, se trataría sólo de «sugestión», con la única diferencia de que sería más fácil desenmascararla en el niño que en el adulto.

Cosa curiosa: recuerdo bien, cuando veintidós años atrás yo empecé a enzarzarme en la querella de las opiniones científicas, las burlas con que en esa época la generación más vieja de neurólogos y psiquiatras recibieron las tesis sobre la sugestión y sus efectos.[1] Desde entonces, la situación ha cambiado radicalmente; la renuencia se ha trocado en una buena voluntad demasiado solícita {*entgegenkommend*}, y ello no sólo por la influencia que en estos decenios no pudieron menos que ejercer los trabajos de Liébeault, Bernheim y sus discípulos, sino también porque entretanto se descubrió cuán grande ahorro de pensamiento aparejaba el empleo de la consigna «sugestión». Y bien, nadie sabe ni se cuida de saber qué es sugestión, a qué se debe y cuándo sobreviene; basta con que se pueda llamar «sugestión» a todo lo incómodo en lo psíquico.

Yo no comparto el punto de vista, que hoy goza de predilección, según el cual los enunciados de los niños serían por entero arbitrarios e inciertos. Arbitrariedad no la hay, absolutamente, en lo psíquico; y en cuanto a la incerteza en los enunciados infantiles, se debe al hiperpoder de su fantasía, lo mismo que la incerteza en los enunciados de los adultos deriva del hiperpoder de sus prejuicios. En lo demás, el niño no miente sin razón, y en general se inclina más que los grandes por el amor a la verdad. Se haría grave injusticia a nuestro pequeño Hans si se desestimaran en bloque sus indicaciones; antes bien, es posible distinguir con toda nitidez dónde falsea o se reserva cosas bajo la compulsión de una resistencia, dónde, indeciso él mismo, adhiere al parecer de su padre —y entonces no se lo debe considerar probatorio—, y dónde, liberado de la presión, comunica a borbotones lo que es su verdad interior y lo que hasta entonces sólo él ha sabido. Tampoco las indicaciones de los adultos ofrecen seguridades más grandes. Es lamentable que ninguna exposición de un psicoanálisis pueda reflejar las impresiones que uno recibe durante su ejecución, que el convencimiento definitivo nunca pueda agenciarse por la lectura, sino sólo por el vivenciar. Pero esta deficiencia aqueja en igual medida a los análisis de adultos.

[1] [Una observación similar hizo Freud en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, pág. 421.]

Sus padres describen al pequeño Hans como alegre, sincero, y acaso devino así en virtud de la educación que ellos le dieron, consistente, en lo esencial, en omitir nuestros habituales pecados pedagógicos. Mientras pudo cultivar sus investigaciones, sin vislumbre alguna de los conflictos que pronto nacerían de ellas, se comunicaba sin reservas, y así las observaciones del período anterior a su fobia no están sometidas a dudas ni reparos. En la época de la enfermedad y en el curso del análisis, empiezan para él las incongruencias entre lo que dice y lo que piensa, fundadas en parte en que lo asedia un material inconciente que no sabe dominar de un golpe, y en parte debidas a que su relación con los padres lo disuade de ciertos contenidos. Asevero que me mantengo imparcial si enuncio que tampoco estas dificultades son mayores que las de tantísimos análisis de adultos.

En el curso del análisis, es verdad, es preciso decirle muchas cosas que él mismo no sabe decir; hay que instilarle pensamientos de los que nada se ha mostrado en él todavía, y es inevitable que su atención se acomode a las direcciones desde las cuales el padre espera lo que viene. Esto debilita la fuerza probatoria, pero en todo análisis se procede de ese modo. Sucede que un psicoanálisis no es una indagación científica libre de tendencia, sino una intervención terapéutica; en sí no quiere probar nada, sino sólo cambiar algo. Siempre, en el psicoanálisis, el médico da al paciente las representaciones-expectativa con cuya ayuda pueda este discernir y asir lo inconciente. Unas veces lo hará con más abundancia y otras en medida más modesta; en efecto, unos casos requieren más auxilio, y otros lo precisan menos. Sin esa ayuda nadie sale del paso. Lo que uno puede liquidar por sí solo son perturbaciones leves, nunca una neurosis que se haya contrapuesto al yo como algo ajeno; para dominar esta se necesita del otro, y en la medida en que el otro pueda ayudar, en esa misma medida es curable la neurosis. Cuando la esencia de una neurosis consiste en extrañarse del «otro», como parece ser una característica de los estados reunidos bajo el título de «*dementia praecox*», tales estados son, precisamente por eso, incurables para nuestro empeño. Ahora bien, se concederá que el niño, a causa del escaso desarrollo de sus sistemas intelectuales, requiere una asistencia de particular intensidad. Sin embargo, lo que el médico comunica al paciente proviene a su vez de experiencias analíticas, y en realidad basta, desde el punto de vista probatorio, que por medio del gasto de esta intromisión médica se alcancen el nexo y la solución del material patógeno.

No obstante, aun en el curso del análisis, nuestro peque-

ño paciente ha mostrado independencia suficiente para poder absolverlo del veredicto de «sugestión». Como todos los niños, aplica a su material sus teorías sexuales infantiles, sin recibir incitación alguna para ello. Y considérese que tales teorías son enteramente ajenas al adulto; además, en este caso yo había omitido preparar al padre anticipándole que el camino al tema del nacimiento tenía que pasar para Hans a través del complejo de excreción. Lo que a raíz de mi negligencia se convirtió en una parte oscura del análisis proporcionó luego, al menos, un buen testimonio sobre el carácter genuino y autónomo del trabajo de pensamiento en Hans. De pronto pasó a ocuparse del «*Lumpf*» [págs. 46 y sigs.] sin que el padre, supuesto sugeridor, atinara a comprender cómo había llegado ahí ni qué saldría de ello. Tampoco se le puede atribuir participación al padre en el desarrollo de las dos fantasías sobre el instalador [págs. 55 y 81], que proceden del «complejo de castración» tempranamente adquirido. Debo confesarlo: fue por interés teórico que le mantuve en secreto al padre la expectativa de este nexo, con el único fin de no menoscabar la fuerza probatoria de un documento de otro modo difícil de obtener.

Si se profundizara más en el detalle del análisis, se obtendrían nuevas y abundantes pruebas de la independencia en que nuestro Hans se mantenía respecto de la «sugestión». Pero interrumpo aquí la consideración del primer reparo. Sé que tampoco mediante este análisis he de convencer a quienes no quieren ser convencidos. Prosigo con la elaboración de este caso para aquellos lectores que ya han adquirido un convencimiento sobre la objetividad del material patógeno inconciente, pero no lo hago sin poner antes de relieve la grata certeza de que su número aumenta constantemente.

El primer rasgo imputable a la vida sexual en el pequeño Hans es un interés particularmente vivo por su «hace-pipí», como es llamado este órgano de acuerdo con una de sus dos funciones (en modo alguno la menos importante), aquella que es ineludible en la crianza de los niños. Este interés lo convierte en investigador; así descubre que basándose en la presencia o falta del hace-pipí uno puede distinguir lo vivo de lo inanimado [pág. 10]. En todo ser vivo, que él aprecia como semejante a sí, presupone esta sustantiva parte del cuerpo; la estudia en los animales grandes, la conjetura en ambos progenitores, y la estatuye en su hermana recién nacida no dejándose disuadir por lo que ve con sus ojos [pág. 12]. Decidirse a renunciar a ella en un ser semejante a él

importaría, se podría decir, una sacudida demasiado violenta de su «cosmovisión»; sería como si se la arrancaran a él mismo. Por eso, una amenaza de la madre [pág. 9], cuyo contenido era nada menos que la pérdida del hace-pipí, probablemente fue esforzada hacia atrás {*zurückdrängen*} con premura, y sólo en un período posterior podrá exteriorizar su efecto. La intromisión de la madre sobrevino porque él gustaba de procurarse sentimientos placenteros tocándose ese miembro; el pequeño ha iniciado la variedad de quehacer sexual autoerótico más corriente —y más normal—.

De un modo que Alfred Adler (1908) ha designado muy correctamente como «*entrelazamiento pulsional*», el placer en el miembro sexual propio se enlaza con el placer de ver, en sus plasmaciones activa y pasiva. El pequeño procura ver el hace-pipí de otras personas, desarrolla una curiosidad sexual, y gusta de mostrar el propio. Uno de sus sueños del primer período de la represión tiene por contenido el deseo de que una de sus amiguitas lo asista para hacer pipí, vale decir, participe de esa visión [pág. 19]. El sueño atestigua, pues, que ese deseo permanecía sin reprimir hasta entonces, así como ulteriores comunicaciones corroboran que Hans solía encontrarle satisfacción. La orientación activa del placer de ver sexual pronto se conecta en él con un motivo determinado. Cuando repetidas veces deja traslucir, tanto al padre como a la madre, su queja de no haber visto todavía nunca el hace-pipí de ellos, es probable que lo haga esforzado por la necesidad de *comparar*. El yo sigue siendo el criterio con el cual uno mide al mundo; por una comparación permanente con la persona propia se aprende a comprenderlo. Hans ha observado que los animales grandes tienen un hace-pipí tanto más grande que el suyo; por eso conjetura igual proporción también respecto de sus progenitores, y le gustaría convencerse de que así es. La mamá, opina él, tiene sin duda un hace-pipí «como el de un caballo». Y luego se apresta el consuelo de que el hace-pipí crecerá con él; es como si el deseo del niño de ser grande se volcara sobre el genital.

Por tanto, dentro de la constitución sexual del pequeño Hans, la zona genital es, entre las zonas erógenas, la teñida desde el principio con el placer más intenso. Además de esta, se atestigua en él sólo el placer excrementicio, anudado a los orificios de descarga de la orina y las heces. Si en su última fantasía de dicha, con la cual queda superada su condición de enfermo, tiene unos hijos a quienes lleva al inodoro, los hace hacer pipí y les limpia el trasero (en suma, «hace con ellos todo lo que se hace con los hijos» [pág.

81]), parece irrefutable suponer que durante su propia crianza estos mismos desempeños fueron para él una fuente de la sensación de placer. A este placer de zonas erógenas lo adquirió con asistencia de la persona que lo cuidaba, la madre, y eso conduce ya a la elección de objeto; pero sigue siendo posible que en épocas todavía anteriores tuviera el hábito de procurarse ese placer por vía autoerótica, que se incluyera entre aquellos niños que gustan de retener las excreciones hasta que su deposición pueda depararles un estímulo voluptuoso. Sólo digo que es posible, pues en el análisis no quedó en claro; el «hacer barullo con las piernas» (patalear), del que luego tenía tanto miedo, apunta en esta dirección. Pero estas fuentes de placer no poseen en él, como es tan frecuente en otros niños, una acentuación llamativa. Adquirió pronto los hábitos de limpieza: ni el mojar la cama ni la incontinencia cotidiana desempeñaron papel alguno en sus primeros años; nada se le observó de la inclinación a jugar con los excrementos, tan odiosa para el adulto y que suele reaflorar al término de los procesos psíquicos de involución.

Destaquemos, desde ahora, que en el curso de su fobia es inequívoca la represión de estos dos componentes del quehacer sexual, bien marcados en Hans. Le da vergüenza orinar delante de otros, se acusa de pasarse el dedo por el hace-pipí, se empeña en resignar también el onanismo, y le produce asco el «*Lumpf*», el «pipí» y todo cuanto los recuerde. En la fantasía de cuidar a los hijos vuelve a revocar esta última represión.

Una constitución sexual como la de nuestro pequeño Hans no parece contener la predisposición al desarrollo de perversiones o su negativo (circunscribámonos aquí a la histeria).[2] Por lo que yo tengo averiguado (realmente se impone aquí todavía la reserva), la constitución innata de los histéricos —en los perversos esto se comprende casi de suyo— se singulariza por el relegamiento de la zona genital frente a otras zonas erógenas. Una «aberración» particular debe ser excluida expresamente de esta regla. En quienes después serán homosexuales[3] hallamos la misma preponderancia infantil de la zona genital, en especial del pene. Más aún: esta elevada estimación por el miembro masculino se convierte en destino para ellos. Escogen a la mujer como objeto se-

[2] [Véase el apartado sobre «Neurosis y perversión» en el primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, 7, págs. 150-2.]

[3] Todos los cuales, según mi expectativa y las observaciones de I. Sadger [p. ej., 1908 y 1909], recorren en la infancia una fase anfígena.

xual en su infancia mientras presuponen en ella la existencia de esta parte del cuerpo que reputan indispensable; cuando se convencen de que la mujer los ha engañado en este punto, ella se les vuelve inaceptable como objeto sexual. No pueden prescindir del pene en la persona destinada a estimularlos para el comercio sexual, y en el mejor de los casos fijan su libido en la «mujer con pene», el jovencito de femenina apariencia. Los homosexuales son, entonces, personas a quienes el significado erógeno de su genital propio les ha impedido renunciar en su objeto sexual a esta semejanza con la persona propia. En el desarrollo desde el autoerotismo al amor de objeto han permanecido fijados en un lugar más próximo al primero.[4]

Es de todo punto inadmisible distinguir una pulsión homosexual particular; lo que define a los homosexuales no es una particularidad de la vida pulsional, sino de la elección de objeto. Aquí remito a lo que he expuesto en *Tres ensayos de teoría sexual*, a saber, que erróneamente nos hemos representado demasiado íntima la unión entre pulsión y objeto en la vida sexual.[5] El homosexual, con su pulsionar —quizá normal—, nunca llega a desprenderse de un objeto singularizado por una determinada condición; en su infancia, como da por sentado que esa condición se cumple dondequiera, puede comportarse como nuestro pequeño Hans, cuya ternura no distingue entre varoncitos y nenas, y quien en una ocasión pudo declarar a su amigo Fritzl como «su nenita más querida» [pág. 16]. Hans es homosexual, como todos los niños pueden serlo, en total armonía con el hecho, que no debe perderse de vista, de que él sólo *tiene noticia de una variedad de genital*, un genital como el suyo.[6]

El ulterior desarrollo de nuestro pequeño erótico no desemboca, empero, en la homosexualidad, sino en una masculinidad enérgica, de comportamiento polígamo, que sabe conducirse de manera diversa según los cambiantes objetos femeninos: unas veces, osada, conquista, y otras se consu-

4 [La «mujer con pene» había sido mencionada ya en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, págs. 192-5. Para un resumen de la homosexualidad masculina, véase el apartado titulado «Objeto sexual de los invertidos» en el primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), en especial la larga nota al pie agregada allí en ediciones sucesivas de ese trabajo (*AE*, **7**, págs. 131-4).]

5 [(1905*d*), *AE*, **7**, pág. 134.]

6 (*Nota agregada* en 1923:) Más tarde (1923*e*) he puesto de relieve que el período de desarrollo sexual en que se encuentra nuestro pequeño paciente se singulariza por tener noticia de *un* genital solamente, el masculino; a diferencia del futuro período de la madurez, no hay aquí un primado genital, sino un primado del falo.

me, vergonzosa y añorante. En una época de pobreza en materia de otros objetos de amor, esta inclinación retrocede a la madre, desde quien se había vuelto a otros, para malograrse junto a la madre en la neurosis. Sólo entonces nos enteramos de la intensidad que había desarrollado ese amor a la madre, y de los destinos que recorriera. La meta sexual que él buscaba en sus compañeritas de juego, *acostarse* con ellas, procedía ya de la madre; se vierte en unas palabras que podría conservar aun en la vida madura, si bien mediando un enriquecimiento en su contenido.* El muchacho había hallado, por el camino corriente —a partir de su crianza—, la senda del amor de objeto; y una nueva vivencia de placer se había vuelto determinante para él: dormir al lado de la madre; aquí destacaríamos el placer de tocar la piel, constitucional en todos nosotros, que según la nomenclatura de Moll (que nos parece artificial) deberíamos designar como satisfacción de la pulsión de contrectación.[7]

En sus lazos con su padre y su madre, Hans confirma de la manera más flagrante y palpable todo cuanto yo he afirmado, en *La interpretación de los sueños*[8] y en *Tres ensayos de teoría sexual*,[9] sobre los vínculos sexuales de los hijos con sus progenitores. El es realmente un pequeño Edipo que querría tener a su padre «fuera» {«*weg*»}, eliminado, para poder estar solo con la bella madre, dormir con ella. Este deseo nació en aquella residencia veraniega, cuando las alternancias de ausencia y presencia del padre le señalaron la condición a la que se ligaba la ansiada intimidad con la madre. Entonces se contentó con la versión de que ojalá el padre «partiera de viaje» {«*wegfahren*»}, a lo cual más tarde, merced a una impresión accidental provocada por otra partida,[10] pudo anudarse de inmediato la angustia de ser mordido por un caballo blanco. Luego, por vez primera probablemente en Viena, donde ya no se podía contar con la partida de viaje del padre, se elevó hasta el contenido de que ojalá el padre estuviera fuera de manera permanente,

* {La expresión «*bei jemandem schlafen*», «acostarse con alguien», tiene en alemán la connotación de mantener una relación sexual, que el giro castellano sugiere.}

7 [Moll, 1898. Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905*d*), *AE*, **7**, pág. 154, *n.* 53.]

8 [(1900*a*), *AE*, **4**, págs. 258 y sigs.]

9 [(1905*d*), *AE*, **7**, págs. 203 y sigs.]

10 [En las ediciones anteriores a 1924 se leía aquí «provocada por la partida de otro padre». No obstante, del relato original del episodio en pág. 26, así como de la referencia que se hace a él en pág. 39, parece inferirse que la única que partía era Lizzi. Por ello las correcciones en este lugar y en pág. 97.]

estuviera «muerto». La angustia ante el padre, surgida de ese deseo de muerte contra él —una angustia, entonces, de motivación normal—, constituyó el máximo obstáculo del análisis hasta que fue eliminada en la declaración en mi consultorio [págs. 36-7].[11]

Ahora bien, nuestro Hans no es en verdad un malvado, ni siquiera un niño en quien sigan desplegándose, desinhibidas, las inclinaciones crueles y violentas de la naturaleza humana. Al contrario, su índole es de una ternura y bonhomía fuera de lo corriente; el padre ha apuntado que la mudanza de la inclinación agresiva en compasión se consumó muy temprano en él. Largo tiempo antes de la fobia, se intranquilizaba cuando veía que les pegaban a los caballos de calesita, y no permanecía indiferente cuando alguien lloraba en su presencia. En un lugar del análisis, y dentro de cierto nexo, sale a la luz un fragmento de sadismo sofocado en él;[12] pero estaba sofocado, y luego habremos de colegir, desde su nexo, aquello de lo cual hacía las veces y que estaba destinado a sustituir. Además, Hans ama a ese mismo padre por quien alimenta deseos de muerte; y al par que su inteligencia objeta esta contradicción,[13] no puede evitar el dar testimonio de su existencia pegándole al padre y besando enseguida el lugar donde le pegó [pág. 37*n.*]. Y guardémonos de hallar chocante esta contradicción; de tales pares de opuestos se compone la vida de sentimientos de todos los hombres;[14] más todavía: acaso nunca se llegara a la represión y a la neurosis si no fuera así. Estos opuestos de sentimiento, que al adulto por lo común sólo le devienen concientes de manera simultánea en la cima de la pasión amorosa, y de ordinario se suelen sofocar recíprocamente hasta que uno de ellos consigue mantener encubierto al otro, hallan durante todo un lapso en la vida anímica del niño un espacio de pacífica convivencia.

Para el desarrollo psicosexual de nuestro joven revistió la máxima significación el nacimiento de una hermanita

[11] Es seguro que las dos ocurrencias de Hans, «jugo de frambuesas» y «fusil para disparar» [pág. 33], no han de estar determinadas en forma unilateral. Probablemente tengan tanto que ver con el odio al padre como con el complejo del estreñimiento. El padre, quien llega a colegir esto último [pág. 82], piensa, a raíz de «jugo de frambuesas», también en «sangre».

[12] Su querer pegar a los caballos y embromarlos [págs. 66-7].

[13] Véanse las preguntas críticas al padre (pág. 38).

[14] «Yo no soy un ingenioso libro de ficción. / Soy un hombre con su contradicción». C. F. Meyer, *Huttens letzte Tage* [XXVI, «Homo Sum»; Freud cita estos mismos versos en su carta a Fliess del 19 de febrero de 1899 (Freud, 1950*a*, Carta 105)].

cuando él tenía 3½ años de edad. Este suceso exacerbó sus vínculos con los padres, propuso a su pensar unas tareas insolubles, y su condición de espectador de los cuidados de la crianza le reanimó, luego, las huellas mnémicas de sus propias vivencias de placer, las más tempranas. También este influjo es típico; en un número inesperadamente grande de biografías y de historiales clínicos es preciso tomar como punto de partida ese reavivamiento del placer y del apetito de saber sexuales anudado al nacimiento del siguiente hijo. La conducta de Hans hacia la recién venida es la descrita en *La interpretación de los sueños*.[15] Pocos días después, en medio de un estado febril, deja traslucir cuán poco de acuerdo está con ese aumento de su familia [pág. 11]. Aquí lo que precede en el tiempo es la hostilidad, aunque pueda sucederla la ternura.[16] La angustia de que venga un hijo más tiene desde entonces un sitio en su pensar conciente. En la neurosis, la hostilidad ya sofocada es subrogada por una angustia particular: la angustia a la bañera [pág. 56]; en el análisis expresa sin disfraz su deseo de muerte contra la hermana, y no en meras alusiones que el padre tuviera que completar. Este deseo no se le aparece tan enojoso a su autocrítica como el análogo contra el padre; pero es evidente que ha tratado a ambas personas de igual modo en lo inconciente porque las dos le quitan a la mami, lo perturban en su estar solo con ella.

Este suceso, y los avivamientos enlazados con él, imprimieron además una dirección nueva a su desear. En su fantasía triunfante del final [pág. 80], extrae la suma de todas sus mociones eróticas de deseo, las que provienen de la fase autoerótica y las entramadas con el amor de objeto. Está casado con su bella madre y tiene innumerables hijos a quienes puede cuidar a su manera.

2

Un día, por la calle, Hans enferma de angustia: aún no puede decir de qué tiene miedo, pero al comienzo de su estado de angustia deja traslucir al padre el motivo de su condición de enfermo, la ganancia de la enfermedad.[17] Quie-

15 [(1900*a*), *AE*, **4**, págs. 260-1.]

16 Véanse sus designios para cuando la pequeña hable (pág. 61).

17 [La «ganancia de la enfermedad» se examina con amplitud en la 24ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 348-50.]

re permanecer junto a la madre, hacerse cumplidos con ella; acaso, como opina el padre [pág. 80], contribuya a esta añoranza el recuerdo de haber estado separado de ella cuando vino la niña. Pronto se revela que esta angustia ya no puede retraducirse en añoranza: también tiene miedo cuando la madre va con él. Entretanto recogemos indicios de aquello en lo cual se ha fijado la libido devenida angustia. Exterioriza el miedo, totalmente especializado, de que un caballo blanco lo morderá.

Llamamos «fobia» a un estado patológico como este, y podríamos incluir el caso de nuestro pequeño en la agorafobia si esta última afección no se singularizara por el hecho de que la compañía de cierta persona escogida al efecto, el médico en el caso extremo, vuelve fácilmente posible la operación en el espacio donde ella es de ordinario imposible. La fobia de Hans no obedece a tal condición, pronto prescinde del espacio y toma, cada vez con mayor claridad, al caballo como objeto; en los primeros días exterioriza, en el apogeo del estado de angustia, el temor: «El caballo entrará en la pieza» [pág. 22], que tanto me facilitó entender su angustia.

La posición de las «fobias» dentro del sistema de las neurosis sigue indeterminada hasta hoy. Parece seguro que corresponde ver en ellas meros síndromes que pueden pertenecer a diversas neurosis, y no hace falta adjudicarles el valor de unos procesos patológicos particulares. Para fobias como la de nuestro pequeño paciente, sin duda el tipo más común, no considero inadecuada la designación «histeria de angustia»; se la propuse al doctor W. Stekel cuando emprendió la exposición de los estados neuróticos de angustia (1908),[18] y espero que adquiera carta de ciudadanía. Ella se justifica por el pleno acuerdo entre el mecanismo psíquico de estas fobias y el de la histeria, salvo en un punto, pero un punto decisivo y apto para establecer la separación. Y es este: la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es *convertida*, no es aplicada, saliendo de lo anímico, en una inervación corporal, sino que se libera como angustia. En los casos clínicos reales, la «histeria de angustia» puede contaminarse en variable medida con la «histeria de conversión». Hay, por cierto, una histeria de conversión pura, sin ninguna angustia, así como una mera histeria de angustia que se exterioriza en sensaciones de angustia y fobias, sin suplemento de conversión; un caso de esta última variedad es el de nuestro pequeño Hans.

18 [Freud escribió un prefacio para la primera edición de este libro (Freud, 1908*f*).]

Las histerias de angustia son las más frecuentes entre las psiconeurosis, pero sobre todo son las que aparecen más temprano en la vida: son, directamente, las neurosis de la época infantil. Por ejemplo, si una madre refiere que su hijo es muy «nervioso», en nueve sobre diez casos se puede dar por sentado que el niño tiene alguna clase de angustia o muchos fenómenos angustiosos al mismo tiempo. Por desgracia, todavía no se ha estudiado suficientemente el mecanismo más fino de la contracción de estas enfermedades tan significativas; aún no se ha establecido si la histeria de angustia, a diferencia de la histeria de conversión y de otras neurosis, tiene su condición única[19] en factores constitucionales o en el vivenciar accidental, o en qué unión de ambos se encuentra.[20] A mi parecer, es aquella contracción de neurosis que menos títulos reclama a una constitución particular y, en consonancia con ello, puede ser adquirida en la mencionada época de la vida con la mayor facilidad.

Es sencillo poner de relieve un carácter esencial de las histerias de angustia. Se desarrollan cada vez más como una «fobia» y, al final, el enfermo puede quedar liberado de angustia, pero sólo a costa de unas inhibiciones y limitaciones a que se ha visto forzado a someterse. En la histeria de angustia hay un trabajo psíquico, que es incesante desde el comienzo de ella, para volver a ligar psíquicamente la angustia liberada. Pero ese trabajo no puede conseguir la reversión de la angustia a libido ni anudarse a los mismos complejos de los cuales proviene la libido. No le queda más alternativa que bloquear cada una de las ocasiones posibles para el desarrollo de angustia mediante unos parapetos {*Vorbau*} psíquicos de la índole de una precaución, una inhibición, una prohibición; y son estas construcciones protectoras las que se nos aparecen como fobias y constituyen para nuestra percepción la esencia de la enfermedad.

Es lícito decir que el tratamiento de la histeria de angustia ha sido hasta ahora puramente negativo. La experiencia

19 [Esta palabra fue agregada en 1924, sin duda para aclarar la oración.]

20 (*Nota agregada* en 1923:) El problema aquí planteado no ha sido objeto de ulterior estudio. Pero no hay razón alguna para suponer, respecto de la histeria de angustia, una excepción a la regla según la cual en la etiología de una neurosis es preciso que cooperen la disposición {constitucional} y el vivenciar. Particular luz sobre la predisposición a la histeria de angustia, tan intensa en la niñez, parece echar la concepción de Rank acerca del efecto del trauma del nacimiento. [Véase, sin embargo, la posterior crítica de Freud a esta tesis de Rank en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 128-9.]

ha enseñado que es imposible, y aun peligroso en ciertas circunstancias, procurar la curación de la fobia de manera violenta, poniendo al enfermo en una situación en la que no pueda menos que atravesar por el desprendimiento de angustia después que uno le sustrajo su cobertura. Así sólo se consigue que en el aprieto busque protección donde él crea hallarla, y que se le testimonie inútil desprecio a causa de su «inconcebible cobardía».

Para los padres de nuestro pequeño paciente fue cosa establecida, desde el comienzo de la enfermedad, que no era lícito burlarse de él ni maltratarlo, sino que se debía buscar el acceso hasta sus deseos reprimidos por un camino psicoanalítico. El éxito coronó el extraordinario empeño de su padre, cuyas comunicaciones nos darán oportunidad para penetrar en la ensambladura de una fobia así, y para seguir el camino del análisis emprendido a raíz de ella.

No me parece improbable que, debido a su extensión y prolijidad, el análisis se haya vuelto algo oscuro para el lector. Por eso repetiré, abreviando, su trayectoria, con omisión de todos los detalles accesorios perturbadores y poniendo de relieve los resultados que se pueden discernir paso a paso.

Nos enteramos, ante todo, de que el estallido del estado de angustia no fue tan repentino como parecía a primera vista. Días antes el niño había despertado de un sueño de angustia cuyo contenido era que la mamá había partido y ahora no tenía ninguna mamá para hacer cumplidos [pág. 22]. Ya este sueño apunta a un proceso represivo de seria intensidad. Su esclarecimiento no puede ser, como en tantos otros sueños de angustia, que el niño sintió angustia en el sueño desde alguna fuente somática y entonces la aprovechó para cumplir un deseo de lo inconciente, un deseo intensamente reprimido de ordinario,[21] sino que este es un genuino sueño de castigo y represión, en el cual, además, fracasa la función del sueño, puesto que el niño despierta con angustia de su dormir. El proceso habido en lo inconciente se puede reconstruir con facilidad. El niño ha soñado sobre ternuras con su madre, sobre dormir con ella; todo placer se ha mudado en angustia y todo contenido de representación se ha mudado en su contrario. La represión ha obtenido la victoria sobre el mecanismo del sueño.

Ahora bien, los comienzos de esta situación psicológica

[21] Véase mi obra *La interpretación de los sueños* [(1900*a*), *AE*, **4**, pág. 248].

se remontan todavía más atrás. Ya en el verano hubo parecidos talantes de añoranza y angustia, en los que exteriorizó cosas de ese tenor, y que entonces le aportaron la ventaja de ser tomado por la madre en la cama. Desde esta época, más o menos, *tendríamos derecho a suponer la existencia* en Hans de una excitación sexual acrecentada, cuyo objeto es la madre, cuya intensidad se exterioriza en dos intentos de seducir a esta [págs. 18 y 22] —el último fue muy poco anterior al estallido de la angustia—, y que, junto a ello, se aligera cada anochecer en una satisfacción masturbatoria. Que luego el vuelco de esta excitación se haya consumado de manera espontánea, o a consecuencia del rechazo de la madre, o por el despertar contingente de impresiones anteriores a raíz del «ocasionamiento» de la enfermedad, que averiguaremos después: he ahí algo no resuelto, pero también indiferente, pues esos tres diversos casos no pueden concebirse como unos opuestos. El hecho es el vuelco de la excitación sexual en angustia.

Ya nos hemos enterado de la conducta del niño en el primer período de la angustia, y también del primer contenido que él dio a su angustia; rezaba: «Un caballo me morderá». Ahora bien, aquí sobreviene la primera injerencia de la terapia. Los padres señalan que la angustia sería consecuencia de la masturbación, y lo orientan para deshabituarlo de ella [pág. 23]. Yo pongo cuidado en que se destaque con energía ante él la ternura hacia la madre, que él querría permutar por la angustia a los caballos [pág. 25]. Una ínfima mejoría tras este primer influjo se arruina pronto durante un período de enfermedad física. El estado permanece inmutable. Poco después, Hans halla que el miedo a que lo muerda un caballo deriva de la reminiscencia de una impresión de Gmunden [pág. 26]. Un padre advirtió entonces a su hija, que partía de viaje:[22] «No le pases el dedo al caballo; de lo contrario te morderá». El texto con que Hans viste la advertencia del padre recuerda a la versión textual de la advertencia contra el onanismo (no pasar el dedo). Así, al comienzo parece que los padres tienen razón cuando dicen que Hans se aterra de su satisfacción onanista. Sin embargo, la trama es todavía laxa y el caballo parece haber entrado por casualidad en su papel terrorífico.

Yo había exteriorizado la conjetura de que su deseo reprimido podría rezar ahora: «Yo quiero a toda costa ver el hace-pipí de la madre». Como su comportamiento hacia una

[22] [Antes de 1924 se leía en este lugar: «Un padre que partía de viaje dijo entonces a su hija». (Cf. pág. 91, *n*. 10.)]

doméstica recién contratada está en armonía con ello, el padre le imparte el primer esclarecimiento: las señoras no tienen ningún hace-pipí [pág. 28]. El reacciona a este primer auxilio comunicando una fantasía: ha visto cómo la mamá le enseñaba su hace-pipí.[23] Esta fantasía, y una acotación suya expresada en la plática, a saber, que su hace-pipí ya estaba crecido, permiten una primera visión de sus ilaciones inconcientes de pensamiento. El estaba realmente bajo la impresión, de efecto retardado {*nachträglich*}, de la amenaza de castración de la madre, ocurrida 1¼ año antes [pág. 9], puesto que la fantasía de que la madre hace lo mismo, la habitual «retorsión» de los niños inculpados, está destinada a servirle de aligeramiento; es una fantasía de protección y defensa. No obstante, no podemos sino decirnos que fueron los padres quienes, a partir del material patógeno eficaz en Hans, recogieron el tema de su quehacer con el hace-pipí. En esto él les ha obedecido, pero sin intervenir con aportes espontáneos dentro del análisis. Y no se observa un éxito terapéutico. El análisis está muy lejos de los caballos, y la comunicación de que las señoras no tienen ningún hace-pipí es más bien apta, por su contenido, para acrecentar la inquietud por la conservación de su propio hace-pipí.

Pero nosotros no aspiramos al éxito terapéutico en primer lugar; queremos poner al enfermo en condiciones de asir concientemente sus mociones inconcientes de deseo. Lo conseguimos en tanto, fundados en las indicaciones que él nos hace, y por medio de nuestro arte interpretativo, llevamos el complejo inconciente ante su conciencia *con nuestras palabras*. El fragmento de semejanza entre lo que él ha escuchado y lo que busca, eso que quiere irrumpir por sí mismo hasta su conciencia desafiando todas las resistencias, lo habilita para descubrir lo inconciente. El médico se le anticipa un trecho en el entendimiento; el paciente lo alcanza por sus propios caminos, hasta que se encuentran en la meta marcada. Los principiantes en el psicoanálisis suelen fusionar estos dos momentos y consideran que el punto temporal en que ellos toman noticia de un complejo inconciente del enfermo es también aquel en que el enfermo lo aprehende. Esperan demasiado cuando quieren sanar al enfermo comunicándole ese discernimiento, siendo que en verdad él sólo puede aplicar lo comunicado para descubrir el complejo in-

[23] Por el contexto, cabe completar: «...y se lo tocaba» (pág. 28). En efecto, él no puede mostrar su hace-pipí sin tocarlo. [Esta nota fue agregada en 1924. Con anterioridad, el texto decía: «...cómo la mamá se tocaba su hace-pipí».]

conciente *ahí donde está anclado* en su inconciente.[24] Pues bien, un primer éxito de esta índole obtuvimos en Hans. Ahora, tras haber dominado parcialmente el complejo de castración, es capaz de comunicar sus deseos hacia su madre, y lo hace, en forma todavía desfigurada, por medio de la *fantasía de las dos jirafas*, una de las cuales grita infructuosamente porque él toma posesión de la otra [pág. 32]. Figura esa toma de posesión con la imagen de sentarse encima. El padre discierne en esta fantasía una reproducción de una escena que se ha desarrollado a las mañanas en el dormitorio entre los padres y el niño, y no omite quitarle al deseo la desfiguración aún adherida a él. El padre y la madre son las dos jirafas. La vestidura en la fantasía de las jirafas está suficientemente determinada por la visita a estos grandes animales en Schönbrunn pocos días antes, por el dibujo de una jirafa que el padre ha conservado de una época anterior, y quizá también por una comparación inconciente anudada al cuello largo y rígido de la jirafa.[25] Notamos que la jirafa, como animal grande e interesante por su hace-pipí, habría podido ser una competidora de los caballos en su papel angustiante; además, que ambos, padre y madre, son presentados como jirafas, lo cual proporciona un indicio, no aprovechado por el momento, para la interpretación de los caballos de la angustia.

Dos fantasías menores, presentadas por Hans inmediatamente después de la invención* de las jirafas, a saber, que en el zoológico se mete en un recinto prohibido, y que hace añicos una ventanilla en el ferrocarril metropolitano [págs. 35-6], fantasías ambas en que se destaca lo punible de la acción y el padre aparece como cómplice, se sustraen por desgracia a la interpretación del padre. Por eso su comunicación no es de ninguna utilidad para Hans. Pero lo que así ha permanecido incomprendido regresa; como un espíritu no redimido, no se apacigua hasta recibir la solución y la redención.

No nos depara dificultad alguna entender estas dos fantasías de delito. Pertenecen al complejo de tomar posesión

[24] [Este tema fue examinado por Freud con mayor detenimiento en «Sobre la iniciación del tratamiento» (1913*c*), *AE*, **12**, págs. 141-3, y más brevemente en «Sobre el psicoanálisis "silvestre"» (1910*k*), *AE*, **11**, pág. 225. Véase también «Lo inconciente» (1915*e*), *AE*, **14**, págs. 171-2.]

[25] Concuerda con ello la posterior admiración de Hans por el cuello de su padre. [Esta es probablemente una condensación de los episodios mencionados en págs. 35 y 46.]

* {«*Dichtung*»; también «creación poética».}

de la madre. En el niño pugna como una vislumbre de algo que él podría hacer con la madre, algo con lo cual se consumaría la toma de posesión, y para eso inasible él encuentra ciertas subrogaciones figurales que tienen en común lo violento, lo prohibido, y cuyo contenido nos parece concordar asombrosamente bien con la efectividad {*Wirklichkeit*} oculta. Sólo podemos decir que son fantasías simbólicas de coito, y en modo alguno es cosa accesoria la complicidad del padre: «Me gustaría hacer algo con la mamá, algo prohibido, no sé qué, pero sé que tú lo haces».

La fantasía de las jirafas me había reforzado en un convencimiento ya iniciado en mí a raíz de la manifestación del pequeño Hans: «El caballo entrará en la pieza» [pág. 22], y me pareció el momento justo para comunicarle un elemento de sus mociones inconcientes, que era esencial postular: él sentía angustia ante el padre a causa de sus deseos celosos y hostiles contra este. Con ello le había interpretado parcialmente la angustia frente a los caballos; el padre debía de ser el caballo a quien, con buen fundamento interior, le tenía miedo. Ciertos detalles, lo negro en la boca y lo que llevaban ante los ojos (bigote y gafas como privilegios del varón adulto), por los cuales Hans exteriorizaba angustia, me parecieron directamente trasladados del padre al caballo [pág. 36].

Con este esclarecimiento yo había eliminado en Hans la más eficaz resistencia a hacerse concientes los pensamientos inconcientes, siendo que su propio padre era quien desempeñaba el papel de médico ante él. A partir de ese momento quedó atrás lo peor de su estado, el material fluyó con abundancia, el pequeño paciente mostró coraje para comunicar los detalles de su fobia y pronto pasó a intervenir de manera autónoma en el decurso del análisis.[26]

Sólo ahora nos enteramos de los objetos e impresiones ante los cuales Hans tiene angustia. No sólo ante caballos

[26] En los análisis que el médico emprende con extraños, la angustia ante el padre desempeña sin duda uno de los papeles más sustantivos como resistencia a reproducir el material patógeno inconciente. Las resistencias son en parte de la naturaleza de los «motivos» [estereotipados]; y además, como en el presente ejemplo, una pieza del material inconciente está habilitada por su *contenido* a inhibir la reproducción de otra pieza. [Estas dos últimas oraciones resultaron oscuras a los traductores de esta obra al inglés {Alix y James Strachey}, quienes así se lo manifestaron a Freud; por indicación de este, fueron eliminadas de la versión inglesa en 1925. El problema sobre el que versa esta nota parece ser análogo al del carácter innato de las «fantasías primordiales». Cf. *supra*, pág. 9, *n.* 4, y Freud (1909*d*), *infra*, págs. 162-3*n*.]

que lo muerdan —de esto pronto no se hablará más—, sino ante carruajes, carros mudanceros y diligencias, cuyo rasgo común, según se averiguó enseguida, era su carga pesada; además, ante caballos que se ponen en movimiento, caballos de aspecto grande y pesado, caballos que viajan rápido. El propio Hans proporciona el sentido de estas estipulaciones; le angustia que los caballos *se tumben* y convierte en contenido de su fobia a todo cuanto parezca facilitar este tumbarse los caballos [pág. 40].

No es raro que sólo tras un trecho de empeño psicoanalítico uno se entere del genuino contenido de una fobia, del texto correcto de un impulso obsesivo, etc. La represión no sólo alcanzó los complejos inconcientes; ella no cesa, y se dirige también de continuo contra sus retoños, impidiendo al enfermo percibir sus productos patológicos como tales. Esto nos pone, como médicos, en la rara situación de tener que ayudar a la enfermedad para conseguir que se le preste atención,[27] pero únicamente quien desconozca por completo la índole del psicoanálisis destacará esta fase del empeño y supondrá que a causa de ella el análisis inferiría un daño. La verdad es que no se puede ahorcar a nadie si antes no se lo ha atrapado, y que es menester algún trabajo para echar mano a las formaciones patológicas que uno quiere destruir.

Ya en las glosas con que he acompañado al historial clínico señalé [pág. 44] que es muy instructivo ahondar de tal suerte en los detalles de una fobia y recoger la impresión cierta de que la referencia de la angustia a sus objetos se establece secundariamente. De ahí la naturaleza de las fobias, tan curiosamente difusa y, por otro lado, de tan riguroso condicionamiento.[28] Es manifiesto que nuestro pequeño paciente ha reunido el material para estas soluciones especiales a partir de las impresiones que día tras día puede tener ante sus ojos a consecuencia de la ubicación de su vivienda, frente a la Aduana. Por lo demás, en este contexto deja traslucir una moción, ahora inhibida por la angustia, de jugar, como lo hacen los chicos de la calle, con la carga de los carruajes, con equipajes, toneles y cestas.

En este estadio del análisis él redescubre la vivencia, en sí no sustantiva, que antecedió al estallido de la enfermedad y que es lícito considerar como su ocasionamiento. Iba de

[27] [Lo mismo sucede en el caso de la neurosis obsesiva; cf. Freud (1909*d*), *infra*, pág. 174.]

[28] [Este punto es tratado con mayor extensión por Freud, dentro de un examen de los «sistemas», en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 99-100.]

paseo con la mamá y vio a un caballo de diligencia tumbarse y patalear [pág. 43]. Esto le causó una gran impresión. Se aterrorizó mucho, creyó que el caballo estaba muerto; a partir de entonces, todos los caballos se tumbarían. El padre le señala que a raíz del caballo caído no pudo menos que pensar en él, en el padre, y desear que se cayese y quedase muerto. Hans no se revuelve contra esta interpretación; un rato después la acepta mediante un juego que él escenifica: muerde al padre —la identificación del padre con el caballo temido [pág. 45]— y desde entonces se conduce frente a su padre sin trabas ni miedo, y aun con un poco de arrogancia. Empero, la angustia ante los caballos perdura, y todavía no está claro el encadenamiento a consecuencia del cual el caballo que cae remueve sus deseos inconcientes.

Resumamos lo obtenido hasta aquí: tras la angustia primero exteriorizada, la de que el caballo lo morderá, se ha descubierto en un plano más hondo la angustia de que los caballos se tumbarán, y ambos, el caballo que muerde y el que se cae, son el padre que habrá de castigarlo por alimentar él tan malos deseos contra este. De la madre, entretanto, nos hemos apartado en el análisis.

En este punto, de manera totalmente inesperada, y por cierto sin contribución del padre, Hans empieza a ocuparse del «complejo del *Lumpf*» y a mostrar asco ante cosas que le recuerdan la evacuación del intestino [pág. 47]. El padre, que ahí lo acompaña sólo a regañadientes, prosigue en medio de ello el análisis por donde él quería conducirlo, y lleva a Hans hasta el recuerdo de una vivencia en Gmunden, cuya impresión se escondía tras aquel caballo de diligencia que se cayó. Fritzl, su compañero de juegos preferido, quizá también su competidor frente a las numerosas compañeritas, había tropezado con una piedra en el juego del caballo, se había tumbado, y el pie le sangró [pág. 50]. A este accidente le había hecho acordar la vivencia con el caballo de diligencia caído. Es notable que Hans, en ese tiempo ocupado en otras cosas, primero desconociera ese tumbo de Fritzl, que establece el nexo, y sólo lo admitiera en un estadio posterior del análisis [pág. 69]. Sin embargo, para nosotros quizá sea interesante destacar cómo la mudanza de libido en angustia se ha proyectado sobre el objeto principal de la fobia, el caballo. Los caballos eran para él los animales grandes más interesantes, y el juego al caballo, el preferido con sus compañeritos. La conjetura de que el padre le hubiera servido primero de caballo es corroborada mediante una inquisición al padre, y así, a raíz del accidente en Gmunden, fue posible que la persona del padre sustituyera a la de Fritzl.

Ahora bien, fue tras el ímpetu subvirtiente represivo {*Verdrängungsumschwung*} cuando él se vio precisado a tener miedo a los caballos, a los cuales antes anudaba tanto placer.

Pero ya dijimos que debemos a la intervención del padre este último y sustantivo esclarecimiento sobre la eficacia de la ocasión de la enfermedad. Hans persevera en sus intereses por el *Lumpf*, y al fin tenemos que seguirlo hasta allí. Nos enteramos de que antes solía imponérsele a la madre como acompañante en el baño [págs. 53-4], y lo repitió con la subrogada de esta en aquel tiempo, su amiga Berta, hasta que ello fue notorio y se lo prohibieron [págs. 51-2]. El placer de ser espectador de los desempeños de una persona amada corresponde también a un «entrelazamiento pulsional», de lo cual ya hemos anotado un ejemplo en Hans [pág. 88]. Al fin, también el padre entra en el simbolismo del *Lumpf*, y reconoce una analogía entre un carro muy cargado y un cuerpo cargado de excrementos, y el modo en que el carro sale fuera del portón y aquel en que las heces abandonan el vientre, etc. [págs. 55 y 57].

Anotemos que la posición de Hans dentro del análisis ha variado esencialmente respecto de estadios anteriores. Si antes el padre podía predecirle lo que vendría, hasta que Hans, siguiendo esa indicación, se le reunía desde retaguardia, ahora él se anticipa con paso seguro y el padre lo sigue con trabajo. Hans presenta, como separada de toda mediación, una nueva fantasía: El mecánico o instalador ha destornillado la bañera dentro de la cual Hans se encuentra, y luego le ha metido en la panza su gran taladro [pág. 55]. A partir de aquí, nuestro entendimiento se rezaga respecto del material. Sólo después podemos colegir que esta es la refundición, desfigurada por la angustia, de una *fantasía de procreación*. La bañera grande, en cuyo interior Hans está sentado en el agua, es el seno materno; el «taladro» {*«Bohrer»*}, que ya el padre reconoce como un gran pene, debe su mención al ser-parido {*Geborenwerden*}. Sonaría muy asombroso, desde luego, si diéramos esta interpretación a la fantasía: «Con tu gran pene me has "taladrado" {"*gebohrt*"} (hecho nacer {*zur Geburt gebracht*}) y metido dentro del seno materno». Pero provisionalmente la fantasía escapa a la interpretación y sólo sirve a Hans como anudamiento para proseguir sus comunicaciones.

Hans muestra una angustia, también compuesta, a ser bañado en la bañera grande [pág. 56]. Una parte se nos escapa todavía; la otra se esclarece pronto por una referencia al baño de la hermanita. Hans admite el deseo de que la madre deje caer a la pequeña en el baño, para que se

muera [pág. 61]; su propia angustia al baño era una angustia a la retribución por este mal deseo, al castigo que le aparejaría. Abandona ahora el tema del *Lumpf*, y pasa inmediatamente al de la hermanita. Nosotros podemos vislumbrar qué significa esa secuencia: no otra cosa, sino que la propia pequeña Hanna es un *Lumpf*, todos los niños son *Lumpf* y son paridos como *Lumpf*. Ahora comprendemos que todos los carros mudanceros, diligencias y carros de carga sean sólo carruajes de cesta de cigüeña, que le interesen sólo como subrogaciones simbólicas de la gravidez, y que en el tumbarse los caballos pesados, o con pesada carga, no pueda ver sino... un alumbramiento, un parto {*niederkommen*}.[29] Por tanto, el caballo que cae no era sólo el padre que muere; también, la madre en el parto.

Y ahora Hans nos depara la sorpresa para la cual, de hecho, no estábamos preparados. Ha notado la gravidez de la madre, que culminó con el nacimiento de la pequeña cuando él tenía 3½ años, y, al menos después del alumbramiento, se ha construido el correcto estado de cosas, quizá sin poderlo exteriorizar; en aquel momento sólo se observó que apenas producido el parto tuvo un comportamiento harto escéptico frente a todos los signos destinados a indicar la presencia de la cigüeña [pág. 11]. *Pero que en lo inconciente, y en total oposición a sus dichos oficiales, ha sabido de dónde vino la niña y dónde moraba antes*, he ahí algo evidenciado fuera de toda duda por este análisis; es quizá su pieza más inconmovible.

La prueba convincente de esto nos la proporciona la fantasía, mantenida con obstinación y adornada con tantos detalles, sobre cómo Hanna ya estuvo con ellos en Gmunden el verano anterior a su nacimiento, cómo viajó y era entonces capaz de logros mucho mayores que un año después, cuando ya había nacido [págs. 58 y sigs.]. La desenvoltura con que Hans presenta esta fantasía, las innumerables y locas mentiras que le entreteje, en modo alguno carecen de sentido; todo eso está destinado a servirle de venganza sobre el padre, a quien guarda inquina por engañarle con el cuento de la cigüeña. Es como si quisiera decir: «Si me has supuesto tan tonto instándome a creer que la cigüeña trajo a Hanna, yo puedo pedirte que tengas por verdaderos mis inventos». Y en un nexo trasparente con ese acto de venganza del pequeño investigador sobre su padre se alinea la fantasía de em-

[29] [Cf. pág. 80*n*. — Este particular simbolismo fue también considerado en «Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*» (1917*b*), *AE*, **17**, pág. 149.]

bromar y pegar a los caballos [págs. 66-7]. También ella es de articulación doble; por un lado se apuntala en lo que acaba de hacer, embromarlo al padre, y por el otro devuelve aquellas oscuras concupiscencias sádicas contra la madre que se habían exteriorizado en las fantasías, no comprendidas al comienzo por nosotros, del obrar prohibido. Además, concientemente confiesa el placer de pegarle a la mami [pág. 68].

Ahora ya no tenemos muchos enigmas por delante. Una oscura fantasía de perder el tren [pág. 68] parece ser preanuncio de la posterior colocación del padre junto a la abuela en Lainz, puesto que se refiere a un viaje a Lainz en el cual aparece la abuela. Otra fantasía, en la que un muchacho entrega al guarda 50.000 florines para que lo deje viajar con el carrito [pág. 70], suena casi como un plan para comprarle la madre al padre, pues la fuerza de este último reside en parte en su riqueza. Luego confiesa el deseo de eliminar al padre, así como el fundamento de ese deseo —le perturba su intimidad con la madre—, con una franqueza de que no había hecho gala hasta ese momento [pág. 69]. No tenemos derecho a asombrarnos de que las mismas mociones de deseo se presenten repetidas veces en el curso del análisis; en efecto, la monotonía nace de las interpretaciones anudadas; para Hans no son meras repeticiones, sino desarrollos que progresan de la indicación tímida a la claridad con plena conciencia y exenta de cualquier desfiguración.

Lo que resta son unas confirmaciones, originadas en Hans, de los resultados analíticos ya certificados para nuestra interpretación. En una acción sintomática que él apenas disfraza ante la sirvienta, no ante el padre, muestra cómo se representa un nacimiento [págs. 70-1]; pero si la consideramos con mayor detalle, muestra aún más, señala algo que en el análisis ya no obtendrá expresión en el lenguaje. A través de un agujero redondo en el cuerpo de goma de una muñeca introduce un cuchillito que pertenece a la mamá, y luego lo deja caer separándole las piernas. El esclarecimiento que los padres le dieron subsiguientemente [pág. 73], a saber, que los niños en verdad crecen en el vientre de la madre y son sacados como un *Lumpf*, llega demasiado tarde; nada nuevo puede decirle. Mediante otra acción sintomática, que se produce como por azar, admite haberle deseado la muerte al padre: hace tumbarse un caballo con el que juega, vale decir lo voltea, en el momento en que el padre le habla de ese deseo de muerte [pág. 74]. Con palabras, refrenda que los carros con carga pesada le representaban la gravidez de la madre [pág. 76], y que el tumbarse del caballo era

como si uno tuviera un hijo. La corroboración más preciosa dentro de este nexo, la prueba de que los hijos son «*Lumpf*» mediante la invención del nombre «Lodi» para su hijo preferido, llega sólo con demora a nuestra noticia, pues nos enteramos de que desde mucho tiempo atrás jugaba con ese hijo-salchicha [pág. 78].[30]

Ya hemos apreciado las dos fantasías conclusivas de Hans, aquellas con las cuales se da cima a su restablecimiento. Una, la del instalador que le coloca un hace-pipí nuevo y, como colige el padre, más grande [pág. 81], no es la mera repetición de la anterior que se ocupaba del instalador y la bañera; es una fantasía de deseo triunfante y contiene la superación de la angustia de castración. La segunda fantasía, que confiesa el deseo de estar casado con la madre y tener con ella muchos hijos [pág. 80], no agota meramente el contenido de aquellos complejos inconcientes que habían sido tocados y habían desarrollado angustia a la vista del caballo que caía: también corrige lo que en aquellos pensamientos era lisa y llanamente inaceptable, puesto que, en vez de matar al padre, lo vuelve inofensivo elevándolo a la condición de marido de la abuela. Mediante esta fantasía concluyen, con justo título, la enfermedad y el análisis.

Durante el análisis de un caso clínico no se puede obtener una impresión intuible sobre la estructura y el desarrollo de la neurosis. Ello incumbe a un trabajo de síntesis que se debe emprender después. Si en el caso de la fobia de nuestro pequeño Hans abordamos esa síntesis, la enlazaremos con el cuadro de su constitución, sus deseos sexuales rectores y sus vivencias hasta el nacimiento de la hermana, que hemos dado en páginas anteriores de este ensayo.

La llegada de esta hermana le aparejó muchas cosas que desde entonces no lo dejaron tranquilo. En primer lugar, un poco de privación; al comienzo, una separación temporaria de la madre, y luego, una disminución duradera de sus cuidados y atención, que tuvo que acostumbrarse a compartir con la hermana. En segundo lugar, una reanimación de sus vivencias placenteras en la crianza, provocada por todo lo que veía hacer a su madre con la hermanita. De ambos in-

[30] Una ocurrencia, que en un primer momento provoca extrañeza, del genial dibujante T. T. Heine halla su reconducción a una fuente infantil mediante el episodio «Lodi» de nuestro análisis. Heine figura en una página de *Simplicissimus* cómo el hijo del chacinero cae en la máquina de hacer salchichas, y luego los padres lo lloran como salchichita, es bendecido y se va al cielo.

flujos resultó un acrecentamiento de su necesidad erótica, que empezó a sufrir una falta de satisfacción. De la pérdida que la hermana le había acarreado se resarció mediante la fantasía de que él mismo tenía nenes, y mientras en Gmunden (en su segunda estadía)[31] pudo jugar realmente con estos nenes, su ternura halló una derivación suficiente. Pero con el regreso a Viena quedó de nuevo solo, sujetó todas sus demandas a la madre y sufrió una nueva privación, pues a la edad de 4½ años[32] fue desterrado del dormitorio de los padres. Su excitabilidad erótica acrecentada se exteriorizó entonces en fantasías que conjuraban, en su soledad, a sus compañeritos del verano, y en satisfacciones autoeróticas por estimulación masturbatoria del genital.

En tercer lugar, empero, el nacimiento de la hermana le aportó la incitación para un trabajo de pensamiento que por una parte no se podía llevar hasta una solución, y por la otra lo enredaba en conflictos de sentimiento. Se le planteó el gran enigma: saber de dónde vienen los hijos, quizás el primer problema cuya solución reclama las fuerzas intelectuales del niño,[33] y del cual, es probable, el enigma de la Esfinge de Tebas sólo refleja una desfiguración. Hans rechaza el esclarecimiento ofrecido, a saber, que la cigüeña trajo a Hanna. Es que él lo había observado: meses antes del nacimiento de la pequeña, la madre tenía un gran vientre; luego se metió en cama, gimió durante el nacimiento y se levantó delgada. Infirió, pues, que Hanna había estado en el vientre de la madre y después salió como un «*Lumpf*». Por anudamiento con sus tempranas sensaciones de placer a raíz de la deposición de las heces, pudo representarse placentero ese parto, y entonces, con una doble motivación, pudo desear tener hijos él mismo a fin de parirlos con placer y luego (con un placer de retribución, por así decir) cuidarlos. Nada había en todo ello que llevara a la duda o al conflicto.

Pero ahí había aún otra cosa, y ella no podía sino perturbarlo. El padre por fuerza tenía algo que ver con el *nacimiento* de la pequeña Hanna, pues aseveraba que Hanna y

31 [La frase entre paréntesis fue agregada en 1924.]

32 [En las ediciones anteriores a 1924, «4 años». Véase, sin embargo, la tercera acotación del padre de Hans en pág. 82. Tal vez el lugar ocupado por cada uno para dormir se modificó cuando se *mudaron a la nueva vivienda* (*pág. 15*).]

33 [En lo concerniente a las niñas, Freud enmendó esta opinión suya en una nota al pie de «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925*j*), *AE*, **19**, pág. 271, *n*. 8.]

él mismo, Hans, eran sus hijos. Pero no era él quien los había traído al mundo, sino la mamá. Ese padre le estorbaba estar junto a la madre. Presente el padre, Hans no podía dormir con la madre, y cuando esta quería tomar a Hans en la cama, el padre gritaba. Hans había experimentado qué bien le iba cuando el padre se ausentaba, y el deseo de eliminarlo estaba muy justificado. Ahora esa hostilidad recibía un refuerzo. El padre le había contado la mentira sobre la cigüeña, y así le imposibilitó pedirle esclarecimiento en estas materias. No sólo le impedía estar en la cama junto a la madre, sino que además le escatimaba el saber que él ansiaba. En ambos aspectos lo perjudicaba, evidentemente, en su propio beneficio.

El hecho de que se viera forzado a odiar como competidor a este mismo padre a quien había amado desde siempre y seguía amando, ese padre que era para él un modelo, su primer compañero de juegos y, al mismo tiempo, su cuidador desde los años tempranos, dio por resultado el primer conflicto de sentimientos, insoluble al comienzo. Dado el modo en que se había desarrollado la naturaleza de Hans, era fuerza que el amor prevaleciera provisionalmente y sofocara al odio, pero sin poderlo cancelar, puesto que el amor a la madre lo alimentaba de continuo.

Pero el padre no sólo sabía de dónde venían los hijos; también en la realidad ejecutaba aquello que Hans sólo podía vislumbrar oscuramente. Era preciso que algo tuviera que ver con ello el hace-pipí, cuya excitación acompañaba a todos estos pensamientos, y por cierto un hace-pipí grande, mayor de lo que Hans hallaba al suyo propio. Si uno seguía como a unos indicadores las sensaciones que ahí se ofrecían, debía de tratarse de una acción violenta perpetrada en la mamá, una rotura, una perforación, una penetración en un recinto clausurado; el niño podía sentir dentro de sí el impulso a ello. Pero aunque estaba en camino de postular la vagina a partir de las sensaciones de su pene, no podía resolver el enigma, pues no tenía noticia de que hubiera algo como aquello que el hace-pipí necesitaba; más bien le estorbaba la solución el convencimiento de que la mamá poseía un hace-pipí como él. El intento de solucionar qué había que hacer con la mamá para que tuviera hijos se hundió en lo inconciente, y los impulsos activos de ambas clases, el hostil hacia el padre y el sádico-tierno hacia la madre, permanecieron sin aplicarse: uno, a consecuencia del amor presente junto al odio, y el otro, en virtud del desconcierto resultante de las teorías sexuales infantiles.

Sólo por este camino pude yo, apoyándome en los resul-

tados del análisis, construir los complejos y mociones de deseo inconcientes cuya represión y cuyo despertar trajo a la luz la fobia del pequeño Hans. Sé que así se le exige mucho a la capacidad de pensamiento de un niño de 4 a 5 años, pero me dejo guiar por lo nuevo que hemos averiguado y no me considero atado por los prejuicios de nuestra ignorancia. Quizás aún se habría podido aprovechar la angustia al «hacer barullo con las patas» para llenar lagunas en nuestro procedimiento de prueba. Hans admitió, es cierto, que el patalear le recordaba a cuando lo compelían a *interrumpir* su juego para hacer *Lumpf*, de suerte que este elemento de la neurosis entró en relación con el problema de saber si la mamá tenía hijos de buen grado o sólo compelida, pero yo no tengo la impresión de que esto proporcionara el pleno esclarecimiento del «hacer barullo con las patas». El padre no pudo confirmar mi conjetura de que en el niño se moviera una reminiscencia sobre un comercio sexual entre los padres, observado por él en el dormitorio. Hemos de contentarnos, entonces, con lo que tenemos averiguado.

¿En virtud de qué influjo llegó la situación descrita en Hans al vuelco, a la mudanza, de la añoranza libidinosa en angustia? ¿En qué extremo sobrevino la represión? Difícil es decirlo, y sólo se lo podría decidir mediante la comparación con varios análisis parecidos. Hasta que no venga en nuestro auxilio una experiencia ulterior, considero materia discutible que el movimiento lo iniciara la incapacidad intelectual del niño para solucionar el difícil problema de la concepción de los hijos y para aplicar los impulsos agresivos desprendidos por el acercamiento a esa solución, o que el vuelco lo produjera una incapacidad somática, una intolerancia constitucional a la satisfacción masturbatoria ejercida de manera regular, a causa de la mera persistencia de la excitación sexual con una intensidad tan alta.

Las relaciones cronológicas nos impiden atribuir demasiado influjo a la ocasión para el estallido de la enfermedad, pues en Hans se observaban indicios de estados de angustia desde mucho tiempo atrás, antes que viera tumbarse en la calle al caballo de diligencia.

Sin embargo, la neurosis se anudó directamente a esa vivencia accidental y conservó su huella en la entronización del caballo como objeto de angustia. A esa vivencia, en sí y por sí, no le corresponde una «fuerza traumática»; sólo la anterior significación del caballo como asunto de predilección, y el interés y anudamiento a la vivencia de Gmunden, más apta para trauma, cuando Fritzl se tumbó en el

juego al caballo, así como la ligera vía asociativa desde Fritzl hasta el padre, dotaron de eficacia tan grande a ese accidente observado por casualidad. Y aun es probable que tampoco esas referencias hubieran bastado si esa misma impresión no se mostraba apta, merced a la flexibilidad y multivocidad de los enlaces asociativos, para tocar también el segundo de los complejos que en Hans acechaba en lo inconciente, el del parto de la madre grávida. Desde ahí quedaba expedito el camino para el retorno de lo reprimido, y se lo recorrió de tal manera que *el material patógeno apareció refundido (trasladado) sobre el complejo del caballo, y los afectos concomitantes aparecieron uniformemente mudados en angustia.*

Es notable que el contenido de representación de la fobia, ahora constituido, tuviera que consentir todavía una desfiguración y sustitución antes que la conciencia tomara noticia de él. El primer texto de la angustia exteriorizado por Hans fue: «El caballo me morderá»; proviene de otra escena de Gmunden, que por una parte remite a deseos hostiles contra el padre y, por la otra, recuerda a la amonestación contra el onanismo. Ahí se ha hecho valer un influjo desviante que quizá partiera de los progenitores; no estoy seguro de que el informe sobre Hans se redactara entonces con el cuidado suficiente para permitirnos decidir si él ha dado esa expresión a su angustia *antes o sólo después* de que la madre lo llamara al orden a causa de su masturbación. Por oposición a lo que se expone en el historial clínico, yo conjeturaría lo segundo [cf. págs. 22-3]. Por lo demás, es inequívoco que el complejo hostil contra el padre encubre dondequiera en Hans al concupiscente con la madre, así como en el análisis, también, este complejo fue el primero que se descubrió y tramitó.

En otros casos clínicos se hallaría mucho más para decir sobre la estructura de una neurosis, su desarrollo y extensión, pero el historial de nuestro pequeño Hans es muy breve; a poco de su comienzo es relevado por el historial de tratamiento. Y si luego, en el curso de este último, la fobia pareció seguir desarrollándose, si atrajo a su ámbito nuevos objetos y condiciones nuevas, el padre, que lo trataba, tuvo desde luego la suficiente perspicacia para ver en ello algo ya terminado que salía a la luz y no una neoproducción que pudiera cargarse en la cuenta del tratamiento mismo. En otros casos de terapia no siempre se puede contar con una penetración así.

Antes de dar por terminada esta síntesis, debo apreciar todavía otro punto de vista que nos situará en el centro

de las dificultades con que tropezamos para la concepción de estados neuróticos. Vemos cómo nuestro pequeño paciente es aquejado por una importante oleada represiva, que recae, justamente, sobre sus componentes sexuales dominantes.[34] Se despoja del onanismo, rechaza de sí con asco cuanto recuerde a excrementos y a ser espectador de los desempeños excretorios. Pero no son estos componentes los incitados en la ocasión de la enfermedad (la visión del caballo que cae) ni los que ofrecen el material para los síntomas, para el contenido de la fobia.

Aquí tenemos la oportunidad, pues, de establecer un distingo de principio. Es probable que se obtenga un entendimiento más profundo del caso clínico si se atiende a aquellos otros componentes que cumplen las dos condiciones mencionadas en último término. Estos son, en Hans, unas mociones que habían sido sofocadas ya antes y, hasta donde nos enteramos, nunca pudieron exteriorizarse desinhibidas: sentimientos de hostilidad y celos hacia el padre, e impulsiones sádicas hacia la madre, correspondientes a unas vislumbres del coito. En estas sofocaciones tempranas acaso se sitúe la predisposición a contraer más tarde la enfermedad. Estas *inclinaciones agresivas no hallan en Hans ninguna salida*, y tan pronto como, en una época de privación y de acrecentada excitación sexual, quieren brotar reforzadas, se enciende aquella lucha que nosotros llamamos «fobia». En el curso de ese combate, una parte de las representaciones reprimidas penetran en la conciencia como contenido de la fobia, desfiguradas y endosadas a otro complejo; pero no hay duda de que es este un éxito bien lastimoso. El triunfo sigue siendo de la represión {esfuerzo de desalojo}, que *con esta oportunidad rebasa sobre componentes diversos de aquellos que penetran.* Esto no modifica en nada el hecho de que la esencia del estado patológico está ligada por entero a la naturaleza de los componentes pulsionales que se debía rechazar. Propósito y contenido de la fobia es una vasta limitación de la libertad de movimientos; ella es, pues, una potente reacción contra oscuros impulsos motores que, en particular, querían volverse contra la madre. El caballo fue siempre para el niño el modelo del placer de movimiento («Soy un potrillo», dice Hans en tanto da brincos [pág. 49]), pero como este placer de movimiento incluye el impulso al coito, la neurosis lo limita, y el caballo es entroni-

[34] El padre llegó a observar que simultáneamente a esta represión sobrevino en él cierta sublimación. Desde el comienzo de su estado de angustia, Hans mostró mayor interés por la música y desarrolló sus dotes musicales hereditarias.

zado como imagen sensorial del terror. Parece que la neurosis no deja a las pulsiones reprimidas otra dignidad que la de brindar los pretextos para la angustia dentro de la conciencia. Ahora bien, por nítido que sea el triunfo de la desautorización de lo sexual en la fobia, el compromiso que está en la naturaleza de la enfermedad no consiente que lo reprimido quede sin obtener otra cosa. En efecto, la fobia al caballo es también un obstáculo para andar por la calle, y puede servir como medio para permanecer en casa junto a la madre amada. En esto, por consiguiente, ha triunfado la ternura hacia la madre; a raíz de su fobia, el amante se pega al objeto amado, pero es claro que ahora se ha puesto cuidado en que el amante permanezca inofensivo. En estos dos efectos se evidencia la naturaleza genuina de una contracción de neurosis.

Alfred Adler ha sostenido hace poco, en un trabajo rico en ideas[35] del cual antes he tomado la designación de «entrelazamiento pulsional», que la angustia nace por la sofocación de la por él llamada «pulsión de agresión»; y, en una vasta síntesis, asigna a esta pulsión el papel principal en el acaecer, «en la vida y en la neurosis». Y si nosotros hemos llegado a la conclusión de que en nuestro caso de fobia la angustia se explicaría por la represión de aquellas inclinaciones agresivas, la hostil hacia el padre y la sádica hacia la madre, parece que habríamos aportado una brillante confirmación a la intuición de Adler. Sin embargo, yo no puedo adherir a esta última, que considero una generalización equivocada. No puedo decidirme a admitir una pulsión particular de agresión junto a las pulsiones sexuales y de autoconservación, con que estamos familiarizados, y en un mismo plano con ellas.[36] Me parece que Adler ha hipostasiado sin

[35] Adler, 1908 (cf. *supra*, pág. 88 [y pág. 103]). [Adler dio lectura a ese artículo en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena celebrada el 3 de junio de 1908, y en las actas de la Sociedad correspondientes a esa fecha (cf. *Minutes*, **1**) pueden leerse algunos comentarios de Freud al respecto. Véase, asimismo, mi «Introducción» a *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, págs. 62-3.]

[36] (*Nota agregada* en 1923:) Lo del texto fue escrito en una época en que Adler parecía situarse todavía en el terreno del psicoanálisis, antes de su formulación de la protesta masculina y de su desmentida de la represión. Desde entonces yo he tenido que estatuir una «pulsión de agresión», que no coincide con la de Adler. Prefiero llamarla «pulsión de destrucción o de muerte» (cf. *Más allá del principio de placer* [1920*g*], *El yo y el ello* [1923*b*]). Su oposición con las pulsiones libidinosas se expresa en la consabida polaridad entre amar y odiar. No obstante, sigue en pie mi contradicción a la tesis adleriana, que menoscaba un carácter universal de las pulsiones en favor de una única pulsión. [Se hallará una reseña detallada de las

razón, en una pulsión particular, lo que es un carácter universal e insoslayable de todas las pulsiones, a saber, lo «pulsional» {«*Triebhaft*»}, lo esforzante {*drängend*} en ellas, lo que podemos describir como la aptitud para dar un envión a la *motilidad*. Y entonces, de las otras pulsiones no le restó más que su referencia a una meta, después que merced a la «pulsión de agresión» se les había quitado la referencia a los medios para alcanzar esa meta. A pesar de toda la incertidumbre y oscuridad de nuestra doctrina de las pulsiones, prefiero atenerme provisionalmente a la concepción habitual, que deja a cada pulsión su capacidad propia para devenir agresiva;[37] así, en las dos pulsiones que en nuestro Hans llegaron a la represión, yo discerniría los componentes, de antiguo consabidos, de la libido sexual.[38]

3

Antes de pasar a las elucidaciones, previsiblemente breves, sobre lo que de la fobia del pequeño Hans se pueda extraer de universalmente válido para la vida y la educación infantiles, no puedo menos que toparme con la objeción, que traemos tan pospuesta, según la cual Hans sería un neurótico, un «hereditario», un «*dégéneré*», y no un niño normal del que pudieran trasferirse conclusiones a otros niños. Ya me viene dando pena pensar cómo maltratarán a nuestro pequeño Hans todos los conocedores del «hombre normal» cuando se enteren de que en su caso se puede demostrar, de hecho, un lastre hereditario. A su bella madre, que en un conflicto de su juventud había contraído neurosis, hube yo de atenderla en aquella época, y de ahí nacieron mis vínculos con los padres de Hans. Sólo con una gran timidez me animo a alegar algo en su favor.

En primer lugar, que Hans no es lo que en rigor uno se

discrepancias de Freud con Adler en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *AE*, **14**, págs. 49 y sigs. Véase, sin embargo, *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, pág. 116, donde Freud recuerda con extrañeza su propia renuencia a reconocer «la ubicuidad de la agresión y destrucción no eróticas».]

37 [Antes de 1924 seguían aquí las palabras «sin dirigirse hacia un objeto», eliminadas en la edición de esa fecha.]

38 [Freud se apoyó en este historial clínico para su examen de la naturaleza de la angustia en los capítulos IV y VII de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*). También lo cita, en conexión con el totemismo y las zoofobias, en *Tótem y tabú* (1912-13), *AE*, **13**, págs. 131 y sigs.]

imaginaría por un niño degenerado, destinado por herencia a la nerviosidad, sino más bien un mocito de buena conformación corporal, alegre, amable e intelectualmente despierto, en quien no sólo su propio padre puede tener a un amigo. No cabe ninguna duda en cuanto a su temprana madurez sexual, pero aquí nos falta mucho material comparativo para establecer un juicio correcto. Por un muestreo de fuente norteamericana,[39] por ejemplo, he podido ver que una elección de objeto y unas sensaciones amorosas igualmente tempranas no son tan raras en niños varones; y lo mismo se sabe de la historia infantil de quienes después son reconocidos como «grandes» hombres, de suerte que uno opinaría que la temprana madurez sexual es un correlato infaltable de los intelectuales, y por eso en niños dotados se la hallará con mayor frecuencia de lo que se esperaría.[40]

Además, en mi confesada parcialidad en favor del pequeño Hans hago valer que no es el único niño aquejado de fobias en algún momento de su infancia. Como es sabido, tales enfermedades son extraordinariamente frecuentes, aun en niños cuya educación no deja nada que desear en materia de rigor. Tales niños se vuelven después neuróticos, o bien permanecen sanos. Sus fobias son acalladas a gritos en la crianza, porque son inasequibles al tratamiento y por cierto muy incómodas. Luego ceden, en el curso de meses o de años; se curan en apariencia. En cuanto a las alteraciones psíquicas que su curación comporte, a las alteraciones de carácter enlazadas con ella, nadie posee una intelección. Pero si después uno toma bajo tratamiento psicoanalítico a un neurótico adulto que, se supone, sólo en la madurez ha contraído su enfermedad manifiesta, por regla general se averigua que su neurosis se anuda a aquella angustia infantil, es su continuación; y, por tanto, a lo largo de su vida, desde aquellos conflictos de la infancia, se tejió un trabajo psíquico continuo, pero también imperturbado, sin que importe que el primer síntoma haya subsistido o se retirara esforzado por las circunstancias. Opino, pues, que nuestro pequeño Hans no estuvo quizá más enfermo que tantos otros niños a quienes no se pone el marbete de «degenerados»; pero como él fue educado sin amedrentamiento, con el mayor respeto y la menor compulsión posibles, su angustia salió a la luz con más osadía. Le faltaron los motivos de la mala conciencia y del temor al castigo, que de ordi-

39 [Sanford Bell, 1902.]

40 [Se toca este tema en el apartado sobre «Precocidad» de *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 219-20.]

nario contribuyen a empequeñecer esa angustia. Me está por parecer que hacemos demasiado caso a los síntomas, y muy poco a aquello de lo cual surgen. En la educación de los niños pretendemos que todo esté en paz, no vivenciar dificultad alguna; en suma, queremos un «niño bien criado», y nos cuidamos poco de que este curso evolutivo sea provechoso también para él. Yo podría imaginarme, entonces, que fue benéfico para nuestro Hans haber producido esa fobia, porque ella orientó la atención de los padres hacia las inevitables dificultades que depara la superación de los componentes pulsionales en la educación del niño para la cultura, y porque esta perturbación suya le valió la asistencia del padre. Y quizás aventaje a otros por no llevar ya dentro de sí aquel germen de complejos reprimidos que por fuerza ha de significar siempre algo para la vida posterior, y que apareja sin duda, en alguna medida, deformación del carácter, si no la predisposición a contraer después una neurosis. Yo me inclino a pensar así, pero no sé si muchos compartirán mi juicio, y tampoco sé si la experiencia me dará la razón.

¿Debo preguntar ahora en qué ha perjudicado a Hans la aparición a plena luz de estos complejos, no sólo reprimidos por los niños, sino temidos por los padres? ¿Acaso el pequeño se ha tomado en serio sus reclamos sobre la madre, o sus malos propósitos hacia el padre han cedido sitio a las vías de hecho? Sin duda lo temerán muchos que desconocen la naturaleza del psicoanálisis y opinan que uno reforzaría las pulsiones malas haciéndolas concientes. Tales sabios son consecuentes cuando desaconsejan, por el amor de Dios, ocuparse de las cosas malas que se esconden tras las neurosis. Pero lo cierto es que al hacerlo olvidan que son médicos, y caen en un fatal parecido con Dogberry, cuando aconsejó al guardián que evitara todo contacto con cualquier ladrón o delincuente a quien sorprendieran: la gente honrada no debe tratar con semejante canalla.[41]

Las únicas consecuencias del análisis son, más bien, que Hans ha sanado, ya no teme a los caballos, y mantiene un

[41] [Dogberry, en Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*, acto III, escena 3.] No puedo sofocar aquí la asombrada pregunta: Estos que combaten mis puntos de vista, ¿de dónde sacan el saber, que tan seguros de sí mismos exponen, sobre si las pulsiones sexuales reprimidas desempeñan un papel en la etiología de las neurosis y cuál sería ese papel? Lo pregunto porque ellos les cierran la boca a los pacientes tan pronto como empiezan a hablar de sus complejos y de los retoños de estos; las comunicaciones mías y las de mis partidarios son la única ciencia que les es asequible.

trato más familiar con su padre, como este lo comunica complacido. Y lo que el padre pueda perder en respeto, lo recupera en confianza: «He creído que lo sabes todo porque has sabido lo del caballo» [pág. 83]. El análisis, en efecto, no deshace el *resultado* de la represión: las pulsiones que fueron entonces sofocadas siguen siendo las sofocadas; pero alcanza ese resultado por otro camino: sustituye el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por el «dominio» {«*Bewältigung*»}, mesurado y dirigido a una meta, con auxilio de las instancias anímicas superiores; en una palabra: *sustituye la represión por el juicio adverso* {*Verurteilung*}. Parece brindarnos la prueba, acariciada desde hace tanto tiempo, de que la conciencia posee una función biológica y de que su entrada en escena aporta una sustantiva ventaja.[42]

De haber estado en mis manos, me habría atrevido a brindar al niño otro esclarecimiento que sus padres le mantuvieron en reserva. Le habría confirmado sus vislumbres pulsionales contándole sobre la existencia de la vagina y del coito, reduciendo así otro poco el resto no solucionado y poniendo fin a su esfuerzo de preguntar. Estoy seguro de que a consecuencia de ese esclarecimiento no habría perdido el amor por la madre ni su ser infantil, y habría inteligido que debía por ahora cesar sus afanes en cuanto a esas cosas importantes, y aun imponentes, hasta que se cumpliera su deseo de ser grande. Pero el experimento pedagógico no fue llevado tan lejos.

Que no es lícito trazar una frontera definida entre niños y adultos «nerviosos» y «normales»; que «enfermedad» es un concepto sumatorio puramente práctico; que predisposición y vivenciar tienen que conjugarse para hacer que se rebase el umbral y se alcance esa sumación; que, en consecuencia, muchos individuos pasan continuamente de la clase de los sanos a la de los enfermos nerviosos, y otros en número menor recorren el camino inverso: he ahí cosas que se han dicho con frecuencia y han hallado tanto eco que

[42] (*Nota agregada* en 1923:) Aquí empleo la palabra «conciencia» {«*Bewusstsein*»} en un sentido que más tarde he evitado, como equivalente a nuestro pensar normal susceptible de conciencia. Sabemos que tales procesos cognitivos pueden ocurrir también *pre*concientemente, y será mejor, entonces, apreciar esta «conciencia» de manera puramente fenomenológica. Desde luego, esto no contradice la expectativa de que también el devenir-conciente cumpla una función biológica. [Cf. *El yo y el ello* (1923*b*), capítulo I, así como el temprano examen de la función biológica de la «conciencia» en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 602 y sigs.]

por cierto no soy el único en sostenerlas. Que la educación del niño pueda ejercer un poderoso influjo, favorable o desfavorable, sobre la predisposición patológica pertinente para aquella sumación es, al menos, muy probable, pero todavía aparece enteramente problemático saber a qué debe aspirar la educación y dónde tiene que intervenir. Hasta hoy, ella se ha propuesto siempre por única tarea el gobierno —a menudo es más correcto decir la sofocación— de las pulsiones; el resultado no ha sido satisfactorio: donde se lo alcanzaba, era en beneficio de un pequeño número de hombres privilegiados a quienes no se les demandaba esa sofocación de lo pulsional. No se inquiría tampoco por qué camino se alcanzaba la sofocación de las incómodas pulsiones, ni los sacrificios que ello costaba. Si se sustituye esta tarea por otra, la tarea de volver al individuo capaz para la cultura y socialmente útil con el mínimo menoscabo de su actividad, los esclarecimientos obtenidos por el psicoanálisis acerca del origen de los complejos patógenos y del núcleo de toda neurosis poseerán genuinos títulos para que el pedagogo los considere unas señales inapreciables en su comportamiento frente al niño. Dejo a otros comprobar y decidir qué consecuencias prácticas derivarán de ellas, y si la experiencia puede llegar a justificar su aplicación dentro de nuestras circunstancias sociales.[43]

No puedo despedirme de la fobia de nuestro pequeño paciente sin declarar la conjetura que para mí confiere un valor particular a este análisis coronado por el restablecimiento. De él, en rigor, yo no he aprendido nada nuevo que no hubiera podido colegir antes, con frecuencia de manera menos nítida y más indirecta, en otros pacientes tratados en su edad adulta. Y como las neurosis de esos otros enfermos siempre se pudieron reconducir a los mismos complejos infantiles que se descubrieron tras la fobia de Hans, estoy tentado de reclamar para esta neurosis infantil un significado típico y paradigmático, como si la multiplicidad de los fenómenos de la represión neurótica y la riqueza del material patógeno no obstaran para derivarlos de muy pocos procesos relativos a idénticos complejos de representación.

[43] [La relación entre el psicoanálisis y la crianza de los niños fue retomada por Freud en sus prólogos a los libros de Pfister y de Aichhorn (Freud, 1913*b* y 1925*f*), así como en «El interés por el psicoanálisis» (1913*j*), *AE*, **13**, págs. 191-2. También dedicó al tema algunas páginas en la 34ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, págs. 135-40.]

Apéndice al análisis del pequeño Hans (1922)

Hace unos pocos meses —en la primavera de 1922— se me presentó un joven declarando ser el «pequeño Hans», acerca de cuya neurosis de infancia yo había informado en 1909. Me alegró mucho volverlo a ver, pues lo había perdido de vista apenas dos años después de concluido su análisis, y llevaba más de diez años sin tener noticias sobre su destino. La publicación de este primer análisis realizado en un niño había provocado un escándalo grande, y una indignación mayor; le profetizaron al pobre joven una gran desgracia por haberlo «despojado de su inocencia» a edad tan tierna y convertido en víctima de un psicoanálisis.

Ninguno de esos temores se cumplió. El pequeño Hans lucía su brillante juventud de 19 años. Aseveró hallarse totalmente bien y no padecer de males ni inhibiciones. No sólo había pasado sin daño la pubertad, sino que había superado una de las más difíciles pruebas para su vida afectiva. Sus padres se habían divorciado, y cada uno de ellos concertó un nuevo matrimonio. En consecuencia, él vivía solo, pero se mantenía en buenos términos con ambos progenitores, lamentando únicamente que la disolución de la familia lo hubiera separado de su querida hermanita.

Una comunicación del pequeño Hans me resultó particularmente curiosa. Por lo demás, no me atrevo a darle una *explicación. Cuando leyó su historial clínico —refirió él—*, todo se le antojó ajeno, no se reconoció, no pudo acordarse de nada, y sólo cuando se topó con el viaje a Gmunden vislumbró algo así como una chispa de recuerdo de que podría haberse tratado de él mismo. Así, el análisis no había preservado de la amnesia el episodio, sino que él mismo había caído bajo ella. Algo parecido le pasa muchas veces en el dormir al familiarizado con el psicoanálisis. Despierta de un sueño, se resuelve a analizarlo sin dilación, torna a dormirse, satisfecho con el resultado de su empeño, y a la mañana siguiente ha olvidado sueño y análisis.[1]

[1] [Este fenómeno fue examinado en un pasaje que se agregó en 1911 a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 514-6.]